

CONTENDER Y NO CONTENDER

Gino Iafrancesco, en su ministración realizada en Temuco hace algunos meses atrás, habló acerca de la necesidad que tenemos los cristianos de “contender” y también de “no contender”.

Esto, que parece un juego de palabras, es una de las múltiples paradojas que abundan en la Biblia. Pero no es una contradicción.

Si hemos de *contender*, ha de ser por las cosas esenciales que atañen a la fe, pero en ningún caso hemos de hacerlo por aquellas cosas secundarias –asuntos meramente de opinión–. Iafrancesco lo plantea así: “La propia palabra del Señor nos enseña que, acerca de las cosas esenciales, debemos ser muy serios y cuidadosos, y que debemos ser tolerantes acerca de las cosas periféricas”.

Judas nos llama a contender por la fe en su breve pero firme epístola; Pablo, por su parte, nos llama a no contender sobre opiniones en el capítulo 14 de su epístola a los Romanos.

Lamentablemente, la historia de la iglesia está plagada de ejemplos en que se han invertido los conceptos. Se ha derramado mucha sangre por asuntos “periféricos”, y se ha descuidado lo “esencial”. O bien, si se en algún momento se ha atendido a lo esencial, se ha sobredimensionado lo secundario hasta hacerlo motivo de agria disputa. Son épocas y hombres que han colado el mosquito y han tragado el camello.

Pero la luz que ha estado viniendo en este último tiempo sobre el pueblo de Dios nos advierte acerca del correcto orden de estos dos imperativos. Precisamente, en la revista anterior, publicamos un mensaje de Rubén Chacón titulado “Acerca de las cosas opinables”, en que se apuntaba a esto mismo.

La unidad de la iglesia no debe alcanzarse con pérdida en los dogmas; pero sí con una profunda renunciación a aquellas muchas verdades menores que se han sostenido por años, y que constituyen la bandera de lucha de tantos ministerios y denominaciones.

Dar a cada cosa su justo valor y lugar es señal de sabiduría y madurez espiritual. Rogamos al Señor para que en este tiempo que vivimos, este principio sea el que guíe nuestra conducta con nuestros hermanos.

INDICE

TEMA DE PORTADA

- 3 **VERDADES ESENCIALES DE LA FE CRISTIANA** / Lo que Dios le ha confiado a la Iglesia. *Gino Iafrancesco.*
- 19 **SEMBRANDO PARA EL ESPÍRITU** / Potencialmente, los cristianos tienen la capacidad de sembrar para la carne o para el Espíritu. *Gonzalo Sepúlveda.*
- 28 **BETANIA** / Una mirada al microcosmos de la vida de la iglesia local. *Eliseo Apablaza.*
- 40 **LAS CUALIDADES DE LA MUJER QUE DIOS QUIERE USAR** / La mujer, con sus características peculiares, está llamada a expresar cualidades propias de Cristo. *Rubén Chacón.*
- 45 **LOS VENCEDORES Y LA HERENCIA** (2b) / Cómo Dios cumplirá su propósito de llevar muchos hijos a la gloria. *Rodrigo Abarca.*
- 54 **MUÉSTRAME TU CAMINO** (4) / Las obras, los caminos y el propósito de Dios. *Dana Congdon.*

LEGADO

- 67 **EL PODER DE LA PRESIÓN** / Dios no responde las oraciones de su pueblo quitando las presiones, sino aumentando la capacidad de soportarlas y vencer los desafíos. *Watchman Nee.*

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

- 75 **PROFETA DE LA PIEDAD** / Semblanza de Philipp Jakob Spener, considerado el padre del pietismo.
- 87 **EL PIETISMO: LA NECESIDAD DE NACER DE NUEVO** / La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada. *Rodrigo Abarca.*

ESTUDIO BÍBLICO

- 94 **BOSQUEJO DE ABDÍAS** / *A. T. Pierson.*
- 95 **SÍMBOLOS Y TIPOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO** (13) / *A. B. Simpson.*
- 100 **VIENDO A CRISTO EN LA COMUNIÓN CRISTIANA** / Un estudio de la Primera Epístola de Juan. *Stephen Kaung.*

APOLOGÉTICA

- 109 **BREVE INTRODUCCIÓN AL DISCERNIMIENTO DEL CONFLICTO DE PARADIGMAS** (6). *Gino Iafrancesco.*
- 112 **EL APORTE DEL EXISTENCIALISMO** / Diálogos entre Teología y Filosofía. *Rubén Chacón.*

HISTORIAS VERDADERAS

- 117 **UN MENSAJERO INUSUAL** / A menudo, Dios nos envía sus mensajeros y nosotros no los tomamos en serio. *Harry Foster.*

SECCIONES FIJAS

66 Bocadillos de la mesa del Rey / 74 Maravillas de Dios / 116 Joyas de Inspiración / 120 Página del lector

Lo que Dios le ha confiado a la Iglesia.



Verdades esenciales de la fe cristiana

Gino Iafrancesco
(Colombia)

Hemos visto algunos aspectos de la administración del Señor y del depósito de Dios.¹

¹ Ver artículos: «La economía de Dios», en revista Aguas Vivas N° 54; «El buen depósito», partes 1, 2 y 3, publicadas en ediciones 55, 56 y 57.

Y ahora es necesario poner un poco más los pies en la tierra.

Necesitamos que el Señor nos ayude a discernir los elementos esenciales del testimonio de la palabra del Señor que tiene la iglesia.

Los elementos esenciales del cristianismo

Y, claro, al hablar ahora, debemos recordar cosas que antes ya consideramos. No sólo vamos a hablar de *elementos*. Estamos usando la palabra solamente a manera de ítemes, de puntos cruciales o claves; pero lógicamente, cada uno de ellos tiene una rica realidad espiritual y son propiedad ahora de la iglesia.

Lo que ha sido confiado en manos de la iglesia es propiedad exclusiva de la iglesia; este testimonio y estas cosas no se encuentran sino en la iglesia. Fuera de la iglesia, estas cosas no son comprendidas, y aun peor, son atacadas a veces ferozmente, porque son cosas que van al corazón del enemigo, para inutilizarlo.

Por eso, Satanás combate lo que es propio de la iglesia; a veces abiertamente – cuando lo hace desde el bando del ateísmo, del error o de la incredulidad. Pero, a veces se infiltra para combatir lo esencial que le ha sido confiado a la iglesia, de manera astuta, por medio de herejías, de confusiones, para tratar de invalidar lo que nos ha sido confiado.

Las «cosas» esenciales no se encuentran en otros monoteísmos; ni siquiera en el propio monoteísmo judaico, si nos quedamos sólo en el nivel del Antiguo Testamento. Ciertamente todo el Antiguo Testamento es revelación de Dios, revelación verdadera. Lo que está en ella, desde Génesis hasta Malaquías, es todo de Dios; sólo que requería ser cumplido y ser completado en el Nuevo Testamento.

Y por eso, de forma triste, tenemos que decir que, incluso el pueblo

de Israel, que ha sido pueblo de Dios, realmente escogido por Dios para un primer testimonio –una primera parte del testimonio–, aun el propio monoteísmo judaico se queda corto. ¡Cuánto más el islámico, que es una tergiversación del Antiguo y del Nuevo Testamento!

El enemigo ha sido tan astuto con el Islam, que les ha dejado lo más que puede acerca de Jesucristo, pero les ha quitado el corazón. Ellos han llegado a creer incluso que Jesús es el hijo, no el Hijo de Dios, sino nacido de la virgen María. Los musulmanes llegan a reconocer a Jesús ciertos títulos, aunque lastimosamente sin entender qué significan. Y por eso, por otra parte, niegan el contenido de esos títulos.

Mahoma había oído que los cristianos aplicaban el título de Mesías y de Verbo al Señor, y de esa misma manera él los aplicó, pero sin entender sus implicaciones. O sea que, a veces, uno puede engañarse al oír que Mahoma habla del Mesías Jesús y del Verbo de Dios, pero sin reconocer que él es el Hijo de Dios. La ascensión de Jesús es reconocida por el Islam; pero ellos piensan en su ascensión como nosotros podemos pensar en el desaparecimiento de Enoc, que caminó con Dios y Dios se lo llevó, o Elías, que fue arrebatado al cielo en un carro de fuego. Así, ellos hablan de Jesús como un profeta que, al igual que Enoc y Elías, se fue para el cielo. Pero, según ellos, debe volver a morir, porque no aceptan que Jesús es el Hijo de Dios que murió por nuestros pecados en la cruz. Tienen casi todo lo demás.

La propia palabra del Señor nos enseña que, acerca de las cosas esenciales, debemos ser muy serios y cuidadosos, y que debemos ser tolerantes acerca de las cosas periféricas.

El enemigo les dejó casi todo lo que servía para que ellos creyeran que estaban con Dios, pero les quitó la esencia, la identidad del Señor Jesús y lo esencial de la obra del Señor y del evangelio. Para ellos, la peor blasfemia que sus oídos pueden oír es que Jesús es el Hijo de Dios.

Pero, en cambio, para el cristianismo, lo grande es que Dios tiene un Hijo unigénito, que es el Hijo de Dios, el Señor Jesús. Y lo esencial de la obra del Señor Jesús no son sus milagros. Todo eso lo hizo el Señor Jesús, todo eso lo reconoce el Islam. Lo que no reconoce es que él murió en la cruz, una muerte expiatoria, que es lo esencial.

En la academia, en la filosofía, no se posee lo que se posee en la iglesia. Lo que ha sido confiado a la iglesia es exclusivo; no está en manos del judaísmo ni del Islam, ni de las otras religiones panteístas o politeístas, ni en manos de la ciencia, ni de la filosofía, ni de la academia, ni de ninguna ideología. Es testimonio exclusivo de la iglesia. Por eso, la iglesia necesita conocer esos elementos vitales del depósito de Dios, del testimonio de la iglesia, que Dios quiere dárselo, a través de la iglesia y su Palabra, a todo el mundo.

Cosas esenciales y cosas periféricas

Lo que Dios revela a la iglesia, quiere que todo el mundo lo tenga. Dios, con toda sinceridad, quiere que todos los hombres sean salvos y vengán al pleno conocimiento de la verdad. Pero los hombres no quieren. Muchos han sido engañados, no creen y se oponen. La iglesia debe identificar los ítemes fundamentales del depósito que les fue confiado; porque a veces nos perdemos en asuntos periféricos y no distinguimos las cosas esenciales. Y en eso, también el diablo le ha estado ganando una partida a los cristianos: en ponernos a pelear unos con otros acerca de las cosas periféricas, cuestiones menores, que no son las esenciales.

Ahora, la propia palabra del Señor nos enseña que, acerca de las cosas esenciales, debemos ser muy serios y cuidadosos, y que debemos ser tolerantes acerca de las cosas periféricas.

El mismo verbo «contender», por lo menos en la traducción Reina-Valera, se usa de dos maneras. En Romanos, capítulo 14, el apóstol Pablo dice: «...para no contender acerca de opiniones porque uno cree que se ha de comer de todo; otro que es débil sólo come legumbres; uno hace caso del día, otro juzga iguales todos los días». Y el apóstol nos dice que

recibamos incluso al débil en la fe. Pero ya está en *la fe*, en lo esencial de la fe. «Recibamos al débil en la fe, sin contender sobre opiniones, porque Dios va juzgar a cada uno». Dios conoce las intenciones de cada uno.

Pero el mismo verbo «*contender*» lo utiliza de manera contraria, pero por el mismo Espíritu Santo, el apóstol Judas, hermano de nuestro Señor Jesús y de Santiago. Y así como Pablo dice: «...*para no contender sobre opiniones*», Judas dice: «...*contendáis ardentemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos*».

Entonces, anteriormente nos detuvimos un poquito en enfatizar la existencia de aquello que se llama «*la fe que ha sido una vez dada a los santos*», por la cual el Espíritu Santo, a través del apóstol Judas, nos dice que contendamos ardentemente, mientras el apóstol Pablo nos dice «en cuanto a opiniones, para no contender». No contender acerca de opiniones; mas, contender abiertamente por la fe.

O sea, hay una diferencia entre lo que son cosas fundamentales, y vamos a decir, atañen a la esencia de la revelación divina y del evangelio, y las cosas que ya dentro de la fe permite por la amplitud de libertad que tienen los hijos de Dios, de pesquisar, de investigar, ya dentro de lo fundamental, algunas cosas, y se forman escuelas de opinión, pero estando todos en la misma base común.

Ya las palabras en Judas son diferentes a las palabras en Pablo. Pablo habla de opiniones acerca de cosas semejantes a éstas, como si se puede comer de todo o sólo algunas cosas; acerca de los días, cosas de ese tipo.

En cambio, el contexto de las palabras de Judas el apóstol, es acerca de la común salvación, acerca de Dios y del Señor y de la gracia no convertida en libertinaje, la común salvación.

Entonces, tenemos que aprender a hacer diferencia entre lo que es fundamental, aquello en lo cual los apóstoles nos llaman la atención. Por una parte, nos dice Pablo, de recibir al que el Señor recibió. Y por otra parte, nos dice Juan, no recibir ni llamar bienvenidas a determinadas personas que están diciendo determinadas cosas acerca de Dios y de Jesús.

No podemos confundir lo que es esencial con lo que es periférico. Y el enemigo es muy astuto; él quiere llamarle periférico e intrascendente a lo que es sumamente serio, y por otra parte, quiere que nos pelemos por mosquitos, a la vez que nos hace tragar los camellos. Entonces, el Señor tiene que corregir el orden de prioridades en nuestras conciencias, ayudarnos a distinguir los asuntos fundamentales; porque esos no son sólo asuntos; son las palabras enseñadas por el Espíritu acerca de la administración de Dios.

Las verdades fundamentales, o dogmas

Entonces, voy a tener que abogar por una palabrita que, a veces, nosotros menospreciamos. Quizá en nuestra traducción de la Biblia no la hemos encontrado, y por eso no nos parece bíblica. Y esa palabrita es «dogma». La palabra «dogma» es una palabra bíblica; sólo que aparece traducida de otras maneras en las Escrituras, y por eso ante una traducción a

veces leve, después corremos el riesgo de quitarle importancia.

Cuando hubo, en Jerusalén, el concilio apostólico, en Hechos 15, no se estaba tratando sólo cuestiones judaicas, no se estaba tratando sólo asuntos periféricos – aunque ellos estaban implicados. De lo que se trataba era nada menos que de la esencia del evangelio. ¿Somos salvos por fe, por gracia, o la salvación depende de las obras y de la circuncisión? No era sólo si podíamos comer morcilla o no.

A veces pensamos que el concilio de Jerusalén se ocupó de la morcilla. ¿Aquí en Chile también le dicen morcilla? ¿Cómo le dicen? Prietas. Bueno, eso es lo que en Colombia llamamos morcilla.² No, el tema era otro; el asunto era nada menos que la esencia del evangelio.

Cuando ellos llegaron a una conclusión, ¿ustedes recuerdan qué dice allí? «Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponer ninguna otra cosa necesaria...». Y escribieron aquella carta, y la enviaron junto a algunos delegados de ellos junto con los apóstoles Bernabé y Pablo, y le añadieron a Silvano y a Judas Barsabás, para que también ellos, con palabras, explicaran en las iglesias el sentido de aquella carta.

Y entonces, en la traducción Reina-Valera dice, en el capítulo 16, que los apóstoles iban por las iglesias y les entregaban las ordenanzas que habían acordado los apóstoles, y las iglesias eran edificadas, etc. Esa palabra, que allí fue traducida «ordenan-

zas», en el contexto de los edictos de Augusto César fue llamada «edicto»; esa palabra, en el original griego, es «dogma».

A veces nosotros, en nuestra actitud antirreligiosa, se nos va la mano. Está bien ser antirreligioso, ser antifariseo en ese sentido; pero ser antidogmático es más delicado, diferente. La palabra de Dios sí habla de verdades fundamentales; en ella no podemos tomar algunas cosas y dejarlas, como se dice, a la buena de Dios. La palabra de Dios identifica de manera clara y profunda algunas cosas. Por ejemplo, la Palabra dice que el que no honra al Hijo como se honra al Padre, no tiene a Dios. Eso es una cosa seria. «El que no tiene al Hijo, no tiene al Padre; el que niega al Hijo, niega también al Padre». Entonces, todo lo relativo a la relación del Padre y el Hijo, y quién es el Hijo, son asuntos fundamentales.

Cuando se trataba acerca del Hijo, los apóstoles eran sumamente estrictos. Ya no estaban contemporizando o tratando de acomodarse a la cultura, porque eso tiene que ver con lo esencial de la fe. Que Jesucristo es Dios con el Padre, es un dogma. Que Jesucristo es también Dios y hombre verdadero, es un dogma. Que la muerte del Señor Jesús en la cruz es expiatoria, y sólo en base a esa muerte podemos ser salvos, es un dogma. Que la justificación es por la fe, por sola gracia y no por obras, es un dogma. Son verdades fundamentales, que la iglesia tiene que aprender a distinguir y realzar e insistir constantemente en ellas, especialmente cuando el Señor ha empezado a revelar-

² Embutido a base de sangre animal.

nos algunas cosas relativas, por ejemplo, al reino, al castigo dispensacional, a la recompensa de las obras.

La Trinidad

Entonces, quisiera comenzar diciendo que una primera palabra, digamos, clave –inclusive no está en la Biblia; pero, a lo que se refiere, sí está en la Biblia–, es la palabra **Trinidad**. Lo primero de lo cual Dios ha hablado, el tema central de Dios, junto con lo demás, de donde brotan y a donde regresan todas las cosas, que le da el comienzo y el sentido –Alfa y Omega– a todo el resto de la revelación divina, es lo que Dios ha revelado acerca de Sí mismo. Y, por eso, estamos resumiendo toda esa revelación divina de Dios acerca de Sí mismo, en la palabra *Trinidad*.

Dios es un solo Dios, trino – Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo relativo a la Trinidad de Dios es demasiado fundamental. A veces, nosotros podemos pensar que esa cuestión de la Trinidad no tiene nada de práctico; pero, si realmente viéramos qué significa conocer a Dios en Trinidad, ahí descubriríamos que lo más práctico que existe para todo –para la vida de la iglesia, para la vida de la familia, para la salud de la sociedad–, lo más práctico es conocer a Dios en Trinidad, en el Espíritu.

Es cuando conocemos a Dios, que Dios es un Dios que es amor, que el Padre es un Padre que tiene un Hijo y que le ha dado al Hijo toda plenitud, y como el Padre tiene vida en sí mismo, ha querido que en el Hijo habite toda plenitud, y que el Hijo también tenga vida en sí mismo, como el Pa-

dre. Y cuando vemos que todo lo que es del Padre es del Hijo y todo lo que es del Hijo es del Padre, y cuando el Señor establece la relación intratrinitaria como modelo y como contenido de la iglesia, ahí nos damos cuenta que este asunto de la Trinidad no es sólo una disquisición teológica de algunos medievales.

El Señor Jesús dijo –claro que eso requiere el mayor desafío a todas las capacidades del hombre, que siempre se quedarán cortas; por eso necesita revelación–, el Señor Jesús dijo: «...como tú, oh Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros». ¡Qué frase tremenda! La sabemos de memoria; pero, ¿cuándo la entenderemos? «...como...». Ese es el modelo, «...como tú en mí y yo en ti». ¿Qué significa eso? Necesitamos la revelación del Espíritu Santo, para entender espiritualmente ese «como».

¿Cómo es que el Padre es en el Hijo, y el Hijo es en el Padre? «Que también ellos», o sea, la iglesia, «sean uno». Habla de la unidad de la iglesia, un tema precioso en estos tiempos de división de iglesias; pero dice: «sean uno en nosotros». Ese *nosotros* de la Trinidad, ese *nosotros* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Nada

Todo lo relativo a la Trinidad, lo que la Palabra dice acerca de ella, es ítem fundamental del testimonio de la iglesia.

más práctico, de resultados más prácticos para la vida de la iglesia, que tener una revelación de Dios en Trinidad, conocer a Dios en su Trinidad.

Es sumamente práctico también para la familia. ¿De dónde el marido va aprender? ¿De dónde se aprenden las relaciones fieles, las relaciones justas, las relaciones suaves, llenas de amor, realizadoras del otro? ¿Dónde las vamos a aprender, si no conocemos a Dios en Trinidad? ¿Cómo una sociedad va aprender justicia, va a aprender solidaridad, va a aprender misericordia, si no tiene cristianos que conozcan a Dios en la Trinidad?

Entonces, amados, el ‘asunto’ de la Trinidad no es un asunto medieval o bizantino, o sólo teológico. Los apóstoles hablaron de eso. Mucha porción de la Palabra de Dios se dedica a decirnos lo que Dios es y cómo él es. Dios es un Dios que quiso revelarse, como ya hemos enfatizado, y que quiso darse.

Y en ese revelarse es que nos damos cuenta –la iglesia– que Dios es trino, después que el hermano Tertuliano del siglo II acuñó la palabra *trinitas*. Eso no quiere decir que la Trinidad la inventó Tertuliano. No, la palabra *trinitas* la aplicó él a la Trinidad, a la Trinidad de la Biblia.

Hay otro hermano que habló maravillas de la Trinidad en la iglesia primitiva, y nunca mencionó la palabra Trinidad. Hoy, a su libro le pusieron el título *La Trinidad*, pero cuando él lo escribió no se llamó así. Era un hermano llamado Novaciano, también entre el siglo II y el III, uno de los libros de la iglesia primitiva más preciosos acerca de la Trinidad.

Pero Tertuliano –cuando le sigues atentamente– está hablando lo que la Biblia habla de Dios. Entonces, en la divinidad, el Padre es Dios. Bueno, eso no ha sido tan difícil, digamos, para ciertos monoteísmos; aunque aplicarle a Dios la palabra Padre ha sido muy difícil para el Islam. Israel, por lo menos, se la aplica en un sentido más suave, porque Dios mismo se presentaba como un padre a Israel; a veces, también como un esposo. Así que, en cuanto a la divinidad del Padre, no ha habido mayor problema con esos monoteísmos.

Pero lo que es la confesión propia de la iglesia es la divinidad del Hijo juntamente con la del Padre. El Hijo es Dios con el Padre. Que, antes de la fundación del mundo, el Verbo estaba con Dios y era Dios, y todas las cosas por medio de él fueron hechas y que sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. Que el Hijo es Dios con el Padre – esa es la confesión propia de la iglesia. Es la iglesia la que sostiene la confesión de la divinidad del Hijo de Dios.

Ha habido épocas donde esto ha sido combatido terriblemente. Antes, durante y después del concilio de Nicea, donde se proclamó abiertamente la divinidad del Hijo, hubo ataques imperiales, teológicos, confusiones de adentro, represiones de afuera. Nuestro hermano Atanasio de Alejandria, que fue un bastión en la época para confesar lo que la iglesia confiesa acerca de la divinidad del Hijo, tuvo que salir cinco veces exiliado, tuvo que esconderse entre los monjes del desierto y escribir cartas escondido a los hermanos, porque

Satanás estaba tratando de apagar esa gran verdad del corazón de la iglesia: el Hijo de Dios es Dios con el Padre, y el que no honra al Hijo como al Padre, no tiene tampoco al Padre.

¡Qué tragedia para el judaísmo, que no es cristiano! ¡Qué tragedia para el Islam, que ellos piensan que tienen a Dios y sin embargo no tienen al Padre, si no tienen al Hijo! El que no recibe al Hijo, no recibe al Padre; el que no tiene al Hijo, no tiene al Padre. De manera, hermanos, que si fuéramos a buscar algún asunto de primerísima importancia, es la identidad del Señor Jesús; porque la iglesia es la iglesia del Señor Jesús. ¿De cuál Señor Jesús? ¿Cuál es el Señor Jesús de la iglesia? El Señor Jesús de la iglesia es el Hijo de Dios, y el Hijo de Dios es Dios con el Padre.

Mucha tela que cortar tiene la iglesia acerca de la divinidad del Hijo. Y es necesario formar, desde los hermanos más nuevos hasta los más viejos, en este claro testimonio, porque esa es la revelación que el Espíritu ha dado del Hijo. Hermanos, el apóstol Juan dedica mucho cuidado a esto. Él hace diferencia entre el Espíritu de Dios y el espíritu del anticristo en lo que ese espíritu confiesa acerca de Jesús.

En tiempos de ambigüedad y astucia, Satanás se esconde, pero el Espíritu Santo discierne; el Espíritu Santo fue llamado para que abra los ojos de la iglesia. Y la serpiente presenta otro Jesús, otro evangelio y otro espíritu. Y Pablo les dice a los santos, allá en Corinto: «Pero me temo que ustedes están tolerando demasiado. Viene alguno presentando a otro Je-

sús, otro espíritu, otro evangelio y lo toleráis».

El tolerante Pablo, el apóstol inclusivo, el apóstol del cuerpo, en estas cosas, fue serio. ¿Cómo vais a tolerar si os vienen a hablar de otro Jesús, si la serpiente quiere distorsionar la verdad acerca del Señor Jesús? Primero, en cuanto a Su divinidad o a Su humanidad, o en cuanto a la relación de Su divinidad y Su humanidad, o en la relación con el Hijo con el Padre o Su relación con nosotros, Satanás siempre ha procurado presentar otro Jesús, y hoy las librerías están llenas de apócrifos. Hoy en día los apócrifos son la moda. Hay personas que no leen la Biblia, pero que se leen seis o siete volúmenes de J. J. Benítez, del *Caballo de Troya*, hablando necedades acerca de Jesús, y se las creen, como si fuera el evangelio.

Satanás está ahí, y la iglesia, a veces, como que no se pellizca, como que no responde nada, como que no tiene nada que decir, cuando los hermanos de la iglesia primitiva morían por este testimonio.

Entonces, todo lo relativo a la Trinidad, lo que la Palabra dice acerca de ella, es ítem fundamental del testimonio de la iglesia.

La iglesia tiene que confesar la divinidad del Hijo junto con el Padre, tiene que confesar la divinidad del Espíritu Santo junto con la del Hijo y del Padre. San Pedro dice que mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios. ¿Cómo el Espíritu de Dios no va a ser divino? ¿Cómo Dios puede tener un Espíritu que fuera algo menos que divino? ¿Cómo no va a ser Dios, también, el propio Espíritu de Dios?

La Encarnación del Verbo

La segunda palabra clave –así como la primera es Trinidad–, el segundo grande dogma que ha sido confiado a la iglesia, verdad fundamental por la iglesia tiene que dar la vida, es la **encarnación** del Verbo de Dios.

El primer gran espectáculo –que no existe en el universo otro mayor– es la Trinidad. El segundo grande capítulo, la segunda escena, el segundo gran espectáculo, es la encarnación.

El Verbo de Dios, el Verbo que estaba con el Padre y era con Dios y era Dios, por medio de quien Dios hizo todas las cosas, que era con el Padre antes de la fundación del mundo, que compartía con el Padre la gloria, siendo el propio resplandor de ella, el Hijo, que dijo: «Padre glorifícame tú, al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese»; el que dijo: «Antes que Abraham fuese, yo soy»; él, aquel Verbo, se hizo carne, se hizo un hombre semejante a nosotros, tentado en todo conforme a nuestra semejanza, con espíritu humano, con alma humana, con cuerpo humano, perfectamente humano, un hombre verdadero como tú y yo. Porque, si no fuese un hombre, ¿cómo iba a redimirte, cómo iba a pagar el precio por los hombres y cómo iba a realizar nuestra humanidad, si él no la asumió?

Pero él dijo: «Padre por ellos, yo me santifico a mí mismo». O sea, él se vistió de nuestra humanidad, para conducir nuestra humanidad a la estatura del varón perfecto, realizar las posibilidades de la humanidad en su propia encarnación, para

luego convertirse en el pan de vida. «El pan que yo daré es mi carne. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el día postrero». Pero, si él no se hizo hombre, si era sólo un fantasma, como decían los docetistas, o alguna leyenda o mito, como están diciendo hoy los modernos, o están queriendo hacer diferencias entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, sin confesar que Jesús es el Cristo; hermanos, sin esa gran verdad, se nos cuela Satanás.

La segunda gran verdad de la iglesia, por la cual la iglesia es iglesia, y por la cual y para la cual la iglesia vive, es que el Hijo de Dios, el Verbo que estaba con el Padre, se hizo hombre, semejante a nosotros en todo. Creció como crecen los hombres, porque él, como Dios, no tiene que crecer; él, como Dios no tiene nada que aprender. Mas, como hombre, él creció en estatura, creció en gracia, creció en sabiduría delante de Dios y de los hombres, y por lo que padeció, aprendió la obediencia, y fue tentado en todo conforme a nuestra semejanza, pero sin pecado.

«El que no confiesa que Jesucristo es venido en carne», dice Juan, «ese es el espíritu del anticristo, del cual vosotros habéis oído que viene, y ya han salido muchos anticristos». El anticristo final es un personaje; pero anticristos, en plural, dice Juan que hay muchos espíritus de anticristo, que no confiesan que Jesucristo es venido en carne.

Los falsos cristos de hoy, desencarnan al Señor Jesús, despachan la encarnación, porque ellos pretenden

decir: 'Bueno, aquel Verbo, aquel Cristo, le llaman Cristo sólo a la unción que estaba en ese hombre, Jesús', sin confesar que Jesús es el mismo Cristo, sino que ellos dicen: '¡No, no! Porque es como un avatar', le dicen ellos, 'vino sobre uno y ahora viene sobre otro; pero es el mismo'.

Ahora, William Soto Santiago, por ahí anda diciendo por toda Latinoamérica que es el ángel de Jesucristo, como si Jesucristo necesitara de él para volver; que la segunda venida de Cristo es a través de fulano y de mengano, porque se deshicieron de Jesucristo en carne, porque no confiesan a Jesucristo en carne. El Señor Jesús resucitó como hombre. «Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. ¿Tienen algo de comer? Vengan, comamos juntos». Y comió. «Tomás, ven, pon aquí tu dedo, pon aquí tu mano».

«Lo que vieron nuestros ojos, oyeron nuestros oídos, palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida». Ellos dieron testimonio del Señor Jesucristo en carne, como hombre, después de la resurrección. No sólo espíritu. Y ascendió a la vista de ellos, y los ángeles dijeron: «Este mismo Jesús...». No necesita venir a través de Williams Soto, o del tal Miranda, que está por allá en Colombia y por República Dominicana diciendo que es el Cristo, y ahora ves al anticristo, y tatuándose la gente, poniéndose el 666. ¡Montón de gente que estaba en las congregaciones evangélicas!

¿Por qué son engañados? Muchos serán engañados, porque no conocen la verdad. Dicen que los mayores es-

pecialistas en los dólares falsos son los que conocen los dólares verdaderos. Ellos conocen los verdaderos, y cuando viene uno medio raro, aunque nunca haya estudiado acerca de esos otros, al compararlo con el verdadero, se dan cuenta que el otro es falso.

«Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo», dijo el Señor. Ahí está el cuerpo. Ahora, él habla de su alma: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte», y habla de su espíritu humano: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Él era un hombre con espíritu humano, alma humana y cuerpo humano, que fue ungido por el Espíritu divino. «El Espíritu Santo ungió a Jesús de Nazaret, que anduvo entre nosotros haciendo bienes, como todos vosotros sabéis», decía Pedro.

El Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, ungiendo el espíritu humano del Señor Jesús, con alma humana y con cuerpo humano, y esa persona humana era y es la misma persona divina del Hijo de Dios, que estaba con el Padre. Este era en el principio con Dios y era Dios. Este era en el principio con Dios, y nada de lo que fue hecho fue hecho sin él, y este, aquel Verbo, fue el que se hizo carne. Y no sólo cuerpo humano, sino, como dice Filipenses, se hizo hombre; siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó, tomó forma de siervo, hecho semejante a los hombres y estando en la condición de hombre, se humilló.

Como hombre, fue probado en todo; como hombre, él venció las

pruebas; como hombre, él venció a Satanás. Por eso, Satanás, cuando se aparecía en las sinagogas, estaba dispuesto a confesar que Jesús era el Santo de Dios, el Hijo de Dios. Pero no quería decir que vino en carne, porque fue en carne que Jesús lo venció; en su carne, el Señor condenó el pecado; en su carne, como hombre, fue que Jesús venció a Satanás. Esa es la gran verdad de la iglesia. No hay otra vida que se haya vivido como la vida del Señor Jesús. Ese es el testimonio de la iglesia. La encarnación es un segundo punto.

La Expiación

Y un tercero, la palabra clave es **expiación**. En el corazón del testimonio de la iglesia está la muerte expiatoria por nuestros pecados, del Hijo de Dios, que llegó también a ser el Hijo del Hombre. Dios en cuanto Verbo, hombre en cuanto se encarnó, asumiendo íntegramente nuestra naturaleza humana, sólo que sin pecado. Y, luego de ser probado en serio, y habiendo vencido, habiendo recibido del Padre la aprobación, en el bautismo, en el monte de la transfiguración y en la resurrección, Dios demostró que ese es su Hijo amado. «Este es mi Hijo amado en el cual tengo contentamiento, a él oíd».

Dios lo vindicó como Hijo de Dios en la resurrección, después de morir una muerte expiatoria. La expiación es el gran corazón del evangelio.

Cuando tú ves el tabernáculo, lo que estaba en el Lugar Santísimo, en el centro del Lugar Santísimo, era el arca del testimonio, y encima, el propiciatorio, ¿de qué nos habla? De la persona y obra fundamental del Señor Jesús. El oro por dentro y por fuera del arca, y la madera del arca, nos hablan de la persona divina y humana del Señor Jesús. El oro, por dentro, nos habla de su identidad eterna en cuanto Hijo de Dios; porque el oro representa la naturaleza divina. Y él, antes de la fundación del mundo, estaba con el Padre, y por tanto, dentro del arca. Su identidad más íntima es la de Hijo de Dios.

Pero él también asumió la naturaleza humana, se hizo carne, se hizo hombre como nosotros. Por lo tanto, un poquito más afuera de ese oro, está la madera de acacia, que nos habla de su humanidad. Pero, luego, él dijo: «Padre, aquella gloria que yo tenía contigo antes que el mundo fuese, glorifícame con aquella gloria». Sólo que él, ahora, no sólo estaba como hombre, sino como Dios. Por tanto, al ser glorificado como Hijo de Dios, ahora en humanidad, glorificó nues-

Satanás, cuando se aparecía en las sinagogas, estaba dispuesto a confesar que Jesús era el Santo de Dios, el Hijo de Dios. Pero no quería decir que vino en carne, porque fue en carne que Jesús lo venció.

tra humanidad. Y, por eso, del lado de afuera de la madera, hay oro otra vez en el arca.

El arca tiene oro por fuera y por dentro, y en el medio, madera. Porque el Señor Jesús era Dios, se hizo hombre y volvió a la gloria. Entonces, él es hombre y Dios, Dios y hombre. Hay un hombre, un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; pero a la vez glorificado. Pero, encima del arca, estaba el propiciatorio, donde se hacía propiciación o expiación, donde se derramaba la sangre del cordero. Eso es lo esencial, eso es lo primero, eso es lo que se encuentra en el corazón del Lugar Santísimo.

Y esas son las tres primeras grandes verdades dogmáticas de la iglesia: Jesús como Hijo de Dios, divino como el Padre, segunda persona de la Trinidad divina, y hecho hombre, probado en todo, mas sin pecado, glorioso, y muerto en la cruz por nuestros pecados.

Cuando el apóstol Pablo le recordaba a la iglesia en Corinto, los primordios del evangelio, él les dice: «Os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual habéis recibido, el cual si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano». Porque hay alguna fe que no es del espíritu, sino sólo una creencia del hombre exterior; pero, el que creyó de verdad, como una revelación, con nuevo nacimiento, ese es salvo para siempre.

Entonces, les dice Pablo: «Os declaro este evangelio...». Y empieza a declarar la esencia del evangelio. Fundamento; no hay otro fundamen-

to. Y la primera palabra que dice es: «Cristo». Y la segunda palabra dice: «murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras y fue sepultado y resucitó al tercer día conforme a las Escrituras y apareció...». Y empieza a mencionar las apariciones a los hombres y no mencionó las de las mujeres, no porque no se les hubiera aparecido, sino porque en la época no tenían en cuenta el testimonio de las mujeres; entonces él mencionó las apariciones a los hombres.

Pablo dice que esa es la esencia del evangelio; lo primero que él enseñó. Ese era el fundamento que él, como perito arquitecto, colocaba en la iglesia. Cada hermano debe estar fundamentado sobre ese fundamento: Quién es el Hijo de Dios, su persona divina y humana, y primeramente su muerte expiatoria. Entonces, ahora sí viene la resurrección, ahora sí viene la ascensión. Porque la muerte era para quitar lo negativo; la resurrección, ascensión y el Espíritu para suplir lo positivo. Suplir lo positivo, lo nuevo.

La justificación por la fe y otras verdades

Entonces, de la muerte, de la expiación, se deriva otra gran verdad fundamental que fue la tecla que el Espíritu Santo estuvo tocando durante la época de la Reforma, porque se había perdido. Satanás la había confundido en el conocimiento de los santos. **La justificación por la fe.**

Expiación y justificación por la fe, son las grandes verdades dogmáticas de la iglesia. Claro que también, junto con la muerte, está la resurrección.

La resurrección integral, con espíritu, alma y cuerpo, del Señor Jesús. Él no resucitó sólo en espíritu. Hoy día, algunos enfatizan que él se volvió espíritu, como si hubiera desaparecido él como hombre. Pero él es hombre, él resucitó como hombre. Inclusive quiso conservar las cicatrices, como para que no haya duda. «¿De dónde tienes estas heridas? Con ellas fui herido en casa de mis amigos», dice Amós. Él conservó sus cicatrices. Él ya sabía que Tomás iba a decir esto: «Si no meto mi dedo en sus llagas, no voy a creer». Entonces, las conservó, como una gran honra.

¿Ven?, ahí está la esencia. Usted tiene resurrección, ascensión, derramamiento del Espíritu. Esas son grandes verdades. Hermano, de cada uno de estos pasos, la iglesia obtiene inmensos beneficios.

Esas siete fiestas de Israel, como dice Pablo a los Colosenses, eran sombra de Cristo, mostraban algún aspecto fundamental de Cristo. La pascua mostraba a Cristo crucificado; los ácidos, a Cristo repartido; las primicias, a Cristo resucitado; Pentecostés, al Espíritu de Cristo derramado; las trompetas, a Cristo anunciado, predicado a los gentiles, creído en el mundo, el testimonio de la iglesia, y la fiesta de la expiación, Cristo abogado, a la diestra del Padre, intercediendo por nosotros. Y entonces, la fiesta final, la del reino, la de las cabañas o tabernáculos, Sucot, Cristo volviendo, estableciendo su reino milenial.

Esas son grandes verdades sobre Cristo. Cristo divino, en la eternidad, en la Trinidad, Cristo en el planea-

miento, como arquitecto con el Padre, decidiendo con el Padre: «Hagamos al hombre conforme a nuestra imagen», etc. Cristo en la revelación, Cristo en la redención, Cristo en el juicio, Cristo en el reino.

Las grandes verdades acerca de Cristo; ese es el tema de la iglesia, es el gozo de la iglesia, es la comida de la iglesia. Ahora sí podemos hablar de la iglesia. Pero antes, todavía no. Hasta no llegar al siglo XVI, todavía el Espíritu Santo no enfatizó el asunto de la iglesia. Si usted mira la historia de los temas que enfatizó el Espíritu Santo, se va a dar cuenta que él siguió un orden sistemático.

¿De qué hablaban los hermanos de los tres o cuatro primeros siglos? De muchas cosas, pero principalmente el asunto en que los tenía embebidos el Espíritu Santo era: ¿Quién es Jesús? ¿Qué relación tiene Jesús con el Padre? ¿Es de otra sustancia o es de la misma sustancia? ¿Es consustancial o es parecido? Eso era lo que ellos querían saber, y pesquisaban las Escrituras en oración. Y de pronto saltaban de las Escrituras las palabras del propio Dios acerca de su Hijo y del propio Hijo acerca de sí mismo, y del Espíritu por los profetas y apóstoles acerca del Hijo. ¿Quién era el Hijo? Ese era el tema de la iglesia en los primeros cuatro siglos.

Después que ya quedó claro que el Hijo era tan Dios como el Padre, entonces ahora el asunto era: ¿Es también hombre? ¿Cómo se relaciona su divinidad y su humanidad? ¿Son dos naturalezas en la misma persona, o son dos personas? ¿O es mitad Dios y mitad hombre? Esos eran los asun-

tos de ellos. Y se demoraron varios siglos, hasta el final de la época patristica. El último de los patristicos fue Juan Damasceno. La cristología era todavía su tema, hasta el siglo VIII. Después, en la Edad Media, siglo X, comenzó el asunto de la expiación a ser traído a colación otra vez por el Espíritu Santo. Tan claro habían hablado los apóstoles, pero en la Edad Media no estaban seguros por qué murió Jesucristo.

Cuando lees el Nuevo Testamento, es tan claro. Pero después de diez años de historia de la iglesia, todavía un gran teólogo llamado Pedro Abelardo pensaba que el Señor Jesús murió en la cruz para darnos ejemplo de martirio, para darnos ejemplo que nosotros también tenemos que dejarnos matar por Dios. ¿Sería que para eso murió el Señor Jesús en la cruz? Claro que eso también está incluido, pero, ¿sería ese el punto principal? ¿Se da cuenta? ¿Quién iba a pensar que eso era un punto de discusión en la Edad Media?

Hoy, hay cosas que nos parecen una locura, como cuando los teólogos españoles discutían si acaso los indígenas tenían alma. Y de los negros, ni lo discutían, lo daban por sentado que no tenían. Uno pensaría: Dios mío, ¿esa era la teología de los teólogos? Exactamente, esa era. Y los bizantinos discutiendo cuántos ángeles cabían en la punta de una aguja, o de qué color eran los ojos de la virgen María. Y los musulmanes se tomaron todo el imperio, cuando aquéllos estaban en pleno concilio averiguando acerca de los ojos de María.

Hermanos, Satanás nos distrae

con las cosas innecesarias y nos quita lo esencial. Entonces, en la Edad Media, por fin levanta el Señor a hermanos como Anselmo de Canterbury, que escribió la obra *Por qué murió Cristo*. Y ahí empieza a traer luz otra vez de lo que ya siempre había estado en la Biblia, pero como que se les había esfumado. No sé qué se había hecho la Biblia. Por fin, empezaron a pensar que él había muerto para expiar nuestros pecados, y procuraron entender la expiación. Ahora sí, después de la expiación, después de la Edad Media, estaba lista la cristianidad para la Reforma.

Y, ¿cuál era el tema de la Reforma? ¿Cuál era ahora el énfasis del Espíritu? «*El justo por la fe vivirá*». Sola Escritura, sola fe, sola gracia. La justificación por la fe, verdad fundamental, el corazón de Romanos.

Pero, ¿sabe qué decía el Concilio de Trento, hermano, en pleno tiempo de la Reforma, haciendo la Contrarreforma? Reunidos un montón de curas, llegaban a esta conclusión: 'El que dijere', dice uno de los cánones fundamentales sobre la justificación del Concilio de Trento, de la Contrarreforma, 'el que dijere que es justificado por la sola fe sea anatema'. Eso dice el Concilio de Trento, o sea anatemizó a San Pablo, anatemizó a Romanos, a Gálatas, anatemizó la esencia del evangelio, aquello que estaba representado por aquel propiciatorio en el corazón del Santísimo, encima del arca.

Lo esencial lo anatemizó el Concilio de Trento, porque ellos confundían justificación con santificación. Pero el mismo Señor Jesús fue el que

habló de justificación. ¿Acaso no contó él la parábola del fariseo y del publicano? El publicano oraba consigo mismo; en cambio, ¿qué decía el fariseo? «Sé propicio a mí». Y otras traducciones dicen: «Propicia para mí». Y dice que él salió justificado; o sea, el que confiaba en su justicia propia, salió todavía pecador. Pero, el pecador que confió en la propiciación, salió justificado.

Eso no es doctrina sólo de Pablo, sino del Señor Jesús. De él, en Isaías 53 se dice que: «Justificará su siervo justo a muchos». La justificación no es invento de Pablo. Hoy en día quieren decir que Pablo fue el que se inventó otra rama del cristianismo, y le atacan a Pablo. Pero el Señor Jesús dijo: «Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre a las naciones».

Hoy le tienen un terrible odio a Pablo, la Nueva Era, los apócrifos. Hoy en día ya sacaron otro apócrifo, el de Judas Iscariote, echándole la culpa a Dios, defendiendo al diablo y a Judas. 'El culpable de todo es Dios', ese es el dizque evangelio de Judas Iscariote.

Hermanos, la iglesia no puede estar callada. Ella tiene que dar testimonio constante y permanente de lo que le ha sido confiado. Y esto le ha sido confiado a la iglesia: «*El justo por la fe vivirá*».

La Iglesia

Ahora sí, después de la época de la Reforma, cuando ya quedó claro quién es salvo y cómo se salva, quién no es salvo, y quién está adentro y quien está afuera, ahora sí se podía

hablar de la iglesia, ahora sí el Espíritu Santo podía tomar algunos de los Hermanos, y empezar a hablar de la naturaleza de la iglesia, de la inclusividad de la iglesia, del cuerpo de Cristo. Y ya la onda de la visión de iglesia fue introducida en la historia de la iglesia por el Espíritu Santo.

La verdad fundamental acerca de la iglesia, descansa sobre la de la justificación por la fe. ¿Se dan cuenta? Y esa descansa sobre la expiación y sobre la persona de Cristo y sobre la Trinidad. Trinidad, encarnación, expiación. Puede poner: resurrección, ascensión, Espíritu y también justificación por la fe, vida santa, vida en el Espíritu, iglesia. Ahora sí llegamos a la iglesia.

Ahora, del siglo XVIII y XIX, XX y XXI, el Espíritu Santo está llevando a la iglesia a comprenderse a sí misma, pero a la luz de la salvación, a la luz de Cristo. O sea, la eclesiología no es el primer capítulo, es el penúltimo. El último es la escatología, las últimas cosas. Cuando ya vemos la iglesia, los vencedores, el milenio, el reino, ahí empiezan todas estas cosas, ahí empieza la escatología. Cielo nuevo, tierra nueva, esa síntesis que comienza por: «*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*». Ahí sí, llegamos a la escatología, la esperanza, la bendita esperanza, una misma esperanza, «*la esperanza de gloria*».

Ahora sí, después del reino, tenemos la eternidad, el propósito eterno de Dios. Esas son palabras claves que no debemos olvidar dentro del depósito de Dios. Dentro del consejo de Dios, hay asuntos esenciales que tienen un orden lógico, un orden espiri-

tual, que uno es el que te lleva al otro. Y así, el Espíritu Santo, conforme a la promesa de Jesús, condujo a la iglesia. Porque él dijo: «El Espíritu os guiará a toda verdad». Y el Espíritu Santo, como en un parto, dirigió ese parto de la iglesia que es como aquella mujer en trabajo de parto para dar a luz ese niño, ese hijo varón – Cristo formándose en la iglesia.

El Espíritu Santo ha ido revelando a la iglesia, con la misma Palabra de siempre, la misma Biblia de siempre. Pero, cada vez, él la va abriendo más, primero acerca de Dios mismo y acerca de Cristo, porque es por medio de Cristo que conocemos a Dios, es por medio de Cristo que conocemos al hombre, es por medio de Cristo que conocemos la salvación y es por medio de Cristo que conocemos la iglesia y el reino y el propósito eterno de Dios.

Todas estas cosas están integradas en un orden lógico que viene de la eternidad y que va hasta la eternidad, y que así han sido enseñadas por el Espíritu Santo conforme a su ministerio, a lo largo de veintiún siglos de historia eclesiástica. El Espíritu Santo enfatizando estas cosas, porque era necesario que primero hubiera algunas claras, para que sobre ellas el Espíritu pudiera ayudarnos a dar un paso más allá.

Entonces, hermanos, digamos que la historia de la iglesia se recapitula en la revelación final que la iglesia del fin tiene que llevar. Porque dice la palabra de Dios que «mejor es el fin del negocio que su principio», ¿ven? Porque los patriarcas trabajaron para

nosotros, Moisés trabajó para nosotros; Josué, los jueces, los reyes, los profetas, todo Israel trabajó para nosotros. Los apóstoles trabajaron para nosotros.

Nosotros estamos encima de la patristica, sobre los hombros de los escolásticos, sobre los hombros de los pre-reformadores y de los reformadores, de los grandes misioneros. Todo el trabajo del Espíritu a lo largo de veintiún siglos, era para pasárnoslo a nosotros. Todo ese depósito. De él somos herederos. Ha sido masticado por largos siglos. A veces, un asunto necesitaba cuatro siglos de masticación para quedar decantado en el corazón de la iglesia para poder el Espíritu Santo pasar a un siguiente punto.

Pero estamos en las generaciones finales, hermanos. Entonces somos los herederos de toda esa riqueza, de todo ese proceso. Si el depósito de Dios era grande en el principio, cuando no había sido digerido, ¡imágenes ahora que ha sido digerido por veintiún siglos de historia de la iglesia! ¡Cuántos hermanos tratando masticar por un lado y por el otro, y clarificar y conversar, para que nos vaya llegando a nosotros, algo más definido, más decantado!

Hermanos, nosotros estamos en los hombros de ellos; pero cada generación tiene que ser fiel a su propia generación. Nosotros debemos, sobre los hombros de nuestros hermanos, dar un testimonio lo más completo posible, de principio a fin, del consejo de Dios.

(Extractado de un mensaje impartido en Temuco, en agosto de 2008).

* * *

Potencialmente, los cristianos tienen la capacidad de sembrar para la carne o para el Espíritu.



Sembrando para el Espíritu

Gonzalo Sepúlveda

“No os engaéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gál. 6: 7-8).

Mediante la gracia del Señor, los hermanos que nos reunimos en este lugar, hemos estado haciendo una siembra para el Espíritu.

En la palabra citada está presente la carne y la corrupción. «*El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción*». Usted y yo tenemos potencialmente la capacidad de sembrar

para la carne o para el Espíritu; día tras día, estamos haciendo una de estas dos cosas. Durante la semana que pasó, todos hemos sembrado, ya sea para la carne o para el Espíritu.

Nosotros no necesitamos gran instrucción para conocer cuáles son los frutos de la carne. Cuando hemos sembrado para nuestra carne, para nosotros mismos, nuestro egoísmo, soberbia e individualismo se exacerbaban y, como resultado, hemos obtenido una nefasta cosecha. De eso, todos sabemos. Dudo que haya alguien en esta asamblea que no haya tenido, alguna vez, una mala cosecha. Y a la hora de la sinceridad, muchas veces exclamamos: '¡No estamos sino cosechando lo que nosotros mismos hemos sembrado!'.

Mas, hoy, estamos haciendo una siembra para el Espíritu. Ya sabemos que no sólo somos cuerpo y alma; también somos espíritu, y que por el milagro de la regeneración, uniéndose el Espíritu de Dios con «nuestro espíritu», disfrutamos de su vida nueva en Cristo Jesús.

Dios formó espíritu en el hombre (Zac. 12:1). *«Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre»* (Pr. 20:27) *«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios»* (Rom. 8:16). El espíritu nuestro está funcionando ahora. En el tiempo antiguo, Dios despertó el espíritu de sus siervos, despertó el espíritu de su pueblo, y se levantaron para edificar la casa de Dios (Hag. 1:14). De la misma manera, nosotros estamos hoy creyendo; nuestro espíritu está vivo, porque el Señor nos ha vivificado. Ese es el trabajo del Señor. Él hace vi-

vir el espíritu de los humildes y vivifica el corazón de los quebrantados (Is. 57:15).

Estamos sembrando para el Espíritu. Nuestro espíritu se regocija, como el espíritu de María: *«Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador»* (Luc. 1:46-47). Su alma engrandece al Señor, pero el espíritu va más lejos: ¡se regocija en Dios su Salvador! Así también hoy, nuestro Espíritu se regocija. El Señor nos ha salvado, el Señor nos ha amado. No podemos entender cuán grande es su amor. ¡Cómo se regocija nuestro espíritu!

Sin embargo, hermanos, debemos ser también muy sinceros. Estamos trabajando... pero todavía estamos sembrando. No pensemos que, porque este lugar está lleno de hermanos, y porque hay una obra de la que somos parte, ya la cosecha está lista. No; todavía estamos en una etapa de siembra. Necesitamos seguir sembrando. El Señor regará con su Espíritu esta siembra, y a su tiempo llegará la bendita cosecha.

El propósito eterno de Dios

El Señor tiene un propósito grande, y queremos hablar de las cosas grandes del Señor, de las cosas eternas. Y, con la ayuda del Espíritu, después queremos hablar de las cosas pequeñas; y luego, de lo pequeño, volveremos a lo grande, con la ayuda del Señor.

Efesios 1:9-10. *«...dándonos a conocer el misterio de su voluntad...»*. Oh, hermanos, el Dios eterno y todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, se propuso algo en sí mismo. Él tiene

un propósito, y a nosotros debe interesarnos mucho tal propósito. ¿Qué es lo que Dios quiere? ¿Por qué nos creó? ¿Por qué estamos aquí? ¿Para qué tenemos las capacidades que tenemos? Dios tiene el propósito «... de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra».

Alguien podría decir: ¿Y qué tengo que ver con eso yo, con mis problemas, con mi familia, con mi situación? ¿Qué tengo que ver con ese propósito eterno de Dios, con esos misterios divinos? Dios va a reunir todas las cosas que están en los cielos y en la tierra. Bueno, pero, ¿dónde entro yo en eso?

Veamos Apocalipsis 5. Este es un capítulo dedicado al Cordero, a nuestro Señor Jesucristo, quien derramó su sangre en la cruz y nos redimió, y que ahora está exaltado en medio del trono. Los redimidos ya han cantado: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos ... tú nos has redimido para Dios». Y luego dice Juan: «Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza».

Recuerden el versículo que leímos en Efesios: Dios se propuso «reunir todas las cosas en Cristo ... así las que están en los cielos, como las que están en la tierra». Y Apocalipsis 5:13-14 es una visión anticipada del propósito de Dios cumplido: «Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y

debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos».

Lo que escribió el apóstol Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, en Efesios 1, tiene un tono profético, y Juan en Apocalipsis nos relata el cumplimiento de lo que Dios se había propuesto. Pues nuestro Dios no sólo promete. ¡Él cumple su promesa! Esto alimenta nuestra fe.

Cielo, tierra y mar, delante del Señor. ¿Y qué dicen? «Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos». ¡Qué precioso suena esto proclamado por los santos! ¡La iglesia está viva, hermanos! Nuestro espíritu está vivo, y nuestro espíritu se regocija en Dios nuestro Salvador. La iglesia es terrenal y celestial al mismo tiempo. Terrenal, porque estamos aquí, en este lugar, y en este cuerpo físico; pero celestial, porque lo que acabamos de decir está dirigido al trono de Dios en los cielos.

Pero, todavía faltamos nosotros. Hay otra profecía de Pablo en Efesios 5:25-27. «... Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha».

Si nosotros miramos la iglesia con

los ojos humanos, nos desalentamos; si miramos la historia de la iglesia, nos frustramos, pues vemos que son más sus fracasos que sus triunfos. Pero la infidelidad del hombre no hará nulas las Escrituras, ni pondrá en duda la fidelidad de nuestro Dios.

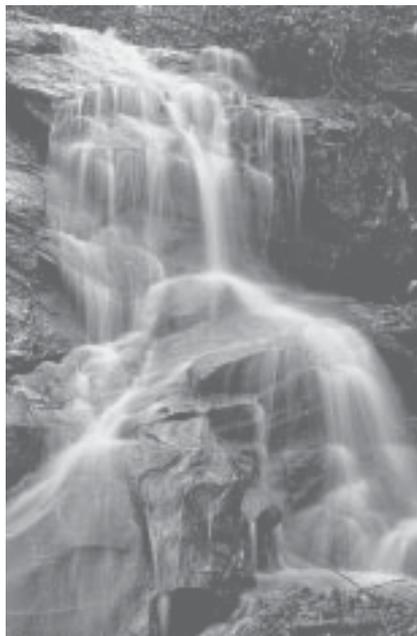
Cristo amó a la iglesia, y nosotros somos parte de ella, los redimidos por la sangre del Cordero. ¡Gracias, Señor! «Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella». Esto dice el Espíritu Santo, para que nosotros también nos enamoremos del Señor, para que le apreciemos y nos maravillemos en su amor.

«...a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa...». Han pasado los años, y nuestros ojos no lo ven aún. Y es posible que, mientras estemos en

la tierra, no veamos mucho. ¡Cuántos hermanos han partido sin ver esto! Han cerrado sus ojos, ya no están con nosotros. No sabemos cuánto de esta gloria llegaremos a ver aquí abajo.

Regresemos a Apocalipsis. Recuerden que en el capítulo 5 se dice que los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y dijeron: «Amén». Fijense ahora en Apocalipsis 19:4-8. «Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya! Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes. Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; **porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.** Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos».

¡Gloria al Señor! En el propósito eterno de Dios, en el misterio de su voluntad –de reunirlo todo en Cristo– aparece en Apocalipsis que toda la creación adora al que está sentado en el trono y al Cordero. Pero a Apocalipsis 5 ‘parece que le falta algo’ (o ‘Alguien’), que se completa en Apocalipsis 19, porque el Cordero, que es exaltado y glorificado por todo lo creado, y en torno a quien todo se reúne, ¡ahora tiene una boda! ¡Ahí aparece ahora la iglesia gloriosa, que el Señor se presenta a sí mismo!



¡Bendito sea el nombre del Señor!
¿No le parece ésta, una buena noticia, hermano? Usted, que se ve débil, en sus fracasos, lleno de problemas; usted, fue escogido desde antes de la formación del mundo, fue objeto del amor del Señor Jesucristo crucificado para el lavamiento de todos sus pecados, y usted ha sido ungido por el Espíritu Santo, quien ahora nos conduce hasta esa gloria donde estaremos con el Señor para siempre.

No estaremos 'en un rinconcito del cielo', como se dice a veces con una afectada humildad, sino donde el Señor está, estaremos con él, y veremos su gloria. Lo creemos. ¡Somos creyentes! Sí, hermanos, y estamos fundados sobre una Roca firme, una Roca incommovible. Sobre esta Roca está fundada la iglesia, la esposa del Cordero, la que se viste de lino fino, limpio y resplandeciente, la que a-

tengo que enfrentar uno y mil problemas'.

Bueno, aquí se nos muestra el camino, y se nos muestra la meta. Cristo y la iglesia, la consumación. Hacia allá nos lleva el Señor. Pero, de aquí hacia allá, en el camino que tenemos que andar, ¿cómo vamos a caminar? ¿Qué ha dicho el Señor, hermanos? ¿Qué ha hablado el Espíritu de Dios a nuestros corazones en estos días? «*No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros*» (Jn. 14:18). «*Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros*» (Jn. 16:7).

Cuando el Señor Jesús estaba en su cuerpo de carne, en la tierra, él estaba *con* los discípulos, pero no podía estar *en* los discípulos. Hoy día, nosotros somos templo del Espíritu Santo, y tenemos al Señor *dentro* de nosotros. El Espíritu de Dios ha venido; y se quedó con nosotros para siempre.

¿Qué es lo que Dios quiere? ¿Por qué nos creó?
¿Por qué estamos aquí? ¿Para qué tenemos las capacidades que tenemos? Dios tiene el propósito
«...de reunir todas las cosas en Cristo...».

compañará al Cordero por la eternidad. ¡Gloria al nombre del Señor!

Usted me dirá: 'Hermano, me regocijo en la palabra, ¡pero es tan celestial! Tengo que esperar morir y resucitar para llegar al cumplimiento de la palabra. Y yo tengo problemas en mi casa hoy, tengo conflictos conmigo mismo hoy, tengo deudas hoy; yo vengo a esta reunión porque necesito socorro para hoy. Esta semana

Casi se está cerrando la historia, y la historia no se cerrará con una iglesia moribunda – se cerrará con una iglesia gloriosa. Mientras más nos acercamos a la boda, mejor vestidos estamos, porque no estamos solos. Si usted y yo hubiésemos sido dejados a nuestra suerte, ya no estaríamos aquí. Pero el Señor ha sido fiel; él nos ha guardado, y nos ha perdonado una y otra vez. Nos ha tenido paciencia y

misericordia; nos ha acompañado. Lo hemos contristado una y otra vez; no hemos sido gentiles con él, no hemos sido amables; muchas veces le hemos causado dolores, ¡pero el Señor ha sido tan fiel! Por eso, sembramos para el Espíritu, para que el Espíritu no siga siendo contristado; porque el Espíritu quiere llevarnos hasta ese encuentro maravilloso en aquella boda final.

Esto nos recuerda una figura bíblica, en el Génesis. Es la historia de Isaac. Abraham mandó a su siervo Eliezer a buscar una esposa entre sus parientes, para su hijo Isaac. Y Eliezer, que es figura del Espíritu Santo, fue, y no se equivocó en ninguno de los pasos que dio. Porque así es el Espíritu Santo, certero en lo que hace. Encontró a la joven que buscaba. Era una mujer diligente. La encontró y la condujo por todo el camino de retorno hasta su amo Isaac. No le dijo: 'Anda; allá te esperan'. No. Él le trajo vestidos y regalos, y la acompañó todo el camino, hasta que, llegando, aparece a la distancia un varón, y ella le dice: «¿Y quién es ese varón que viene hacia nosotros?». Y Eliezer responde: «Ese es mi señor». Entonces Rebeca cubrió su rostro (Gén. 24).

¡Qué escena más maravillosa! El Espíritu Santo está allí, tipificado en ese siervo que se preocupó de que Rebeca recorriera todo el camino, hasta presentarla al amado que la esperaba. Así el Señor está esperando por nosotros. Y está confiando plenamente, no en tus fuerzas ni en las mías; sino en Aquel que envió desde el cielo, el cual tenemos hoy de Dios,

enviado por el Padre y por el Hijo, y que está aquí adentro, contigo y conmigo, para guiarnos. ¡Aleluya!

Lo que Dios nos ha concedido

Nadie puede llamar a Jesús, Señor, sino es por el Espíritu Santo. Por eso hoy declaramos: «Jesucristo es el Señor». El Espíritu Santo ha trabajado contigo y conmigo; por eso permanecemos hasta el día de hoy.

¿Y qué es lo que quiere hoy el Espíritu, hermanos? 1ª Corintios 2:12: «*Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido*». Este versículo debe saberlo toda la iglesia. Sería inexcusable que usted no sepa esto. Si usted tiene un depósito en un banco, usted estaría muy bien informado de lo que tiene, porque es una riqueza inmensa; usted no puede descuidarlo. Nosotros hemos recibido el Espíritu que proviene de Dios, «*para que sepamos lo que Dios nos ha concedido*».

Hermano, sería una tremenda pérdida; usted tendría una pobreza muy grande, sería un 'mendigo rico'. Se han conocido muchas historias de personas que mendigan en las calles, y después se descubre que eran millonarios. Muchos cristianos son así. ¿Acaso no dice la Escritura, entre paréntesis: «*Pero tú eres rico*» (Ap. 2:9)? ¿Acaso no dice que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo Jesús (Rom. 8:17)?

¡Nosotros somos riquísimos! ¿Y cómo puede un rico vestir tan mal? Recuerden que las vestiduras de la iglesia son las acciones justas de los santos. Porque la fe sin obras es muer-

El Señor quiere fruto en nosotros. Quiere que la fe vaya acompañada de acción, de obra. Y para eso, ¿quién es suficiente? No yo, sino Aquel que mora dentro de mí.

ta. Hemos dicho que tenemos fe; pero la Escritura dice claramente que la fe debe tener obras. Entonces, ¿cómo es que, siendo tan ricos, nos vestimos andrajosamente? Porque no sabemos lo que Dios nos ha concedido.

Hermanos, hemos recibido *«el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido»*.

Oh, hermanos, nosotros somos tan ignorantes acerca de nuestra herencia; conocemos muy poco de esta tremenda riqueza que se nos ha dado. El que nos habita es el mismo Espíritu que en la creación de Génesis 1 se movía sobre la faz de las aguas, como preparando el escenario para una magnífica creación; el que nos habita es el mismo Espíritu que llenó con poder al Señor Jesús; es el mismo Espíritu que resucitó al Señor de entre los muertos, ¡es Dios, hermanos!

Si usted y yo somos personas que tenemos a Dios adentro, que lo contenemos, que lo llevamos, y que nuestras obras sean malas, y que nuestros frutos no sean gratos al Señor, y que nuestra fe sea teórica, y sean palabras

y no poder, entonces estamos negando lo que tenemos, estamos ignorando el potencial que tenemos.

Los científicos dicen que ocupamos un mínimo de las neuronas de nuestro cerebro, que desarrollamos unas pocas habilidades, y nos conformamos con eso. Eso es parte de la caída de Adán. Cuando alguien desarrolla su intelecto, nosotros decimos: '¡Qué inteligente es el hombre!'. Esa inteligencia está en todos nosotros, de una u otra manera, y ocupamos una mínima parte de lo que se nos ha concedido. Nosotros, hermanos, a causa de la caída, nos conformamos (en sentido figurado) con saber leer y escribir, sumar y restar; desarrollamos muy poco las habilidades con que Dios nos ha dotado.

Y ese mismo trato damos al Espíritu Santo, o peor aún. Nosotros no sabemos qué capacidad tiene, qué alcance tiene, qué poder se puede expresar por el Espíritu Santo que mora en el corazón del creyente.

Amado hermano, *«nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios»*. Hay Alguien que está aquí, dentro del corazón; y nuestro ruego en este tiempo es: 'Señor, ayúdanos a ser sensibles al trabajo del Espíritu, a la voz del Espíritu, a los movimientos del Espíritu Santo dentro de nuestro corazón. Que mi oído no se ponga pesado; que sea sensible cuando el Espíritu me está hablando; que mi voluntad esté inclinada, que mi alma se sujete'.

¡Qué preciosa ha de ser un alma sujeta al Espíritu, gobernada por el Espíritu, inspirada por el Espíritu de Dios! Oh, hermanos, me impresiona

la Escritura que dice: «*Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder*» (1ª Cor. 4:20). El Señor no quiere que sólo tengamos una teoría aquí en la reunión, sino que tengamos poder cada día, para enfrentar las debilidades de la carne. No estamos pensando en el poder para cosas espectaculares. Poderoso es el Señor para hacerlas; no vamos a restringirle nosotros. Pero el Espíritu del Señor es tan sabio, hermanos. Nos inclinamos ante esa sabiduría.

Muchos siervos de Dios han sido hombres poderosamente usados, pero que después fracasaron penosamente en su vida moral; porque su corazón no estaba tratado. No conocieron la cruz, no conocieron la vida de cuerpo, no conocieron profundamente al Señor. Probaron los hechos milagrosos, pero no aprobaron en cuanto a su carácter. Cristo no fue formado en ellos

El Señor quiere fruto en nosotros. Quiere que la fe vaya acompañada de acción, de obra. Y para eso, ¿quién es suficiente? No yo, sino Aquel que mora dentro de mí. El Señor es poderoso, para que tú y yo seamos hombres santos; el Señor que está en nosotros es poderoso, para que seamos sabios, para que seamos personas equilibradas.

Admiramos el poder de Dios en el libro de los Hechos; pero entendemos claramente que, en estos tiempos, el Espíritu Santo no está buscando llamar la atención de los hombres con hechos milagrosos solamente. Dios está reuniendo a su iglesia, para presentársela gloriosa. Eso está de acuerdo con el propósito de Dios.

Una de las peores faltas que caracteriza al cristianismo de nuestros días, es la falta de temor de Dios. Muchos cristianos actúan como el mundo como si no hubiese Dios. ¡Qué contristado está el Espíritu! Pero el Señor está sembrando esta palabra en nosotros. ¿Se imaginan ustedes cientos, o miles de creyentes con sabiduría, con inteligencia, con consejo, con poder, con conocimiento y con temor de Dios? (Isaías 11:2-3).

Damos gracias al Señor por lo que está pasando. Pero tiene que ocurrir mucho más todavía. No seamos estrechos en nuestra manera de pensar. ¡Tenemos a Alguien adentro! Y en la medida que lo atendemos, más de esta vida poderosa, más de este carácter, se manifestará.

Pedro y Juan iban a orar al templo. Había alguien en la entrada, mendigando – un cojo. ¿Cuántos cojos, cuántos enfermos habría allí? Muchos, seguramente. Pero tenía que ser aquel hombre, en ese día, en ese minuto exacto.

Esa persona se quedó mirando, esperando recibir una limosna. Pedro lo mira a los ojos, y le dice: «*No tengo plata ni oro, pero lo que tengo, te doy*» (Hech. 3:6). «*Lo que tengo*». ¡Cómo nos gusta esa expresión! Lo que la iglesia tiene; lo que tú tienes. Oh, si todos nosotros fuésemos así inspirados por el Espíritu, socorridos por el Espíritu, y que hubiese frutos de fe, por el Espíritu, todos diríamos: «*Lo que tengo*», porque usted no puede dar lo que no tiene.

«...*lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda*». Se conmocionó la ciudad, to-

dos miraban atónitos a Pedro y a Juan. Y ellos, con equilibrio santo, no se envanecieron ni un ápice. Si usted lee el libro de los Hechos, encontrará estas palabras: «*Varones israelitas ... ¿por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste?*» (Hechos 3:12).

¡Qué equilibrio emocional, qué carácter santo! Probaron el poder, sanaron al cojo; pero ellos se hicieron a un lado, y dijeron: «No es por nuestro poder, no es por nuestra piedad, no es por nuestra justicia. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien ustedes crucificaron, y por el nombre de él y por su poder, este hombre está sano». Él es quien se lleva el honor y la alabanza. Y no hubo alarde, ninguna palabra extraña.

Así nos tiene que conducir el Espíritu del Señor. Pero lo que ahora estamos enfatizando es lo que tenemos, lo que hemos recibido. Porque hay un objetivo glorioso al final de la historia: el Señor se presentará a sí mismo una iglesia gloriosa, vestida de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino son las acciones justas de los santos. No la palabrería

de los santos, sino el fruto de los santos.

Y no puede alguien dar fruto, a menos que primero haya una siembra. Hoy estamos sólo sembrando. No nos entusiasmemos demasiado. Estamos sembrando. Pero, al mismo tiempo, soñando; porque si sembramos para el Espíritu, del Espíritu se-garemos vida eterna, poder, gracia, sabiduría, consejo, equilibrio. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

¿Qué cosas hará el Señor? Hasta aquí no nos dejó solos, y no nos abandonará, hasta que llegemos al final de esta bendita carrera. ¡Gracias, Señor! Pero aún Dios no está conforme. Seamos inconformistas, hermanos. Él está trabajando dentro de ti y dentro de mí; está soplando, está avivando la llama, para que la llama esté encendida, para que este mundo llegue a conocer otro tipo de cristianismo – cristianos que no sólo tienen palabras, sino poder; que no sólo tienen doctrina, sino fruto, y que lo que creen se transforma en obra, y en una conducta que agrada al Señor, para que haya frutos visibles ante el mundo que nos rodea.

Que el Señor nos socorra.

(Síntesis de un mensaje impartido en Temuco, en abril del 2009).

* * *

Equivocando el camino

Una de las características de un cierto tipo de mal hombre es que no puede renunciar a algo sin desear que todos los demás lo hagan también. Este no es el modo cristiano de hacer las cosas. Un cristiano como individuo puede encontrar apropiado renunciar a todo tipo de cosas –matrimonio, carne, cerveza o cine– por razones especiales; pero en el momento en que empieza a decir que tales cosas son malas en sí mismas, o que empieza a despreciar a los que las usan, se ha equivocado de camino.

C. S. Lewis, en Comportamiento cristiano

TEMA DE PORTADA

Un mirada al
microcosmos de la
vida de la iglesia
local.

Betania



Eliseo Apablaza

Lecturas: Lucas 10:38-41, Juan 11:1-44; 12:1-8; Lucas 24:50-51.

En las Escrituras, encontramos cuatro eventos asociados al Señor Jesucristo que tienen que ver con la ciudad de Betania, con el hogar de Marta, María y Lázaro. En estos cuatro episodios, el lugar preeminente lo ocupa el Señor Jesucristo.

El pasaje de Lucas es el primero. Aquí tenemos una escena que se vivió en Betania. Betania era una pequeña ciudad cerca de Jerusalén, poco más allá del monte de los Olivos, por el lado opuesto al Getsemaní.

Había muy poca distancia entre estas dos ciudades. Jerusalén era una ciudad grande, y allí estaba el templo. Era el centro religioso de toda la nación y de todos los judíos que estaban dispersos por el mundo. En el templo estaba el sacerdocio ejerciendo su ministerio. Allí se cumplía estrictamente el orden de Dios dado en el Levítico, y las instrucciones de David a su pueblo. Todo estaba centrado en Jerusalén.

Rechazado en Jerusalén

El Señor intentó desarrollar su ministerio en la ciudad de Jerusalén, y limpió el templo, intentando despejar el camino para que él pudiera estar en su casa. Ese templo estaba contaminado. Era la casa de Dios; sin embargo, había muchos mercaderes allí. Entonces, el Señor intenta hacer de esa casa realmente lo que era, una casa de oración. Entonces, él dice: «¿Por qué habéis hecho de la casa de mi Padre una cueva de ladrones?».

En ese momento, todavía el templo era «la casa de mi Padre». Sin embargo, cuando llega el fin de su ministerio, cuando él llora sobre Jerusalén, después de haber sido rechazado sistemáticamente, una y otra vez, de diversas maneras, él dice: «Vuestra casa será dejada desierta». No dice «la casa de mi Padre», sino «vuestra casa». El templo ya había dejado de ser la casa de Dios. Entonces, después, los discípulos, le dicen: «Mira, qué piedras y qué edificios», y el Señor les dice: «De cierto os digo, que de esto no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada».

Así fue cómo el templo de Jerusa-

lén, la gran atracción del mundo religioso, dejó de ser la casa de Dios. Dios ya no habitaba allí, sino que habitaba en la persona del Señor Jesús. Por eso, en Juan capítulo 2, dice: «Aunque derriben este templo, yo en tres días lo reedificaré», y «hablaba del templo de su cuerpo». En ese momento, él ya era el templo de Dios.

Pero después, cuando nosotros vamos al libro de los Hechos, el testimonio de Esteban es muy claro, pero él también fue rechazado. El testimonio de Esteban es que los tiempos de Moisés habían mudado, y que habían llegado tiempos nuevos. Este es el testimonio acerca de la iglesia como templo del Espíritu de Dios.

Entonces, hay una transición desde Jerusalén a Cristo en su cuerpo de carne. El templo primero; luego Cristo en su templo de carne, y después la iglesia como cuerpo de Cristo.

Como ustedes saben, la suerte de Jerusalén fue muy triste. El templo fue derribado en el año 70 después de Cristo, y efectivamente, no quedó piedra sobre piedra.

Pero, antes de eso, aquí, en este pasaje de Lucas capítulo 10 y en otros pasajes que veremos, hallamos al Señor mostrándonos anticipadamente, como en una metáfora, cómo sería la casa donde él habitaría, cómo habría de ser la iglesia en el tiempo neotestamentario. Porque un nuevo sistema religioso se establecería aun dentro del cristianismo, a imitación del sistema religioso judaico. La propia enseñanza del Señor sería tergiversada, de modo que llegarían a constituir también una religión, también con templos sagrados, con servicios sa-

cerdotales, con rituales muy rigurosos, con formalismos y tradiciones. Con el paso de los siglos, eso es lo que ha venido a ocurrir.

La actual cristiandad ha tomado tantas cosas del modelo judaico, que es asombroso ver cómo se repite la historia, cómo se repiten los mismos errores que cometieron los judíos: un libro sagrado, un lugar sagrado, un sistema sacerdotal, un conjunto de tradiciones que tienen tanto valor como la palabra de Dios. Eso es lo que pasaba con los judíos; eso es lo que ocurre hoy en día con la cristiandad.

Entonces, ¿cuál es el trabajo del Señor hoy por su Espíritu? A las puertas de la venida del Señor Jesucristo, el Señor está trayendo una renovación profunda, no sólo de cosas externas, sino de lo esencial; un cambio de dirección absoluta, de tal manera que Cristo pueda tener otra vez su iglesia como él la diseñó, donde él sea el centro y también la circunferencia, donde él esté en el centro y esté en los extremos, donde Cristo sea el todo y en todos.

No necesitamos nada más aparte de Cristo. No necesitamos una clase especial de vestiduras, ni una cierta formación teológica. No necesitamos absolutamente nada más, porque Cristo es suficiente, porque él es la vida, porque él es la verdad, es la realidad. La verdad es la realidad; no la apariencia. No es un gozo externo, es un gozo profundo. No es una vida de apariencias, es una vida real, que surge del corazón por el Espíritu Santo.

Dios está restaurando su iglesia

conforme a su modelo, y aquí tenemos una metáfora de lo que es la iglesia: Betania.

El comienzo

El Señor Jesús no encontró cobijo, no encontró acogida en Jerusalén. Entonces, él caminaba un poco más y llegaba a Betania. Y cuando él llegaba a este hogar en Betania, todo giraba en torno a su persona. Aquí tenemos a dos mujeres que están centradas en él; una de una manera; otra, de otra manera. El Señor aprueba a una y reprobaba a la otra.

¿Cuál es la diferencia entre estas dos mujeres? Las dos amaban al Señor, las dos querían servir al Señor, tenían muchos deseos de agradar su corazón. Eso es muy bueno. Todos nosotros queremos al Señor, todos queremos servir al Señor; pero hay una forma aprobada y hay una forma reprobada. Entonces, aquí el Señor nos muestra cuál es la forma que él quiere.

Marta estaba muy afanada. Había perdido la paz; ella estaba llena de inquietud y de zozobra, llena de muchos quehaceres. Y el Señor llamó su atención: «Mira a tu hermana; ella ha escogido la mejor parte». ¿Y qué es lo que hacía María? Ella hacía tan poco; prácticamente no hacía nada.

Si nosotros tenemos que aplaudir los méritos de estas dos mujeres, entonces tendríamos que aplaudir a Marta, porque ella estaba preocupada de si el Señor tenía hambre; en cambio, María estaba sin hacer nada, a los pies del Señor, oyendo su palabra. Y allí, el griego nos da a entender que ella *permanecía* en esa actitud

La actual cristiandad ha tomado tantas cosas del modelo judaico, que es asombroso ver cómo se repite la historia, cómo se repiten los mismos errores que cometieron los judíos.

de oír al Señor. No era un escuchar momentáneo, sino era una atención permanente y duradera.

¿Cómo podemos conocer a una persona? Escuchándola. Las palabras del Señor mostraban su corazón; él se revelaba a través de lo que hablaba.

Nosotros tenemos más necesidad de escucharlo a él que de hacer cosas para él. Ese es un gran problema que tenemos que corregir. Estamos acostumbrados a hacer cosas para Dios, y si no las hacemos nos sentimos incómodos; entonces, no estamos en paz. Sin embargo, aquí el Señor nos muestra que nosotros nada podemos hacer para él si primero no le escuchamos atentamente. Por eso, en muchos pasajes de la Escritura, se nos muestra que, cuando intentamos hacer cosas para Dios, él tiene que interrumpirnos. Cuando nosotros queremos hablar antes de oír, el Señor nos hace callar.

Pedro, muchas veces, habló, y Dios tuvo que interrumpirlo y tuvo que corregirlo. Y Pedro quedó muy avergonzado. Aquí también, María no habló; pero habló Marta, apresuradamente, y el Señor tuvo que corregirla. ¿Por qué? Porque ella no había estado escuchando primero. Nosotros no podemos hacer algo para Dios sin escuchar primero. Lo primero que te-

nemos que hacer cuando venimos al Señor es cerrar la boca y abrir los oídos. Y también abrir los ojos para contemplarlo.

Por eso, muchas veces ha ocurrido que personas muy grandes e importantes en el mundo religioso, cuando tienen un verdadero encuentro con Cristo, cuando llegan realmente a conocer lo que es la casa de Dios, y ellos intentaron enseñar, o predicar, intentaron hacer lo mismo que habían hecho por años, el Espíritu los hizo callar, y se sintieron avergonzados. Y tuvieron que pasar meses, a veces años, en silencio, escuchando, aprendiendo, contemplando.

El conocimiento de Cristo que nosotros traíamos antes de conocer realmente a Jesús, puede ser más un estorbo que una ayuda, porque está lleno del elemento humano, porque está lleno de teología. Mas, el verdadero conocimiento del Señor Jesús sólo lo puede dar el Espíritu Santo. El Señor Jesús dijo: «Él vendrá, él dará testimonio de mí, él os revelará todas las cosas, él os guiará a toda la verdad, él dará testimonio de mí, y vosotros también».

Pero primero, «él dará testimonio de mí». El único que puede hablar con certeza acerca de Jesús es el Espíritu Santo. Nosotros no podemos,

aunque lo intentemos. Aunque intentemos una frase bonita, no sirve. Tiene que salir de acá, del corazón, no de la cabeza. Del corazón, donde está el Espíritu de Dios, porque él es único que sabe hablar de Jesús.

Entonces, para que nosotros cambiemos el foco de nuestra acción, para que dejemos de confiar en nuestra mente y nos volvamos al testimonio del Espíritu en el corazón, tiene que haber algunos fracasos, tenemos que ser avergonzados algunas veces, para darnos cuenta de que la carne y la sangre no pueden – sólo el Espíritu de Dios.

Entonces, Marta fue interrumpida y María fue alabada. Esta es la primera escena que ocurre en Betania, y aquí nos muestra cómo tiene que estar la iglesia delante del Señor, cómo tenemos que comenzar a vivir la vida de iglesia, cómo comenzaremos a conocer realmente al Señor. Este es el comienzo: no haciendo cosas para él, no perdiendo la paz por cosas externas, sino sentándonos a los pies de Jesús, oyéndole, contemplándole, aprendiendo a amarle.

Este es el comienzo, sentados a los pies. Él es el Señor, él es tan importante. Nos hace tanto bien que nosotros bajemos de nuestra altura, que nuestra cabeza no esté por encima de la de él, que no esté más arriba que sus rodillas. A los pies del Señor. Que quede muy claro, que él está por encima, que nosotros somos siervos. Él es el Señor.

Los amigos tienen que morir

Veamos la segunda escena, en Juan capítulo 11. En este capítulo, en-

contramos la acción que se desarrolla también en Betania, en la misma casa de Marta, María y Lázaro. Y aquí se nos revelan algunos aspectos muy interesantes de la relación de Jesús con esta familia.

Ustedes saben que en griego hay varias palabras para decir *amor*, a diferencia del español o el portugués. Y aquí nosotros encontramos, en este pasaje, que el amor de Cristo hacia esa familia era muy completo. Su amor era el amor *ágape* (v. 5), y también el amor *fileo* (vv. 3, 36), las dos clases más nobles de amor. El primero es el amor con que ama Dios a sus criaturas, y el segundo es el amor con que ama un hombre a su amigo. El amor de Dios, en que se involucra la voluntad, la totalidad del ser, y también el amor de sentimientos y emociones que es propio de los seres humanos.

El Señor Jesús amaba de estas dos maneras a esta familia. Es decir, para ellos, él era el Señor, mas también era su amigo. Esta vislumbre del Señor Jesús nos conmueve mucho. Él tenía una relación horizontal con ellos. Él encontraba en ese lugar no sólo una acogida como Dios, sino como amigo. Porque nosotros tenemos necesidad de amigos, porque nosotros no somos seres unilaterales o simples. Nosotros somos seres complejos; nuestro corazón es amplio, y nosotros también necesitamos tener amigos. Y aquí, el Señor Jesús tenía esta familia, a los cuales él amaba con amor *ágape* y con amor *fileo*.

Pero un día, ocurre una desgracia sobre esta familia. Todo estaba claro, y de pronto viene la noche. El Señor

Jesús comía con ellos, y ellos se alegraban con él. Él abría su corazón con sus amigos, y los amigos lo comprendían. Él podía decir sus secretos para ellos; porque esa es la diferencia entre un amigo y otro que no lo es. Cuando usted tiene amigos, usted puede hablar los secretos con ellos, puede abrir el corazón con confianza. Entonces, nosotros podemos ver que el Señor Jesús tiene seguidores, tiene siervos y también tiene amigos. Hay algunos que son sólo servidores, y otros que también son servidores y amigos.

En el libro de Génesis capítulo 18, vemos que Dios tenía un amigo sobre la tierra, y ese hecho es una cosa extraordinaria. Un día, Dios decide ir a ver a su amigo Abraham, en persona. Dios bajó del cielo, caminó como un hombre, y fue a ver a su amigo Abraham, y le llevó un regalo, como los amigos hacen con sus amigos: la noticia de un hijo que iba a tener. Y su amigo Abraham le atiende con comida, y después de la comida, ellos conversan, y salen a caminar juntos. Y en ese paseo, Dios le dice a su amigo:

«Voy a destruir Sodoma y Gomorra». Nadie más lo sabía, sólo su amigo Abraham; antes que ocurriera, su amigo lo sabía.

Es algo maravilloso que el Dios creador de los cielos y de la tierra, que no tiene necesidad de nada, se humille a sí mismo, descienda de su grandeza y camine por la tierra buscando amigos. Esto es algo maravilloso.

Entonces, así como Abraham era amigo de Dios, aquí hay otros amigos que el Señor Jesús tuvo: Marta, María y Lázaro. Él tenía doce discípulos y tres amigos. Yo no sé cuál sería el honor mayor, si ser discípulo o ser amigo. Pero es maravilloso que el Señor extienda ese círculo de los doce, para incluir a tres personas más, y entre esos tres, dos mujeres. Esto es algo sorprendente. ¿no les parece, hermanos? Mas, fue así.

Y aquí tenemos que Lázaro muere, y sus hermanas lo lloran. Pero la forma cómo ellas lloran es diferente; Marta llora de una manera y María llora de otra manera. Si ustedes leen atentamente el pasaje, van a darse



cuenta que ellas lloran cada una de acuerdo a su carácter, y cada una de acuerdo a lo que ellas hacían en Lucas capítulo 10.

En Lucas capítulo 10, Marta habla, habla y habla; aquí, en Juan 11, de nuevo, Marta habla. En Lucas, María tiene la boca cerrada; aquí, ella habla muy poco, y llora más. Casi todo lo que hace María aquí es llorar, y ese llanto de María tocó el corazón del Señor, y él también lloró. No fueron las palabras de Marta las que conmovieron el corazón de Jesús – fue el llanto de María.

Esa misma María que estuvo a los pies de Jesús escuchando su palabra, conociéndolo, contemplándolo, es con quien aquí el Señor lloró. Ella se había ofrecido al Señor primero, y él se dio a ella cuando ella estaba en el dolor, en el sufrimiento. ¿Quién puede tocar el corazón de Jesús? ¿Quién puede conmovir al Señor hasta las lágrimas? Sólo aquellos que han estado a sus pies, contemplándolo, amándolo y escuchándolo.

Esta es una escena muy importan-

Es muy importante que, cuando la iglesia está sufriendo el dolor, la aflicción, el Señor parece estar lejos por un tiempo; mas, en el momento preciso, él se manifestará.

te. Vemos a uno de sus amigos muerto – y el Señor no evita su muerte. Porque es necesario que Lázaro muera; es necesario que el hombre natural muera. Después de escuchar tantos secretos de los labios del Señor, la carne y la sangre no pueden estar en pie. Tiene que haber una muerte, para que haya una resurrección; tiene que haber un milagro. Las cosas en el plano natural no corresponden con el plano espiritual. Entonces, la suerte de Lázaro aquí es la suerte de todos los amigos del Señor.

Este mensaje lo hemos predicado aquí ya, pero es necesario decirlo una vez más. Lázaro tiene que morir; él tiene una enfermedad de muerte, porque él es hijo de Adán. Él tiene que ser resucitado en Cristo Jesús, tiene que escuchar las palabras del Señor: «¡Lázaro, ven fuera!». 'Adán, tú no sirves así; el destino tuyo es la sepultura. Si no hay resurrección, entonces tú no sirves'. Esta es una lección muy importante.

Y también es muy importante que, cuando la iglesia está sufriendo el dolor, la aflicción, el Señor parece estar lejos por un tiempo; mas, en el momento preciso, él se manifestará. El Señor vino al cuarto día, cuando ya la muerte se había enseñoreado, cuando ya el cuerpo de Lázaro se estaba corrompiendo. Ya no había ninguna esperanza, entonces el Señor vino. Cuando nosotros perdemos la esperanza, cuando no hay nada que hacer por parte nuestra, cuando hemos hecho todo lo posible y hemos fracasado, entonces el Señor viene, y su palabra nos levanta. Nadie más puede hacer eso; sólo el Señor Jesús.

Tal vez usted esté viviendo un momento como éste, tal vez usted esté desesperando de su vida. Usted está consciente que está muriendo, pero no puede hacer nada por evitarlo. Y los que están a su lado también se asombran, y quieren ayudar; mas, no pueden ayudar. Es un momento de desesperación absoluta. La muerte, ¡qué terrible es la muerte! Sin embargo, es la oportunidad de Dios para darnos vida nueva, la vida de resurrección, el poder de una vida nueva, una vida que puede engendrar más vidas.

Nosotros vemos aquí que, a partir de la resurrección de Lázaro, muchas personas querían venir a Betania, para ver a Jesús y también a Lázaro. Betania fue, desde ese momento, un lugar especial. Había dos personas que queremos conocer: no sólo a Jesús, también a Lázaro.

¿Cómo es una persona que estuvo muerta y vive de nuevo? ¿Cómo será su mirada? ¿Tendrá un olor diferente? Debe ser interesante conocer a una persona que estuvo muerta y que ahora vive. Betania siempre tiene esta clase de personas –que pasaron por la muerte hacia la resurrección– y por eso es un lugar atractivo. No es la carne y la sangre gobernando; hay una vida superior que fluye a través de nuestros corazones y toca otros corazones.

¿Qué hace atractivo a este lugar? Cristo está aquí. Pero también tiene que haber Lázaros resucitados, para que este lugar sea un lugar muy agradable, donde los muertos encuentren vida.

Ofreciéndose al Señor

Veamos Juan capítulo 12. Pocos días después de la escena anterior, tenemos aquí los mismos personajes – Marta, María y Lázaro, y el Señor Jesús. Pero hay una gran diferencia. El que estaba muerto, ha resucitado; el que habíamos perdido, lo hemos recuperado. Entonces, el gozo de Marta y de María era mucho mayor todavía. La desesperanza de ellas se había transformado en una bendita realidad. Ahora estaba su hermano allí.

Entonces María busca lo más valioso que tiene, ese perfume de nardo puro, de mucho precio. Ese perfume valía el salario de muchos días de trabajo de una persona, casi un año de trabajo de un obrero. Era escandalosamente caro. ¿Cómo una mujer puede tener tanto dinero en un frasco de perfume? Mas, esta es una figura. Lo valioso es el corazón del hombre, es nuestra alma; eso es lo que tiene el mayor precio para el Señor. Y eso fue lo que María ofreció al Señor, en gratitud por lo que él había hecho con ellos.

María entregó lo más valioso que tenía – su propia vida, su propia alma. Y entonces la casa se llenó del olor del perfume. La iglesia se llena del olor del perfume, cuando las Marías se ofrecen al Señor de esta manera. Pero esta es una actitud de gratitud; no es obligación, no es una ley. El Señor no podría aceptar algo hecho por obligación. Todo en la iglesia es por amor. Aquí no hay contratos de obligatoriedad, no hay deberes, ni derechos. Es el amor de Cristo, es la gratitud hacia Cristo, es lo que mueve los corazones a rendirse a él.

Todos los servicios que se hacen en la casa de Dios son por amor. De tal manera que María nos muestra un paso más allá todavía. María nos está enseñando aquí, tal como nos enseñó en Lucas 10, y como nos enseñó en Juan 11. Tenemos que aprender de esta mujer, una mujer maravillosa.

Ella hizo algo escandalizador. Todos se escandalizaron cuando ella hizo lo que hizo; todos los discípulos, sin excepción. Si usted lee atentamente los cuatro Evangelios, se da cuenta que no sólo uno o dos; todos los discípulos consideraron que María había hecho un derroche. Había malgastado el perfume. Ellos consideraron que habría sido mucho mejor ayudar a los pobres que ungir a Jesús.

Entonces, ahí nosotros encontramos un dilema muy grande – los pobres, o Jesús. Hay muchas gentes en la cristiandad que ya hicieron su elección. Ellos han seguido el camino de los pobres. Ellos están vendiendo el perfume para darles de comer a los pobres. Humanamente hablando, eso es muy aplaudido; mas, el Señor Jesús atrajo la atención sobre sí.

Nos da la impresión de que el Señor pudo haberle dicho a María: 'María, perdónalos, ellos no saben lo que están diciendo; sólo tú entiendes lo que yo soy. Tú eres la única que sabes el valor que yo tengo. Ellos son mis discípulos, pero no saben. Sólo tú, María'. Una sola persona, una mujer, vio en ese momento el valor de Cristo, cuando todavía era un hombre como tú o como yo, con una apariencia tan común como tú o como yo. Ella tuvo ojos ungidos para verle de verdad.

Hermanos y hermanas, ese es nuestro gran problema también hoy. Nos cuesta ver el valor inefable que el Señor Jesús tiene. Hay tantas cosas que parecen valiosas, cosas importantes que nos rodean: una religión muy bien establecida, ciertos programas sociales, programas de enseñanza teológica; tenemos tantas cosas buenas a nuestro alrededor como para invertir nuestra vida en ellas. Y seguimos aquellas cosas, y damos la espalda al Señor. Los ojos están cerrados; nos aferramos a bagatelas, a pequeñas cosas, y dejamos al Señor.

María tuvo los ojos ungidos. Fue la única que ungió el cuerpo del Señor; sólo sus manos derramaron perfume sobre su cuerpo. Las otras mujeres, después, no pudieron, porque él ya había resucitado. ¿Pueden ver el privilegio que ella tuvo? Acariciar el cuerpo y ungirlo. Decir: 'Eres tan precioso, eres tan valioso para mí. Si tuviera algo más valioso, lo derramaría sobre ti. Pero esto es todo lo mejor que tengo; es tuyo, Señor. Soy tuya, Señor'.

El precio de seguir al Señor

Cuando Martín Lutero publicó las 95 tesis, él sabía lo que se venía en contra de él. Su futuro como teólogo estaba condenado, su paz con la jerarquía católica había concluido. Tantas cosas estaban siendo arrojadas de su corazón cuando dio un paso de fe, de obediencia: «Oh, yo no quisiera hacer esto, pero no puedo hacer otra cosa. Que Dios tenga misericordia de mí. Todo el infierno se levantará contra mí, todos los príncipes querrán matarme, los grandes jefes que-

rrán perseguirme. Pero no tengo otra opción. Jesús me ha cautivado; su palabra me ha llenado el corazón».

Él tuvo que pagar un precio: el desprecio de muchos, la crítica de muchos, la persecución de muchos. ¿Podremos nosotros pretender estar exentos del dolor y de la persecución? ¿Queremos nosotros ser discípulos de Jesús sin sufrir jamás la incomprensión? María tuvo el valor; hizo una audacia, y el Señor la aprobó; y de nuevo otra vez, y la aprobó. Todas las veces, el Señor Jesús aprobó a María. ¡Qué sensibilidad para interpretar el corazón de Jesús! Como la de aquel leproso que fue sanado y vuelve a agradecerle al Señor.

Habían sido sanados diez leprosos, y todos fueron a los sacerdotes; pero uno solo volvió a los pies del Señor. Y él le dice: «Y dónde están los otros nueve?». El Señor los había mandado a los diez a ir donde los sacerdotes; sin embargo, después pregunta: «¿Y dónde están los otros nueve?». Alguien podría haberle dicho: 'Señor, tú los mandaste; ellos te obedecieron. ¿Cómo van a estar aquí, si tú los mandaste?'. Mas él pregunta: «¿Y dónde están los otros nueve?», y esa pregunta revela que el corazón del Señor quería algo más de lo que sus palabras dijeron. Y eso que su corazón sentía, ese deseo de su corazón, sólo uno fue capaz de conocerlo, y él vino a los pies de Jesús.

Por eso, hay tantas cosas escritas, tantas buenas cosas escritas en la Biblia, que a veces pueden llegar a ser un tropiezo para un verdadero amor y consagración a Cristo Jesús. Por guardar los mandamientos, no ama-

mos a Jesús. ¡Qué contradictorio! Parece absurdo, ¿no? Pero también ocurre así. Una buena religión, una buena doctrina, una buena tradición, pueden ser un estorbo para seguir a Jesús.

Seguir a Jesús, siempre, significa seguir un camino desconocido. Todos los grandes reformadores de la historia, que hoy día nosotros aplaudimos, siguieron un camino que no conocían. Cuando miramos hacia atrás, los aplaudimos; pero si hubiésemos vivido en sus días, tal vez nosotros los hubiéramos condenado. Porque nosotros estamos demasiado amarrados a una religión, a un sistema, a una tradición. Ellos fueron valerosos, ellos se echaron el mundo encima, y avanzaron siguiendo a Jesús.

Seguir a Jesús, hermanos, es muy diferente de seguir una religión. Es un camino siempre nuevo. Yo no sé cuál va a ser mi próximo paso, no sé cuál va a ser mi mañana. ¿Estaré en la cárcel? ¿Estaré siendo aplaudido? ¿Estaré siendo golpeado? No sé. Es un desafío permanente, es una incógnita permanente. Mas, el Señor Jesús dijo: «El que quiera seguir en pos de mí, tome su cruz, y sígame». No delante de él, porque nosotros no conocemos el camino. Es detrás de él.

Si tú conoces el camino que vas siguiendo, entonces no estás siguiendo a Jesús. Si tú conoces todo lo que hay que hacer, tienes un programa, tienes una ruta. ¿Quién te dio esa ruta? Jesús no. Él sólo muestra el próximo paso, porque él quiere que andemos por fe. Cada día algo nuevo, un desafío nuevo, un nuevo paso de fe, como Moisés en el desierto, como siguien-

do al Invisible. Amados hermanos y hermanas, este es el camino de la iglesia.

La peor desgracia que pudiera ocurrir, para ustedes, como testimonio del Señor aquí, es que alguien viniera de afuera, y les mostrara todo un derrotero, planificado y programado para los próximos dos años. Eso sería su ruina. Nadie puede hacer eso. Todo lo que podemos decir son algunos principios como Dios obra; mas los tiempos, las sazones, la dirección, su voluntad específica para el día a día, eso tienen que encontrarlo sólo siguiendo a Cristo Jesús. Nadie puede hacer ese trabajo – sólo el Espíritu Santo.

Entonces, es un error pensar que de otro lado puede venir ayuda para nosotros. Lo que puede venir es una confirmación, una palabra de consuelo, de ánimo; mas el camino lo hacen ustedes detrás del Señor. El camino para su testimonio en Londrina no es igual al de ninguna otra ciudad. Dios obra aquí de una manera absolutamente nueva a como él está obrando en Curitiba o en Joinville. Dios no se repite. Así que, hermanos y hermanas, no hay otra opción. Mirar al Señor, preguntarle al Señor: '¿Qué paso daremos mañana?'

Se fue y volverá mirando a Betania

Y la cuarta escena, Lucas capítulo 24:50-51. «Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo». En el libro de Hechos capítulo 1, los ángeles dijeron a los discípulos: «Así como le veis ir, así volverá a vosotros».

El Señor Jesús no subió al cielo desde Galilea, sino desde Betania. Su corazón estaba muy ligado a Galilea. Allí se había criado y había desarrollado gran parte de su ministerio. Ustedes saben que en Galilea fue más aceptado que en Judea. Él tenía un cariño especial por Galilea; de hecho, él era galileo, él hablaba con acento galileo. Jesús era un galileo; mas él subió al cielo desde Betania. Muchas ciudades podría él haber escogido, pero ésta tenía un lugar muy especial en su corazón.

Christian Chen ha explicado que, para que él pudiera extender sus manos hacia Betania y bendecir a sus amigos, sus espaldas tenían que estar vueltas hacia Jerusalén. Jerusalén dio la espalda al Señor, y ahora el Señor bendice a sus discípulos desde Betania, con su rostro vuelto hacia Betania, con su mirada llena de esperanza hacia Betania. 'Pronto volveré. Me voy, pero luego estaré de vuelta. Y de la misma manera que me voy, así volveré, mirando hacia Betania'.

Hermanos y hermanas, ¿formamos parte nosotros de Betania, o formamos parte de Jerusalén? ¿En qué estamos ocupando el tiempo? ¿En qué estamos invirtiendo las fuerzas, nuestras energías? Es una buena pregunta que cada uno de nosotros tiene que responder. ¿El lugar donde yo me reúno, es un lugar donde Cristo es el centro? ¿Están los ojos vueltos hacia él permanentemente, o hay muchas cosas que afanan nuestro corazón y nos quitan la paz?

¿Es el lugar donde nosotros nos reunimos un lugar donde permanentemente hay gente que muere y resu-

cita? Unos mueren hoy, otros mañana, otros morirán la otra semana; pero siempre en Betania hay alguien muriendo, experimentando los dolores de la muerte, del yo, del alma, de sus propios planes y deseos. Pero también, siempre hay alguien resucitando en Betania; siempre hay alguien manifestando una vida nueva, y siempre hay Marías que están ofreciéndose al Señor.

¿Es el lugar donde nosotros estamos un lugar donde el Señor Jesús se siente cómodo, donde él se puede sentar y ser admirado y escuchado? ¿O lo dejamos hablando solo, con sus pies llenos de polvo? ¿No hay nadie que lave sus pies? ¿No hay nadie que acaricie su pelo? ¿Es el ambiente donde nosotros estamos un ambiente donde hay muchas otras cosas que son valoradas, y el Señor Jesús no tanto, porque amar al Señor Jesús de esa manera puede ser ‘fanatismo’?

¿Hay en el ambiente donde nos reunimos gentes que dicen: ‘Cristo todos los días’? ¿Ése es el único tema que conocen? ¿No hay nada más? Un poquito de psicología... ¿Por qué no

introducen un poquito de filosofía, un poquito de autoayuda? Eso también es bueno. Vivimos en una sociedad progresista. Cristo es tan lejano y antiguo; sus historias son tan repetidas’.

¿Puede ser Cristo rutinario? ¿Se repetirá él hasta cansarnos? Cuando hemos probado algo de él, nosotros sabemos esto: Nunca. Porque, cuando salimos de una reunión donde Cristo ha estado en el centro, nunca nos vamos igual que como llegamos. Siempre iremos renovados, consolados, descansados. Una sensación de vida, no necesariamente emoción – es la maravillosa vida de Cristo, que fluye a través de todos los miembros de su Cuerpo. Es algo maravilloso; eso es la iglesia.

Hermanos y hermanas, que el Señor tenga misericordia de todos nosotros, para que él encuentre, en nuestro medio, una Betania. Y si él encuentra descanso aquí, nosotros hallaremos descanso también. Absoluto reposo, plena satisfacción; porque si él está conforme, nosotros también lo estaremos.

(Síntesis de un mensaje impartido en Londrina, Brasil, en diciembre de 2008).

* * *

Sí le importaba

Una vez John Vassar, notable ganador de almas, esperaba a un amigo en la sala de un hotel, cuando vio a una dama elegantemente vestida. Se le acercó y le dijo: “Perdone usted, señora, pero siento la necesidad de preguntarle si ha puesto usted su confianza en Jesucristo”. Con esto empezó una plática que impresionó hondamente a esa mariposa humana. Poco después, cuando, al volver el esposo de la dama, ella le dijo que un desconocido le había hecho una pregunta tan personal, él contestó, enojado: “¿Por qué no le contestaste que no le importaba?”. “¡Oh amado esposo”, dijo ella, “si hubieras visto la expresión de su rostro y oído la vehemencia con que hablaba pensarías que sí le importaba”.

Citado en La pasión por las Almas, de Edwin Forrest Hallenbeck

La mujer, con sus características peculiares, está llamada a expresar cualidades propias de Cristo.



En la carta del apóstol Pablo a los colosenses se hace una solemne declaración respecto de nuestro Señor Jesucristo: *«Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos,*

sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él» (Col. 1:16).

En este texto se afirman importantes verdades. En primer lugar, con la expresión «todas las cosas» Pablo se refiere a la totalidad de la creación;

Las cualidades de la **mujer** que Dios quiere usar

Rubén Chacón

la que existe en los cielos y la que existe en la tierra, visible e invisible. Por lo tanto, se refiere no sólo al hombre, los animales, las plantas y las flores, sino también a los ángeles, arcángeles, querubines y serafines. Todo fue creado en Cristo.

En segundo lugar, la expresión «en él fueron creadas todas las cosas» significa que todas las cosas fueron creadas pensando en el bendito Hijo de Dios. En efecto, él es la causa de todas las cosas «y sin él, nada de lo que ha sido hecho fue hecho» (Juan 1:3b). En tercer y último lugar, el texto declara que todo fue creado «para él». En otras palabras, todo fue creado para expresar a Cristo. La multiforme gracia y la multiforme sabiduría de Cristo requerían para ser expresadas de innumerables criaturas, y creadas en las más variadas y diversas formas, colores, diseños, estilos, especies y géneros. Cada especie de árbol y cada especie de animal fue creada para expresar un aspecto de la belleza y la gloria de Cristo.

Ahora bien, esto que se predica de toda la creación visible e invisible, es también aplicable al género humano, es decir, al varón y a la mujer. Ella fue creada muy distinta al varón y la razón última de este hecho es, como todas las demás cosas, poder expresar particularidades de Cristo a través de aquellas cualidades propias de la mujer. Estas características peculiares de la mujer, a través de las cuales Cristo debe ser expresado, hacen que la mujer tenga un lugar único e insustituible en el hogar y en la iglesia.

El aporte específico de la mujer en la edificación de la iglesia

¿Cuál es entonces el aporte específico de la mujer en la edificación de la iglesia? Aquel que dice relación con las características únicas de la mujer. Nadie más podrá hacer ese aporte, porque sólo ella fue creada con esas cualidades.

La palabra griega para mujer es «*guné*» y aparece 214 veces en el Nuevo Testamento. Al hacer un recorrido por dichos textos podemos descubrir diversos aspectos que se repiten y que parecen corresponder a cualidades propias de la mujer.

Caridad y generosidad

Por ejemplo: ¿Será casualidad lo que dicen Mateo 27:55-56; Lucas 8:1-3 y Hechos 9:36-39?

«Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo».

«Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes».

«Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita, que traducido quiere decir, Dorcas. Esta abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía. Y aconteció que en aquellos días enfermó y murió».

Después de lavada, la pusieron en una sala. Y como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, oyendo que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres, a rogarle: No tardes en venir a nosotros. Levántate entonces Pedro, fue con ellos; y cuando llegó, le llevaron a la sala, donde le rodearon todas las viudas, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas».

¿Por qué estos rasgos caritativos y de generosidad están asociados en estos versículos sólo con mujeres? En 1ª de Timoteo, Pablo, hablando de las cualidades que debe tener una viuda para ser sostenida por la iglesia, dice: *«que tenga testimonio de buenas obras... si ha practicado la hospitalidad; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra»* (5:10).

Quizás pueda llamar la atención a más de alguien que el equipo de Jesús estaba compuesto también por mujeres. Ellas, no sólo lo acompañaron por Galilea, sino también fueron con él hasta Jerusalén. Mateo dice que *«habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole...»*. Lucas especifica que ellas *«le servían de sus bienes»*.

¿Alguna vez te preguntaste cómo se financiaba Jesús durante su ministerio? ¿Dónde y cómo comía? ¿Quién lavaba su ropa? ¿Quién se preocupaba de estos aspectos, sin los cuales él no habría podido llevar a cabo su misión? Pues bien, a Jesús lo acompañaban muchas «Dorcas».

La mujer fue creada con la capacidad de amar entrañablemente. Así lo confirma la maternidad. Esta capacidad faculta a la mujer para donarse por los demás de manera más espon-

tánea que los hombres. Su capacidad de amar entrañablemente la hace pensar en los otros más que en sí misma, y le permite desprenderse más fácilmente de las cosas materiales que los varones. La mujer siempre sabe cómo arreglárselas para ahorrar y para compartir aun de lo poco que pueda tener.

Por lo tanto, la misericordia y la ayuda a los necesitados será siempre una característica destacada de las mujeres. Cuando ellas fallan en ser fieles a su vocación, la iglesia pierde la sensibilidad social y la solidaridad.

Oración persistente

¿Será casualidad que Jesús, a la hora de hablar de orar siempre y no desmayar, tome a una mujer viuda como ejemplo? (Luc. 18:1). ¿Qué hay en el ser de la mujer que hace que sea precisamente una mujer la que dice: *«Si tocara tan solamente su manto, seré salva»?* (Mr. 5:25-28).

En este punto, sin embargo, no hay mejor ejemplo que el de la mujer cananea o sirofenicia (Mt. 15:21-28): *«Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndole: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio. Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros. Él respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a*

los perrillos. Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora».

A la luz de estos textos podemos decir que la constancia, la perseverancia y la longanimidad (ánimo largo), son cualidades preponderantemente femeninas. Aun más. Estas mujeres mostraron una determinación a toda prueba, capaz de sobrepasar toda barrera y vencer todo obstáculo.

La viuda de la parábola brilla por su insistencia y tenacidad. El juez de la parábola, como era injusto, no tenía la más mínima intención de hacer justicia a la viuda. Sin embargo, la molestia que le producía ella al «venir de continuo» delante de él, movió al juez a hacerle justicia. La mujer que padecía de flujo de sangre tuvo que abrirse paso entre una gran multitud que apretaba a Jesús (Mr. 5:24). La mujer cananea, por su parte, tuvo que sobreponerse a la aparente apatía y negativa de Jesús. Él no pretendía menospreciar a la mujer ni menos rechazarla, sino, por el contrario, Jesús buscaba hacer que la fe de esta mujer brillara. Para ello, Jesús la trató en una primera instancia de manera muy indiferente y, luego, fue duro con ella. Así ella tuvo la gloriosa oportunidad de mostrar la clase de fe

que poseía: Una fe férrea, que no se rinde y que no cesa hasta obtener lo que necesita. Hermanas, así son las mujeres, así son ustedes.

La mujer sirofenicia alcanzó algo que, dispensacionalmente, aún no le correspondía. En efecto, la era de la salvación de los gentiles todavía no se inauguraba y, no obstante, ella alcanzó anticipadamente aquello que hasta ese momento pertenecía solamente a los hijos de Israel. ¿Pueden entender esto, hermanas? Sólo una tenacidad, propia de las mujeres, puede llevar a la iglesia a nuevas dimensiones, a nuevas alturas. Este es el aporte específico de las mujeres a la edificación de la iglesia. Si ustedes no lo hacen, nadie lo hará. Dios cuenta con ello, porque así fueron creadas por él. No sólo la misericordia es algo a lo que ustedes no pueden renunciar, sino tampoco a la oración.

Adoración

¿Será casualidad que las tres veces que el Nuevo Testamento menciona que alguien ungió a Jesús con un perfume, sean mujeres? (Mr. 14:3-9; Luc. 7:36-50; Jn. 12:1-8).

«Pero estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre su cabeza. Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dije-

Las mujeres ilustran lo que es la iglesia y, especialmente en los asuntos del servicio generoso, la oración y la adoración, ellas llevan la delantera.

ron: *¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella. Pero Jesús dijo: Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella»* (Mr. 14:3-9).

¿Quién les enseñó a estas mujeres que debían adorar de esta manera? ¿Dónde estaba escrito que así se adoraba al Señor? ¿Fue una casualidad? No, no es casualidad, porque las mujeres, por su forma de ser, son capaces de adoración espontánea, creativa e innovadora. Aun más, son capaces de adoración sin reservas. Los varones que presenciaron la escena, los discípulos, no habrían tenido ninguna crítica hacia la mujer si ella hubiese derramado un poco del perfume sobre Jesús; pero, quebrar el vaso de alabastro y derramar completamente el perfume sobre la cabeza de Jesús, fue demasiado para ellos. El varón es más «racional» que la mujer, así que los discípulos consideraron un desperdicio la acción de ella. «*Podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres*», dijeron enojados. Esto indica que el costo del perfume equivalía casi al sueldo de un año de un jornalero.

Sí, el varón es más 'racional', pero

también es más frío, más calculador, más formal; difícilmente saldrá de su compostura para, por ejemplo, danzar delante del Señor. La mujer, en cambio, es más emocional, y en buena hora que así sea, porque son ustedes, hermanas, las que, más espontáneamente que ellos, pueden hacer más cálida, más diversa, más creativa y más innovadora la adoración. Son ustedes las que generalmente riegan con lágrimas la alabanza y la adoración a nuestro Señor Jesucristo.

Según palabras del propio Señor, esta mujer, al salir de la formalidad establecida para adorar espontáneamente a su Señor, «*se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura*».

¿Qué te parece? En definitiva, ella fue la única que pudo ungir el cuerpo de Jesús. Otras mujeres intentaron posteriormente ungir su cuerpo, pero no pudieron. Cuando llegaron al sepulcro, Jesús ya había resucitado. ¿Cómo es que entonces aquella mujer fue la única que pudo hacerlo? Porque lo hizo anticipadamente. Y al igual que en el caso de la mujer cananea, son las mujeres las que más fácilmente pueden, por su espontaneidad y creatividad, actuar anticipadamente y alcanzar cosas que de otra manera no se lograrían.

¿Será por estas razones que la iglesia es de género femenino y está tipificada, en las Escrituras, por mujeres y no por varones? Ellas ilustran lo que es la iglesia y, especialmente en los asuntos del servicio generoso, la oración y la adoración, ellas llevan la delantera. ¡Benditas mujeres! Gracias al Señor por ustedes.

* * *



TEMA DE PORTADA

Cómo Dios cumplirá su propósito de llevar muchos hijos a la gloria.

Los vencedores y la herencia (2b)

Rodrigo Abarca

“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Ap. 21:7).

Los que van a la batalla

Por ello tenemos aquel censo. Volvamos a Apocalipsis 7:1: «Después de esto vi cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de

la tierra, para que no soprase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había

dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en su frente a los siervos de nuestro Dios. Y oí el número de los sellados...».

Recuerde que se puede saber el número de los que van a la batalla: «Y oí el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel». Note el sentido del libro. El Cordero ha tomado el libro en sus manos, ha abierto los sellos, el panorama de la historia está abierto, las dificultades son enormes, y entonces llama a los que habrán de vencer, los que habrán de entrar en la tierra y poseerla. Vale decir, aquellos que habrán de poseer a Cristo en plenitud, no sólo para ellos, sino para todos los que están con ellos. Recuerde, sólo los de veinte años para arriba tomaban la tierra; pero todos heredaban: los niños, las mujeres y los que iban a la guerra.

Hermanos amados, vivimos en un tiempo de ruina espiritual. Cuando miramos la cristiandad a nuestro alrededor, no podemos menos que lamentar y entristecernos por el cuadro que se presenta ante nuestros ojos. Cuando usted mira alrededor, ¿no se siente triste cuando ve la infantilidad, la niñez enfermiza y persistente de tantos hijos de Dios, que siempre permanecen girando en torno a cosas que son elementales, en el ABC de la vida cristiana, y nunca crecen y maduran?

¿Cómo podría Dios cumplir sus propósitos? ¿Cómo el Cordero de Dios podría, a través de ellos y en unión con ellos, desarrollar los pen-

samientos eternos de su Padre, si no son capaces de creerle, obedecerle y seguirle por dondequiera que él va? Si no conocen la gracia, y más aún, por no conocerla ni siquiera responden a los requerimientos de la gracia, ¿cómo podría el Señor cumplir su propósito con esos niños pequeños? ¿Podía Israel, si hubiera sido una nación sólo de niños, entrar en posesión de la tierra?

Pues, esa es la tragedia de la iglesia a lo largo de los siglos. Y entonces, ¿qué hace Dios? ¡Bendito sea su nombre! Él no puede ser derrotado; sus planes se van a cumplir finalmente. Entonces, el Señor llama, selecciona a aquellos que sí pueden librar la batalla, y junto con él, entrar en la posesión plena de todas las cosas que Dios ha preparado para nosotros en Cristo. El resultado es que la iglesia hereda todas las cosas.

Este es el principio involucrado aquí. Por eso, son sellados. Como en el Antiguo Testamento, son sellados por tribus. Sólo que hay una cosa interesante en la manera en que se describen las tribus. Tal vez usted recuerde que la tribu número uno era la de Rubén, el primogénito de Jacob. Pero, como en Apocalipsis el sentido es espiritual, no aparece en primer lugar la tribu de Rubén, sino la de Judá, ya que el gran vencedor es Cristo, y él es el León de la tribu de Judá. De modo que Judá va en primer lugar, pues Cristo tiene la preeminencia en todo como primogénito del Padre.

Otra cosa interesante es que no aparece la tribu de Efraín, y en su lugar aparecen la de Manasés y la de

El Señor llama, selecciona a aquellos que sí pueden librar la batalla, y junto con él, entrar en la posesión plena de todas las cosas que Dios ha preparado para nosotros en Cristo.

José. El versículo 6 nos dice: «*De la tribu de Manasés, doce mil sellados*»; y el 8, «*De la tribu de José, doce mil sellados*». Los que conocen un poco de historia bíblica en el Antiguo Testamento se van a dar cuenta de que aquí hay algo extraño. ¿Qué es?

La tribu de José no se nombraba en el Antiguo Testamento como tribu; no se contabilizaba en el número de las doce tribus, porque fue dividida en dos tribus: la media tribu de Efraín y la media tribu de Manasés. Por esto, cuando se contabilizaba el número de los hijos de Israel por tribus, no se decía «la tribu de José», sino «la tribu de Efraín y la tribu de Manasés».

Sin embargo, aquí aparece algo extraño, porque dice «la tribu de Manasés», y luego dice «la tribu de José». ¿Por qué aparece la tribu de José en esta cuenta? Porque, recuerde, éste no es el linaje de Israel según la carne; es el linaje del Israel espiritual. Y en este linaje, el primogénito no es Rubén, sino Judá; porque Cristo es el León de la tribu de Judá. Y en el Israel espiritual, no se contabiliza Efraín, sino José; porque José es el tipo más perfecto de Cristo del Antiguo Testamento.

Además, no se contabiliza Efraín, porque la tribu de Efraín fue dese-

chada por Dios. ¿Usted recuerda esto? Dios le dio carta de divorcio, la repudió y dejó de ser su esposa, por causa de sus pecados. Efraín era Samaria. A partir de entonces, no se contabiliza espiritualmente, porque ellos fornicaron, y se apartaron de Dios en pos de dioses extraños. Pero aquí están los que se mantienen, los vencedores, los que siguen al Cordero por dondequiera que va.

Y otra cosa interesante. En la cuenta de las tribus que debían salir a la guerra en el libro de Números, no se contabilizó la tribu de Leví, porque es la tribu sacerdotal, y los sacerdotes no debían salir a la guerra. Ellos debían sostener el arca, orar, cantar y alabar mientras sus hermanos luchaban. Sin embargo, aquí también está contada la tribu de Leví, porque éste es el Israel de Dios, y en el Nuevo Testamento no hay una sola tribu sacerdotal, sino que todos nosotros somos un reino de sacerdotes.

De esta manera, tenemos los principios que involucran la cuenta. Son sellados doce mil, más doce mil, más doce mil, hasta constituir ciento cuarenta y cuatro mil. ¿Qué representa ese número? Doce es el número del pueblo de Dios. Doce tribus de Israel; doce apóstoles del Cordero. Y en la nueva Jerusalén, doce puertas, con

los nombres de las doce tribus de Israel y doce cimientos con los nombres de los doce apóstoles del Corde-ro.

Doce es el número del pueblo de Dios completo. Pero, como ellos van a salir a la batalla en lugar de sus hermanos y a favor de sus hermanos, entonces, representan la totalidad del pueblo de Dios en la batalla. No todos van a la guerra, pero los beneficios de la batalla los reciben todos, aun los que no salieron a la guerra. ¿De qué nos habla este hecho? De que la iglesia, por medio de ellos, llega a poseer la plenitud de Cristo, la tierra prometida.

Los elementos de la madurez

Así también, Efesios 4:13 expresa el propósito final de Dios con nosotros: «...*hasta que todos lleguemos...*». ¿Quiénes tienen que llegar? Todos los hijos. Todos los niños de Dios tienen que llegar a ser hijos maduros de Dios. Y esto significa en primer lugar, «...*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe*». ¿Por qué hay tanta división en la iglesia? Porque somos niños inmaduros; la división es signo de inmadurez. Pero, el día en que lleguemos a la madurez, habremos llegado a la unidad de la fe.

Luego, «...*y del conocimiento del Hijo de Dios*». El *conocimiento* del Hijo de Dios, es en griego *epignosis*, y se debe traducir como el conocimiento *pleno* del Hijo de Dios. No es un conocimiento parcial, no es el conocimiento que usted obtiene en el día de la salvación. Pero acá hablamos de la plena posesión de Cristo por parte de la iglesia. Luego, «...*a un varón perfec-*

to». En el griego, significa literalmente «a un varón maduro»; esto es, que ha alcanzado la madurez.

Finalmente, «...*a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*». ¿Ha visto usted cuando sus hijos pequeños anotan marcas en las puertas o en las paredes, para ver cuánto crecen? Van dejando una marquita: Un metro veinte, un metro treinta. En este sentido, Cristo es la medida completa y perfecta. Entonces, la marca de él está aquí: Un metro noventa. Y la iglesia está por el metro diez. ¿Qué tiene que hacer la iglesia? Crecer hasta llegar al metro noventa de Cristo.

La estatura completa de Cristo, «...*a la medida de la estatura...*». Esto es lo que Pablo tiene en mente. Hasta que ese niño pequeño llegue a ser del mismo porte que Cristo. Hacia allá vamos. Por supuesto, no se refiere a crecimiento físico, sino a crecimiento espiritual. Hasta que lleguemos a tener «*la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*». O bien, en palabras del Antiguo Testamento, hasta que poseamos toda la tierra.

Y el versículo 14, para que no quede ninguna duda de lo que Pablo está hablando, nos dice: «...*para que ya no seamos niños*». Niños inmaduros, pequeños, carnales y fluctuantes, que cambian de propósito cada día, y no son capaces de seguir un propósito de manera constante, definida y persistente. Esa es la naturaleza de los niños.

Es claro que, en un sentido, la Escritura dice que nosotros debemos ser como niños para entrar en el reino de los cielos. Pero se refiere a la inocencia de los niños, a su capaci-

dad de creer y confiar. No se refiere a la inmadurez. Sin embargo, en un sentido diferente, nos dice Pablo en Corintios: «Ustedes son niños. Debía hablarles como espirituales, pero tengo que hablarles como a carnales, como a niños en Cristo». Y ahí, la palabra niño no es un elogio, sino una reprensión.

¿Cómo puede Dios confiar sus planes, sus propósitos, sus pensamientos, a los niños? No serviría de nada, ¿verdad? Lo que estamos diciendo es que la niñez significa carnalidad; porque los niños son básicamente egocéntricos. Sólo piensan en sí mismos y no son capaces de ponerse en el lugar de otros; no son capaces de restringirse y negarse. ¿Cuántos de nosotros somos así con el Señor?

Hermanos amados, tenemos un Padre que nos ama, que nos da todo lo que necesitamos. Pero él espera que un día podamos hablar con él como adultos, y él pueda confiarnos los deseos de su corazón. Porque así era nuestro Señor Jesucristo. El Padre le decía: «Hijo, yo tengo un propósito en mi corazón; el más grande de todos, el deseo que arde en mi corazón desde la eternidad misma: Yo quiero tener muchos hijos en la gloria». El Padre le habló al Hijo del deseo de su corazón – Estoy, por supuesto, expresándolo en un lenguaje humano.

Y, ¿qué hizo el Hijo, aquel Hijo maduro de Dios, nuestro Señor Jesucristo? «¿Qué puedo hacer yo para ayudarte, Padre?». Y el Padre respondió: «Lo que tengo que pedirte, Hijo, no te lo puedo imponer; sólo si tú

quieres, sólo si amas lo que yo amo. No es una obligación; en cualquier momento, te puedes arrepentir, y yo no diré nada».

Y, entonces, ¿Qué respondió el Hijo? «El hacer tu voluntad es mi placer, Padre; el cumplir los deseos de tu corazón, es lo único que quiero». Entonces, el Padre le habló de su propósito eterno, y cómo él debía entrar en el mundo, hacerse hombre y humillarse a sí mismo. Y cómo él debía ser aborrecido por los hombres y despreciado por todos; y cómo iba a perder toda su dignidad divina, y cómo todo lo que él siempre tuvo le sería quitado. Y lo más terrible de todo es que, en el momento más difícil, el Padre debía abandonarlo.

«Cuando llegue la hora suprema, Hijo, la hora más dolorosa y más oscura, yo no podré estar a tu lado para confortarte». ¿Y qué respondió el Hijo de Dios? «Yo te amo, Padre, y lo voy a hacer». Y lo hizo. Esa clase de hijos es la que el Padre está buscando; esos son los hijos de los cuales dice Apocalipsis: «El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Padre y él será mi hijo». ¿Por qué creen ustedes que el Padre dijo un día: «Este es mi Hijo amado»? Porque el Señor Jesús siempre hizo lo que el Padre quería.

¿Qué clase de hijos somos nosotros para Dios? ¿Somos estos hijos que están dispuestos a ir a la batalla, a tomar las armas de guerra, con todo lo que eso pueda significar para nosotros? Yo nunca estuve en una batalla, pero imagino que debe ser una experiencia aterradora. Todo soldado que entra en la batalla sabe que es

posible que no regrese. Sólo sirven para la batalla aquellos que saben que su vida está perdida antes de entrar en la batalla. Sólo estos tienen la posibilidad de vencer en la batalla.

Es cierto que el Señor provee para todas nuestras necesidades. Bendito sea él por eso. Todos hemos gustado el amor del Señor; todos hemos gustado su protección; todos somos hijos en la casa del Padre. Él no ama más a sus hijos maduros que a sus pequeños. Sin embargo, con algunos él cuenta, y con otros no puede contar.

Un día, él tenía un solo Hijo, y con ese Hijo pudo contar hasta lo sumo. Ahora el Señor Jesús está edificando su iglesia; pero, para acabar de edificar su iglesia, él desea y necesita que colaboremos con él. Y para eso requiere esta misma clase de hijos, aquellos que son mayores de veinte años, y que pueden entrar en la batalla.

No se engañe, hermano amado. ¿Sabe con quién nos enfrentamos? Ya

La Escritura dice que debemos ser como niños para entrar en el reino de los cielos. Pero se refiere a la inocencia de los niños, a su capacidad de creer y confiar. No se refiere a la inmadurez.

lo sabemos; la batalla no es contra carne ni sangre. La posesión plena de Cristo va a ocurrir enfrentándose con el adversario. Y déjeme decirle que el adversario tiene armas, capacidades y habilidades que usted no sospecha. Y lo peor de todo, no descansa jamás. Nunca se relaja, nunca se da por vencido.

Usted ya vio cómo fue la vida del Señor Jesucristo. No una vez; muchas veces, interminables veces, el adversario volvió para tratar de hacerlo tropezar. Usted lo ve a lo largo de toda su vida, cuántas veces el diablo insistió, tratando de destruir al Señor, y cuando no logró apartarlo de la voluntad del Padre, entonces decidió asesinarlo sobre una cruz.

Ese es nuestro adversario; pero déjeme decirle que Aquel que está en usted ya venció. Un día, Él estuvo solo para enfrentar la muerte y la oscuridad, y el Padre debió alejarse, porque era la única manera en que él pudiera realmente redimirnos. Él debía soportar la ira de Dios hasta el extremo, y el extremo de esa ira de Dios era quedar totalmente abandonado por Dios. Así padeció él; pero nosotros nunca más tendremos que estar así. Él estuvo solo en la cruz, para que usted y yo nunca más tengamos que estar solos. Sólo él habría de llevar ese castigo.

Usted irá a la batalla, y enfrentará la batalla, pero nunca estará solo; él siempre estará con nosotros. Y porque él está con nosotros, siempre seremos más que vencedores. El que venció, el que aplastó la cabeza de la serpiente, el que despojó a todos los principados y potestades, el que los

derrotó completamente en la cruz, mora en nosotros, y por eso, somos más que vencedores, por medio de aquel que nos amó. Pero usted tiene que entrar en la batalla. La batalla es poseer a Cristo, y quien se opone a eso es el diablo.

La obra de los vencedores

En el capítulo 14 de Apocalipsis vemos a los vencedores, los mismos seleccionados en el capítulo 7, y que pasan a través de todas las dificultades y adversarios. Han peleado la batalla. Han pasado a través del agua y del fuego, y han emergido finalmente a la victoria y a la abundancia. Han enfrentado al diablo, a la bestia y al falso profeta, la marca de la bestia y el número de su nombre, y han vencido. Y están de pie sobre el monte de Sion, el monte de la victoria, junto con el Cordero, porque es en unión con él y siguiéndolo a él, que han vencido.

Por eso dice: *«Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como el sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono...».*

¿Qué es un cántico nuevo? En la Escritura, es un canto que surge de una experiencia por la que usted pasó; a través de la aflicción, la tribulación, y aquel momento en que le pareció que todo estaba perdido, pero, el Señor intervino poderosamente, lo sacó en victoria, y usted

aprendió algo que antes no sabía. Entonces comenzó a cantar un cántico que antes no podía cantar. Esto es un cántico nuevo.

Es cierto, hermanos amados, que el fruto de esos ciento cuarenta y cuatro mil, quienes pelean las batallas y emergen en victoria, redunda finalmente en beneficio de todos los hijos de Dios, aun de aquellos que no fueron a la batalla. De hecho, no batallan para sí mismos. Así como Cristo no dio su vida por sí mismo, sino por nosotros, el llamado de ellos no es a hacer algo para sí mismos, sino en beneficio de todos. Pablo dice: *«Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros».* Los padecimientos que Pablo describe, no son para él. Son por causa de la iglesia.

Entonces, aquí tenemos este cántico nuevo que representa este principio de representación. Es cierto que todos heredan, pero sólo unos pocos cantan el cántico. Aunque todos entramos finalmente en el reino eterno de Dios, y heredamos con Cristo, hay algo de supremo valor que usted no tendrá si no ha seguido al Cordero con fidelidad. Yo no sé que es, pero estoy seguro que se trata de algo de supremo valor que sólo se puede aprender siguiendo al Cordero por dondequiera que él va. Por este motivo, aquí se nos muestra que sólo ellos cantan, y que nadie más puede hacerlo.

A continuación, se nos dice que además son primicias: *«Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero»* ¿Qué son las primicias? En el Anti-

guo Testamento, cuando se aproximaba el tiempo de la cosecha, el sacerdote debía salir a los campos y buscar entre la siembra del trigo, hasta encontrar las espigas que habían madurado primero. Entonces, recogía las primicias y las presentaba en la casa de Dios. Eso significaba que, dentro de poco tiempo, todo el campo estaría listo para ser cosechado.

Este es el principio de aquellos que son llamados a vencer. Ellos maduran primero, para que con su madurez, con aquello que ellos ganan de Cristo, toda la iglesia se beneficie, y un día, no muy lejano, toda la iglesia esté lista para ser cosechada.

El versículo 14:6 nos muestra a continuación, y a modo de resumen, las cosas que se obtienen a través de la obra de aquellos que son llamados a vencer. *«Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo»*. El Señor ordenó: *«Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura»*. Y aquí tenemos el cumplimiento de esa promesa. Aquí el evangelio ha sido predicado a todas las naciones, tribus y lenguas. Pero, ¿quiénes lo han predicado? Ha llegado a todas las naciones, porque ha habido hombres y mujeres que han ido en pos del Señor y han pagado el precio de llegar con el evangelio a todas las naciones. Lea usted la historia de los hombres que llevaron el evangelio, y usted va a descubrir allí una parte de estos ciento cuarenta y cuatro mil.

La segunda cosa que ocurre como obra de ellos es ésta: *«Otro ángel le si-*

guió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación» (14:8). Babilonia, representa el sistema de este mundo. Es la ciudad enemiga de Dios, llena de placeres, de seducciones, llena de cosas para atrapar el corazón. De estas cosas nos habla el apóstol Juan: los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. Son las cosas que constituyen a Babilonia.

Pero entonces, aquí tenemos hombres y mujeres que han salido de Babilonia, que han renunciado a Babilonia, en cuyo corazón ésta ha sido juzgada. Y, porque Babilonia ha sido juzgada primero en el corazón de ellos, finalmente Babilonia será juzgada y caerá. El fin de este mundo ocurre primero en el corazón de los hijos de Dios. Para que el mundo termine, primero debe terminar en el corazón de los hijos de Dios. Dios no podrá juzgar al mundo, hasta que éste no haya sido completamente juzgado en nuestros corazones. Esto también forma parte de la obra y la tarea de Cristo en los vencedores.

En tercer lugar, viene la caída de la bestia y también la derrota del número de su nombre y de su imagen. Estos eventos también vienen a través de los vencedores. Por último el versículo 13 nos dice: *«Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen»*. Hermanos amados, la edificación de la iglesia no es una obra que se haga en

una sola generación. De hecho, es imposible que se haga en sólo una generación. La restauración y edificación de la iglesia, hasta que alcance la plenitud, es una obra que el Señor ha venido haciendo a través de muchas generaciones de hombres y mujeres. Y todo aquello que ha sido ganado en el pasado, por aquellos hermanos y hermanas que pagaron el precio de seguir a Cristo por dondequiera que va, ha quedado para nosotros como un legado espiritual que no podrá ser borrado jamás.

Hoy día hablamos de la justificación por la fe, y enseñamos la justificación por la fe. Sin embargo, durante mil años no se habló de ella, y nadie supo prácticamente nada de la justificación por la fe. No obstante, hubo hombres, como Lutero y otros, que recibieron esta palabra, perseveraron en ella, de manera que hoy la tenemos como un legado indeleble. La edificación del cuerpo de Cristo es una obra que abarca desde la partida del Señor hasta su regreso. Y nosotros hemos heredado la riqueza espiritual de muchos otros que, antes de nosotros, obtuvieron de Cristo sus riquezas pagando el precio necesario para ello.

La posesión de la tierra se ha ido realizando lentamente a lo largo de la historia de la iglesia. «*Sus obras con ellos siguen*». Usted se va de este mundo; usted vive setenta u ochenta años, y se va. Pero lo que usted haga por Cristo, lo que usted gane de Cristo, permanecerá como un legado eterno para la iglesia. Créalo, porque este es el principio que nos muestra la Es-

critura. Un día, porque tantos han sufrido, porque tantos han padecido, porque tantos han crecido para ser hijos maduros de Dios, debido a que tantos han tomado los propósitos de su Padre, los propósitos del Cordero, y los han hecho suyos, la acumulación de todo este peso de gloria en la iglesia traerá la madurez, y entonces vendrá la siega.

Por eso dice: «*Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada*» (14:14-16).

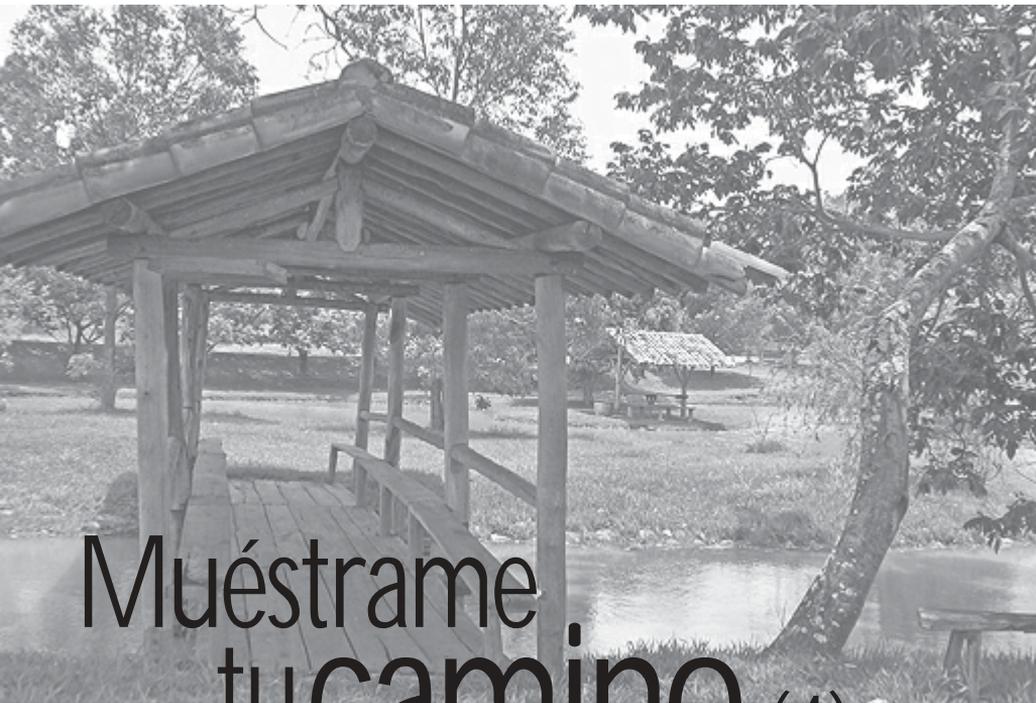
Hermanos amados, el Señor vendrá. Y vendrá a segar a su iglesia de este mundo, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en el fuego que nunca se apaga. Un día, el Señor juntará las espigas doradas, el Señor vendrá y segará la tierra, y reunirá a la iglesia consigo. Y como dice el apóstol Pablo, «...*estaremos para siempre con el Señor*». Pero no piense que es algo automático. La madurez que el Señor espera de la iglesia antes de segar es el producto de su obra, en y a través de estos hombres y mujeres que han respondido a su voz, lo han seguido por dondequiera que va y han vencido juntamente con él.

Que el Señor nos ayude a todos.

(Síntesis de un mensaje impartido en el Retiro de Rucacura, en enero de 2009).

* * *

Las obras, los caminos y el propósito de Dios.



Muéstrame tu camino (4)

Dana Congdon (USA)

Lecturas: Éxodo 33:12-14; Juan 13:33, 36; 14:1-6, 10, 18-23; 15:4-5.

Vemos en estos dos pasajes a Moisés en el Antiguo Testamento y a los discípulos en el Nuevo, que estaban de cierta manera en posiciones muy similares. Es algo que podemos llamar post-visión y pre-sabiduría.

Revelación y visión

Cuando Moisés estaba sobre aquel monte orando, ya había sido cautivado por la visión de Jehová en la zarza ardiente. Pero ustedes saben que hay diferencia entre visión y revelación. Damos gracias al Señor por

el Espíritu Santo que nos da espíritu de sabiduría y revelación. Por esa revelación, podemos ver al Señor Jesús y su obra preciosa. Nosotros podemos recibir revelación, pero la visión es algo que nos cautiva.

Nosotros podemos asirnos a una revelación, pero la visión es algo que te atrapa. Muchos en el pueblo de Dios tienen revelación de Jesús, pero cuando tienes una visión de Jesús, así como Pablo en el camino a Damasco, desde ese momento en adelante, tu vida está cautivada. Ya no vives más para ti mismo. Fuiste aprisionado por esa magnífica visión. Esta asombrosa visión de Jesús reinterpreta cada parte de tu vida y ministerio.

De hecho, en estos últimos días, le pedimos al Señor que nos dé visión de sí mismo. No sólo revelación. Aunque una visión es revelación, pero es una revelación que causa un impacto en nuestras vidas para siempre.

Te voy a hacer una pregunta: ¿Ya fuiste cautivado por una visión? Cuando eres cautivado por una visión, tú caes sobre tu rostro, así como Moisés en la cumbre de la montaña.

Y dices: 'Señor, veo que eres el único camino; pero necesito sabiduría para tu pueblo'. Y cuando él ora: «Señor, muéstrame tus caminos», él está sobre su rostro, intercediendo por todos los hijos de Israel.

Si por la gracia de Dios tienes una visión que te cautiva, al mismo tiempo te será dada una carga por todos los hijos de Dios, para que también sean cautivados por esa visión. Moisés ahora está orando por sabiduría. «Muéstrame tus caminos». Moisés

podía mirar abajo a la montaña, y porque la tierra prometida es muy pequeña, en un día despejado, de lo alto de esa montaña donde él se encontraba podía ver Cades-Barnea, y él sabía que el Señor les había dicho que fueran y entrasen a la tierra prometida. Él conocía el lugar físico a donde deberían ir. 'Pero, ¿cómo voy a introducir allí a los hijos de Israel? Ellos no ven; no han sido cautivados'.

Conocemos la historia de Moisés pasando por ese desierto. Él tuvo que llevar una cruz enorme. Frecuentemente, el pueblo se rebelaba contra él, y aun su hermano y su hermana murmuraron contra él. La mayor parte del tiempo, cuando miramos a Moisés en ese desierto, lo vemos sobre su rostro, intercediendo por los hijos de Israel.

Cuando recibimos una revelación del Señor Jesús, somos emancipados, porque vemos que nuestra vida es para él. Y al mismo tiempo que vemos esta visión, una carga viene a nuestro corazón: Que el camino que caminamos pueda reunir a todos sus hijos que están en cautiverio a él mismo.

¿Recuerdan cuando Pedro habla de no estar luchando contra carne y sangre, sino usar poder divino para destruir las fortalezas del enemigo? Él hablaba de la necesidad de los corintios de ser cautivados en su mente. ¡Oh, que ocurra que todos nosotros seamos cautivados por esta visión!

Pero ahí llegamos a ese lugar en que nos preguntamos: 'Señor, ¿cómo podemos proseguir? Muéstrame tus caminos'. Y el camino de la cruz está

delante de nosotros. Y cuando transitamos por ese camino de la cruz, las demás personas alrededor ven la gloria resplandeciendo en tu rostro.

Hay personas que tienen hambre. En toda iglesia en esta nación, Dios tiene sus vencedores, que están hambrientos por el Señor. Siempre que ven un rostro que resplandece, ellos corren a besarlo. No te preguntan cuál es tu denominación; ellos ven a Jesús. Y hay hermanos preciosos en cada denominación. Ellos nadan contra la corriente, tienen hambre por saber más del Señor. «Señor, muéstrame tus caminos». Y de alguna forma el Señor nos reúne en una comunión que trasciende todos los límites.

En el Evangelio de Juan, los discípulos también estaban en una posición parecida. Allí vemos que Pedro tuvo la revelación, sus ojos abiertos para ver que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Eso fue visión, y ellos fueron cautivados. Cuando las personas abandonaban a Jesús, él les preguntó si ellos también querían irse. ¿Cómo sabes que fuiste cautivado? Los discípulos dicen: ¿Adónde más iremos? Sólo tú tienes las palabras que necesitamos’.

¿Has sido cautivado por Jesús? Si Jesús te dice: ‘Vete’, tú le vas a decir: ‘No. ¿Adónde más puedo ir?’. A veces, el Señor te da una libertad. ‘Bueno, haz lo que quieres’. Yo espero que tú te vuelvas al Señor y digas. ‘Oh, no, Señor; aunque yo esté luchando contra tu voluntad, aunque yo no esté dispuesto, pero estoy dispuesto a que me hagas dispuesto’. Ah, el Señor va a luchar contigo si le dices eso. Él sabe que has sido cautivado.

Entonces, los discípulos se encontraban en esa posición. No tenían otro lugar donde ir. Habían sido cautivados por la visión. Y un día el Señor les dice: ‘Yo me voy, y ustedes no me verán más’. Y los discípulos se encontraron en el final de sí mismos. ¿Qué vamos a hacer ahora? Todo lo que conocían hasta entonces era el Jesús exterior, el Jesús físico. ¿Qué haremos ahora?

La habitación de Dios

Jesús les había dicho: «*Edificaré mi iglesia*», pero él no les dijo cómo sería edificada la iglesia. Es interesante, cuando lees los evangelios, Jesús no les dio ninguna instrucción. Él no les dijo: ‘Ustedes van a alquilar una casa, y unos ómnibus; van a armar una tienda para predicar el evangelio, eligen unos hermanos y los hacen ancianos’. Nunca les dio instrucción alguna. Y ellos se preguntaban: ¿Qué vamos a hacer?’.

El líder se va, ¿y qué hacen ellos ahora? ¿Volver a pescar? ¿Adónde más irán? Ah, Jesús les dice que se va, y vemos que ellos están en una crisis semejante a la de Moisés. Ellos conocen al Señor, pero no saben qué hacer. ¿Qué es la iglesia? Y Jesús empieza a decirles. ‘Tengo que irme a la casa de mi Padre’. ¿Qué pensaron los discípulos? Probablemente pensaron en el templo de Jerusalén. Pero él no quería decir eso.

La Biblia nos dice en Hebreos que Jesús es el edificador de la casa de Dios, cuya casa somos nosotros. Esta es la casa que Jesús quiere construir. Es por esto que Jesús murió en la cruz. Pero los discípulos tienen una

mentalidad tan terrenal. Exactamente como nosotros. Es como si quisieran decirle: 'Jesús, danos una lista de lo que quieres que hagamos, antes que te vayas'.

Entonces, en estos versículos en que habla a los discípulos, él les da una lista. Es así como edifica la iglesia. La lista tiene dos cosas, es una lista muy corta. Número uno, el Espíritu Santo. Cuando él venga, les dirá lo que tienen que hacer. Muy simple. Y la segunda cosa, «*Permaneced en mí*».

Los discípulos no comprendieron lo que él quería decir. '¿Cómo podemos permanecer en ti, si te vas?'. Es como si Jesús les dijera: 'Yo quiero despertarlos para un entendimiento de lo que la iglesia es. Es nacida del Espíritu, y sigue al Espíritu y permanece en mí'.

Si vemos en el idioma original todo este texto –como saben, el original no está dividido en capítulos– hay una progresión de pensamiento en este pasaje que muchos cristianos todavía no ven. En el capítulo 14 versículo 2, Jesús dice: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay». En nuestras versiones en inglés dice: 'muchas mansiones'. Y algunas personas piensan: 'Yo tengo mi mansión cuando llegue a los cielos'. Pero, ¿saben realmente lo que quiere decir? Habitaciones. Hay muchas habitaciones.

Y entonces, en el versículo 10, si todavía no entienden lo que es «per-

manecer en mí», escuchen: 'Tú me viste, tú viste al Padre, porque el Padre permanece en mí y yo permanezco en el Padre, y las obras que ustedes ven, vienen del Padre que permanece en mí. Yo los estoy dejando, pero no los estoy dejando. Estoy volviendo a ustedes. Y si ustedes me aman, yo vendré a ustedes, el Padre vendrá a ustedes, y el Espíritu vendrá a ustedes. El Padre estará en ustedes, y ustedes en mí, y yo en ustedes'. Y los discípulos dicen: '¿Qué? Es imposible entenderlo'.

Noten lo que dice el versículo 23: «*El que me ama, mi palabra guardará, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*». El pensamiento prosigue en el capítulo 15: «*Permaneced en mí, y yo en vosotros*». Esto es lo que frecuentemente no comprendemos. Entendemos la preciosidad de la vida habitando en Cristo, pero la comprendemos de una forma personal. Pero, saben, él está hablando en realidad de la vida corporativa.

Siempre que él usa el pronombre 'vosotros', o 'ustedes'. En inglés puede ser singular o plural. «Yo voy a permanecer en vosotros, y vosotros permanecéis en mí».

Hermanos y hermanas, esta es la casa, el lugar de habitación. Mientras tú estés aquí en la tierra, la tierra no es tu hogar; pero tienes una habitación. Cuando te reúnes con tus hermanos y hermanas, estás permane-

La mayor parte del tiempo, cuando miramos a Moisés en ese desierto, lo vemos sobre su rostro, intercediendo por los hijos de Israel.

ciendo en Cristo. Y cuando él dice: «*Yo soy la vid y vosotros los pámpanos*», está hablando de esta unidad de permanecer.

Probablemente han oído de Hudson Taylor, el misionero en China. Él sirvió en la Misión al Interior de la China, y sirvió en forma muy dura alrededor del altar de bronce. Él se sentía muy cansado y debilitado, hasta que un día el Señor le mostró: «*Yo soy la vid y vosotros los pámpanos*», y le abrió el entendimiento. Cuando Jesús dice: «*Yo soy la vid*», él no se refiere sólo al tronco de la vid. Él dice: «Yo soy el tronco, las ramas, las hojas y el fruto. Y tú eres parte de eso. Y tú tienes que ser un pámpano, que simplemente permite que mi vida fluya a través de ti».

Entonces, hermanos y hermanas, nosotros comprendemos. El Señor nos dice: «Permaneced en mí y yo permaneceré en vosotros», y ¿qué es lo que descubrimos? Es imposible para mí permanecer en Jesús. Yo fácilmente me salgo. Yo vengo a él para permanecer en él, pero muy rápidamente me voy. Hasta que un día comprendo algo: Yo no puedo permanecer en él hasta que comprenda que él permanece en mí. La única manera en la cual yo puedo permanecer en él es por su vida que permanece en mí. ¿Ya descubriste eso?

Y esta palabra nos lleva a la cruz. ¿Por qué? Porque tú no puedes negarte a ti mismo. Todos somos egoístas, y eso nunca va a cambiar. Pero el Cristo crucificado en ti puede hacerte negar a ti mismo. Él te capacita por su gracia para que te niegues a ti mismo. Ah, pero no te gloríes, pues

no fuiste tú quien se negó a sí mismo. Fue la gracia de Dios en ti que te capacitó para negarte a ti mismo.

La lección del permanecer

Nosotros sabemos que no podemos vivir la vida cristiana. Cristo es nuestra vida. Y es así que aprendemos esta lección del permanecer.

Los discípulos vieron algo en el día de Pentecostés. Ellos no entendían todo ese misterio de permanecer, pero en el día de Pentecostés lo vieron. ¿Cómo lo vieron? Pedro se levantó. Y Rubén se levantó, y Rodrigo se levantó. Y todos se levantaron, y Pedro empezó a hablar. Y todos lo miraron y estaban atónitos. Y decían: «¿No es ése Pedro?». ¡Es el Señor quien está hablando a través de Pedro! Y todos dijeron: «¡Es el Señor, es el Señor!». Tres mil personas dijeron: «¡Es el Señor, es el Señor!».

¡Qué día fue aquél! Y descubrieron otro secreto. Sabemos por el relato en Hechos 2 lo que siguió al día de Pentecostés. Veamos el pasaje en Hechos capítulo 2. Sé que es un versículo muy conocido. Vers. 42: «*Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones*».

En el día de Pentecostés, ellos vieron lo que el Señor quiso decir cuando dijo: «*Edificaré mi iglesia*». Un discípulo habla, el Espíritu Santo convence y las personas vienen a Jesús. Tres mil ciento veinte personas permaneciendo en Cristo, y Cristo en ellas; que se pertenecían los unos a los otros.

¿Puede Cristo edificar su iglesia? Sí, él puede hacerlo. Entonces empe-

zaron a reunirse todos los días. A veces los cristianos se cansan de reuniones. '¡Oh, otra reunión. Oh, Dios, dame gracia!'. Especialmente en las reuniones en que tenemos que hacer algo, como orar. ¿Ya notaste que en el día de la reunión empiezas a sentir un poco de malestar y dolor de cabeza, y dices: 'Tal vez tengo que quedarme en casa'? Pero escuchen, es porque nos olvidamos lo que es la iglesia.

Escuchen, esos discípulos en el principio no tenían ningún edificio; no pensaban en un edificio. Todo lo que sabían era esto: 'Tenemos que reunirnos'. ¿Por qué? Porque siempre que estamos juntos, Jesús se manifiesta. Y ahora estoy intrigado por saber quién será el próximo que va a hablar, y quién va a ser el que va a sanar. Y nos quedamos maravillados de ver cómo el Señor usa a este hermano o a aquella hermana. Esto es un milagro.

Nosotros conocíamos a la mujer de Pedro antes de Pentecostés. Ella siempre hablaba y hablaba y hablaba. Pero escuchen ahora su testimonio de la grandeza de Jesús. Escuchamos a Jesús. Y el mayor milagro es descubrir que el Cristo que habita en nosotros habla a través de nosotros, y estamos muy entusiasmados.

En las tardes, nadie dormía la siesta; todos corrían para escuchar a Pedro. Y Pedro enseñaba la doctrina de los apóstoles. ¿Cuál es la enseñanza del apóstol? ¿Crees que la doctrina de los apóstoles era: Bueno, te voy a decir las catorce cosas que tienen que ocurrir antes que el anticristo venga en los fines de los tiempos? No, no

era eso. Pedro se levantaba, cinco mil personas lo escuchaban. Y él les diría: 'Ahora les voy a contar lo que pasó cuando íbamos con Jesús caminando por los campos'.

¿Cuál era la doctrina de los apóstoles? 'Esto es lo que Jesús dijo e hizo'. Eso es lo que él hablaba. Siempre que él les contaba una historia de Jesús, más personas eran salvas. Y las personas decían: '¡Vimos a Jesús; él está vivo!'. Y Jesús crecía, y ahora eran tres mil doscientas personas. Cinco mil.

Y cuando tenían comunión, el tema no era: '¿Y cómo fue tu viaje a pescar, hermano?'. Era: '¿Sabes lo que el Señor hizo hoy en mi vida?'. Y la comunión era: 'Yo iba manejando por un camino en el campo y mi neumático se desinfló, y un ángel vino y me ayudó a cambiarlo'. Y la hermana decía: 'Ah y ese mismo ángel vino a mi casa, también, porque mi horno no prendía'. ¡Había tantos testimonios, todos con respecto a Jesús! Y no podían aguantar hasta estar juntos de nuevo.

Entonces, se descubre a Jesús en ti. Lo descubrimos en plenitud unos en otros. ¡Oh, cuán precioso es el cuerpo de Cristo! Perdónanos, Señor, por pensar tan poco de nuestros hermanos y hermanas. Cada uno tiene mucho que contribuir. Y siempre, cada día, en esos días de los Hechos, ellos sentían al Señor cuando alguien se levantaba para compartir.

Ellos recordaban cómo el Señor enseñaba. Era diferente de los rabinos. Los rabinos hablaban, hablaban y hablaban. Pero cuando Jesús hablaba algo, eso quedaba grabado en tu

corazón en forma indeleble. Aquellos que escucharon a Jesús hablar, nunca lo olvidaron. Eso es vida.

Una vez pregunté a una hermana china, ya de edad. Ella iba a esas reuniones en la década del 30, con Watchman Nee. Le pregunté: 'Hermana, ¿qué es lo que recuerdas de aquellas reuniones?'. Y ella me dijo: 'Bueno, nuestras reuniones eran los martes por la noche, y nosotros terminábamos nuestro trabajo y teníamos que caminar a veces por tres horas para llegar al lugar de reunión. Llegábamos allí, y estábamos muy cansados. Pero cuando nuestro hermano empezaba a enseñar, siempre sentíamos el refrigerio del Señor'.

Esto casi me condena como predicador, cuando veo a las personas dormirse cuando yo hablo. Necesito más de Jesús para compartir algo que quede escrito en tu corazón. El Señor no ministra simplemente a la mente, sino a los corazones. Los judíos memorizaban los Diez Mandamientos y todas las leyes; pero eso no les cambiaba el corazón. Nosotros venimos a Jesús, y el Espíritu empieza a escribir algo en nuestros corazones. Y descubrimos que por la vida de Dios que está en nosotros, podemos obedecer al Señor.

¡Qué vida maravillosa tenían juntos en Jerusalén! Había esas reuniones en las casas. ¿Por qué? Porque Jesús se mostraría allí. No interesaba si Pedro estaba ahí o no. Los santos abrían sus casas; ellos querían hacerlo, porque Jesús se manifestaría. Esa es la vida de permanencia de Cristo. Pero ellos descubrieron también en su vida corporativa que el Señor te-

Necesito más de Jesús para compartir algo que quede escrito en tu corazón. El Señor no ministra simplemente a la mente, sino a los corazones.

nía que podarlos, porque sólo cuando se poda, el cuerpo de Cristo puede permanecer en vida.

La presencia del Señor en la iglesia

Ustedes saben que la presencia del Señor es tan preciosa. Pero a veces comprendemos mal qué es la presencia del Señor.

Hay muchas asambleas cristianas que realmente adoran al Señor, y hay una gran bendición del Señor cuando entramos en la adoración. Pero yo puedo hacer una diferencia. A veces, en ese tiempo de adoración, decimos: '¡Gracias, Señor, por tu presencia!'. Pero todo lo que hay, de hecho, es su bendición, porque Dios bendice a sus hijos. Pero, ¿dónde está su presencia con sus hijos? Porque donde está de hecho su presencia, tiene que estar su trono entre sus hijos. Y eso quiere decir que en la práctica él tiene que ser Señor sobre la asamblea. Cuando él está entronizado, su presencia está allí. Esa es la posesión más importante para la iglesia.

Recuerden que en el libro de Hechos el Señor tuvo que podar algunas cosas que entraron, que no eran de él.

¿Recuerdan a nuestro amigo Bernabé? Él vio al Señor. Entonces él tomó su propiedad, la vendió y dio el dinero a los apóstoles para que pudieran alimentar a todas esas personas. Y por esa época, muchos de aquellos que visitaron Jerusalén en el día de Pentecostés todavía estaban viviendo en Jerusalén después de seis meses. Y porque tú tenías una casa en Jerusalén, ¡felicitaciones!, tú tienes seis personas viviendo en tu casa, otros seis más, además de los seis de tu familia. Algunos dormían en la cocina. A nosotros nos gusta eso por dos días... ¡pero por dos años! ¡Ay! Especialmente la persona que duerme en la cocina. Tú, para hacer tu café, tienes que saltar por encima de ella. Pero todos querían dar.

Pero entonces vinieron Ananías y Safira, y dieron un dinero, pero tenían ambición. Y el Señor los cortó. Porque necesitamos vida. Necesitamos que todo lo que se haga sea proveniente de la vida del Señor. Aun cuando se da, tiene que ser por la vida del Señor.

A veces veo personas que depositan dinero en la caja de ofrendas; pero es casi como si lo hicieran con la caña de pescar. ¡No, no, no! Si tú das, está dado. No hay una cuerda para que puedas recoger. Pero Ananías y Safira tuvieron que ser podados, porque esa vida que permanece es algo precioso.

En cierto momento, las viudas de origen griego no estaban recibiendo su porción en la distribución. Esa fue una crisis, pero la crisis fue enfrentada con el corazón compasivo de los hermanos. Y Dios levantó a aquellos

hermanos para garantizar que todos recibieran su porción. Tú dirías: 'Eso no es muy importante'. Pero es muy importante. Porque aquellos judíos de origen griego se sentían como ciudadanos de segunda clase. Pero el Señor dijo: 'Háganlos ciudadanos de primera clase. Eso es muy importante'.

Y tú sabes cómo continúa el libro de los Hechos. Hay un crecimiento de ese permanecer que se desborda a otras ciudades. Es una vida que desborda de Jerusalén a Judea, a Samaria y hasta los confines de la tierra. Pero hay una cruz involucrada. ¿Será que los judíos van a aceptar a los gentiles? ¿Será que los de Jerusalén van a aceptar a los samaritanos? En cada progreso que hubo, fue necesaria la muerte de nuestros prejuicios. Y siempre que un nuevo grupo era abrazado por el amor de Jesús, la iglesia crecía.

¿Te imaginas lo que habrá costado a los hermanos recibir a Pablo, el que los había perseguido? Pero Pablo nos dice que los hermanos lo recibieron de tal manera que le dieron la diestra en señal de compañerismo. Esa vida que permanece es una vida de gracia, es una vida llena de misericordia.

Hoy tenemos que orar: 'Oh, Señor, muéstranos tu camino en la asamblea'. El Señor está reuniendo millones de personas en su reino. Muchas personas ya fueron salvas y traídas a su reino. Pero todavía no tienen un hogar. Ellos no saben lo que es ese lugar de habitación. Ellos viven y se regocijan en el reino, pero el Señor quiere esa morada que es una novia.

Muchos cristianos están buscando su hogar. Muchos cristianos se van a grandes asambleas, pero se sienten que no están dentro, y desean intensamente un hogar. Cuando ellos están en el hogar y el Señor está en el hogar, esa es la vida preciosa de permanencia.

Viviendo la vida corporativa

A medida que vivimos la vida corporativa, el Señor siempre tiene que tratarnos por la cruz, porque la vida de la iglesia es una vida muy espiritual. No hay un edificio; la casa somos nosotros. Podemos reunirnos en una casa, podemos reunirnos en un gran edificio, pero eso no es la iglesia.

Tenemos que entender la naturaleza espiritual del Espíritu Santo en nuestra permanencia en Cristo. El cuerpo de Cristo no puede funcionar sino por el primer amor. ¿Verdad? Tú puedes hacer algo mecánicamente, pero sin el primer amor, no hay cuerpo. Pero, como es verdad con todas las cosas del Señor, el primer amor no es solamente el primer amor para él, sino también el primer amor por los hermanos y hermanas.

Entonces quiero hacer una declaración. Si tú realmente ves, si realmente comprendes esa morada, esto es lo que sé que harás: Tú no puedes aguantar para estar junto a tus hermanos y hermanas. ¿Tienes ese deseo intenso? A veces, las circunstancias te impedirán estar con ellos; pero tiene que haber un deseo en tu corazón.

¿Amas realmente estar con tus hermanos y hermanas? ¿Tú ves al Señor Jesús cuando te reúnes? ¿Quieres conocer más al Señor? Reúnete. No

tiene que ser necesariamente la reunión de la iglesia. Una vez visité una asamblea, y fui al estudio bíblico que tenían un viernes por la noche. Treinta y cinco personas se reunían en una casa, y más de veinte de ellos eran jóvenes. ¡Era una reunión muy viva! Cantaban. Un hermano les enseñaba y ellos hacían muchas preguntas. Y ellos contribuían durante la enseñanza preguntando, o con alguna verdad.

Siempre me encanta ir a ese estudio bíblico los viernes. Pero entonces, después se reúnen los domingos. ¡Ayayay! Una reunión terrible, muy pesada. Todo ocurre como por tradición. Se siente como si dijeran: '¡Uf, tenemos que venir a esto!'. Todos están mirando el reloj. 'Oh, todavía tenemos que escuchar otras oraciones'. Y el hermano ministra la palabra, y está seco.

Bueno, es una asamblea, y se reúnen en las casas también. Pero no sé por qué, cuando se reúnen los domingos, es diferente. No es la vida de Cristo permaneciendo. Tienen que permitir que el Espíritu Santo sople los domingos en la mañana, porque falta vida. El Señor quiere podarnos cuando no estamos vivos. Si no le permitimos al Señor que nos pode, siempre la tendencia será hacer las cosas de manera exterior.

Esta es la realidad espiritual de la vida de la iglesia. Ellos permanecieron en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones. Pero cuando perdemos de vista esas cosas, empezamos a desarrollar una mentalidad de reunirnos.

Algunas personas creen que la vida de iglesia es simplemente reuniones. En Estados Unidos hay un dicho terrible, que representa esa mentalidad de reuniones: 'Voy a la iglesia'. ¡Pero ellos son la iglesia! ¿Cómo vas a ser la iglesia si estás 'yendo a la iglesia'? Ellos deberían preparar su corazón para ser la iglesia. Pero tienen la mentalidad de reuniones. Y se preguntan: 'Oh, ¿quién va a hablar este domingo? ¿El hermano fulano? ¡Oh, alabado sea Dios! ¿El hermano tal? ¡Oh, no voy!'.

Cierta vez, yo estaba en una asamblea, y las personas se reunían para oír la predicación, pero no se interesaban por ir al partimiento del pan. Cada vez iban menos personas al partimiento del pan. Todos iban sólo a la predicación. ¿Saben lo que hicimos? Paramos la predicación. Porque el tiempo que tenemos alrededor de la mesa del Señor es el tiempo más importante que tenemos. Si no tenemos cuidado, la predicación ocupará más y más espacio y la mesa del Señor se hace más y más corta.

Una vez hablé en una iglesia en el Extremo Oriente, y mi corazón estaba quebrantado. Era una iglesia que había sido iniciada por uno de los colaboradores de Watchman Nee. Nos reunimos al partimiento del pan el domingo en la mañana unas cien personas. Después de partir el pan, hubo un pequeño receso, y en la ministración de la palabra había unas quinientas personas. En aquella asamblea el sentido de la cena del Señor se había perdido. Pero esto nunca puede ocurrir en la vida de permanencia en el Señor.

Si la cruz no opera en nuestra vida, las reuniones tienen la tendencia a ser exteriores. Tenemos una gran riqueza cuando tenemos comunión en el cuerpo de Cristo; pero si no somos cuidadosos, unas pocas personas son las únicas que comparten. Tal vez a ti te guste escucharme ahora, porque sólo me has oído unas pocas veces. Pero, imagínate si estoy hablando todos los domingos, todos los domingos, vas a decir: '¡No, él de nuevo!'. Entonces, en esta vida nuestra, en que permanecemos en el Señor, tiene que haber varios hermanos que comparten. Esto quiere decir que otros hermanos deben ser levantados.

Nosotros sabemos que el Señor levanta obreros para el ministerio especial de ayudar a perfeccionar la iglesia; pero no podemos ser dependientes de ellos. Nuestro hermano Christian Chen es un hombre muy manso, y muy sabio. En una ocasión, en la asamblea donde nos reunimos con el hermano Christian, hubo un problema. Había muchas personas que estaban viniendo a las reuniones, y algunas de ellas les decían a los líderes: 'No, no, no. Nosotros queremos que sólo compartan el hermano Christian y el hermano Dana. No nos gusta cuando se levantan otros hermanos. El hermano Lucio, ¿un ingeniero? No, no, no. El hermano Christian es alimento sólido'.

Los hermanos empezaron a discutir el asunto. ¿Qué debemos hacer? Y el hermano Christian sólo escuchaba. Y finalmente él dijo: '¿Por qué estamos aquí? Porque queremos que el Señor levante hermanos y hermanas. Este es nuestro propósito. Nosotros

no queremos a atraer a los visitantes; queremos permanecer en la casa de Dios. Entonces, no se preocupen por lo que dirán las visitas. Si están viniendo simplemente por causa del ministerio de la palabra, tal vez tendrán que encontrarse otro lugar. Pero nosotros venimos en primer lugar para adorar al Señor, y confiamos en que el Señor hablará a través de cualquier hermano que se levante’.

Sin la cruz, nosotros abandonamos estos principios tan sencillos, y sin la cruz también descubrimos que hay conflictos en la asamblea. Es inevitable. Tú viste a mi esposa. Nosotros somos como el día y la noche. Dos personalidades diferentes. Y el Señor nos ha puesto juntos. Y en los cielos, él debe estar riéndose cuando nosotros estamos peleándonos. Y, finalmente, nosotros morimos, y entonces nos amamos uno al otro, a pesar de nuestras imperfecciones. Después de cuarenta y tres años casados, finalmente estoy descubriendo que soy más imperfecto que mi esposa, y estoy feliz de que ella me ame.

Pero el matrimonio es como un microcosmos de la vida del cuerpo. El cuerpo de Cristo es tan diverso. Hay personas como yo, que tienen esta sonrisa eléctrica, que están todo

el tiempo sonriendo. Hay personas que nunca se ríen. A algunos hermanos en mi asamblea, que son chinos, nunca les he visto los dientes. ¡Pero Dios nos ama a todos!

En todas las asambleas hay personas que son muy espontáneas, y otras que son muy metódicas y organizadas. Recuerdo una asamblea en Suiza, que estaba a cargo de dos ancianos. Uno era alemán, y el otro, italiano. El alemán siempre llegaba bien temprano, y el hermano italiano entraba a la reunión diez minutos atrasado: ‘¡Escusi, escusi, escusi!’ (¡Perdón, perdón, perdón!). Tenían conflictos. Pero el Señor tenía ahí una combinación perfecta.

A nosotros nos gusta un grupo homogéneo, en que todos sean como nosotros. Pero el Señor nos trae personas que son puntuales, o como los brasileños, que viven en un tiempo celestial. Algunas personas tienen una fe intrépida, pero otras son muy cuidadosas, que siempre se están frenando. Pero esta es una combinación perfecta.

Algunas personas tienen un corazón enormemente compasivo, y aman a todos. Pero hay aquellos que son disciplinadores. ¡Cuidado! Pero los necesitamos a ambos. El cuerpo de Cristo es tan amplio. A veces el Señor



viene a nosotros y nos da un abrazo; pero a veces él nos reprende. Necesitamos la plenitud de su asamblea.

Nunca desprecies a aquellos que son diferentes a ti. A veces, nosotros pensamos que hay un conflicto espiritual entre dos personas, y todo lo que hay es diferente temperamento. ¿Cuál es el remedio para esto? Tenemos que tomar la cruz. ¿Cómo Pablo empleó esa frase: Tomar la cruz?

«Haya, pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús».

¿Recuerdan cómo él dijo eso a los filipenses? «Tengan este sentir que hubo en Cristo Jesús». ¿Y recuerdan lo que dijo en el capítulo 4 a los filipenses? «Ruego a Evodia y Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor». Tal vez una de esas hermanas era alemana y la otra era italiana. Trabajaban juntas en el evangelio. Síntique siempre olvidaba traer los folletos evangelísticos. Tenían conflictos. Y Pablo les dice: 'Recuerden que trabajaron juntas en el Señor conmigo'. Es decir: 'Yo no voy a hacer ninguna distinción. Amo a mi querida hermana Evodia y amo a mi querida hermana Síntique. Trabajaron juntas conmigo. Tengan el mismo sentir entre ustedes'.

¡Cómo tenemos que ver esas cosas en la vida del cuerpo! El Señor está preparando una novia ahora, y esta novia es muy amplia. Y en Apocalipsis vemos que la novia es grande como una ciudad. Cuando tú te casas, nunca vas a llamar a tu novia una ciudad. No es un buen cumplido. ¡Tú no quieres llamar grande a tu novia!

Pero la novia del Señor Jesucristo es una ciudad grande.

Fíjense en esa figura que tenemos en el libro de Apocalipsis. El fundamento es oro puro, y la ciudad está edificada con piedras preciosas: tú y yo. Tú eres un hermoso lapislázuli, o tal vez un diamante. Tenemos una variedad tan grande; toda esa variedad se encuentra en esa ciudad. En esa ciudad no hay nada de aburrido. No hay nada de aburrido en la novia de Dios, y no hay nada de aburrido en la casa de Dios hoy.

¡Oh, hermanos, oren por la iglesia de Jesucristo! Hay tantas personas que pertenecen al Señor y no conocen esa vida. Es una vida de permanencia íntima por el Espíritu Santo. Si tú entraste en esa vida bendita, tú no puedes tener toda esa bendición sólo para ti; tienes que darla.

La Biblia nos dice que el Espíritu Santo derrama el amor de Dios a través de nosotros. ¿Eres tú ese tipo de persona? De tan bendecido que eres, ¿lo das? Si eso es realidad contigo, tú viste la realidad del cuerpo de Cristo.

Bueno, me gustó muchísimo estar con ustedes, y de sentirme en casa, en esta morada, de ver a Cristo en ustedes. Hay mucha diversidad. Voy a llevar mi reporte a los hermanos chinos en casa, y ellos se van a regocijar. Juntos, somos uno, siendo atraídos al trono del Cordero.

Que el Señor nos mantenga en su camino, el camino de la cruz, el camino a la gloria. ¡Bendito sea su nombre!

Último mensaje de una serie de cuatro que el autor impartió en la 3ª Conferencia Internacional «Aguas Vivas», en Santiago de Chile (Sept. 2005).

* * *

El comienzo del discipulado

Antes de Jesús, en Grecia hubo grandes maestros como Sócrates, Aristóteles y Platón, que enseñaron durante ciento treinta años. En China también hubo grandes maestros, como Confucio y muchos otros. Todos ellos tenían discípulos.

Estos discípulos eran personas que no estaban satisfechos consigo mismos, querían aprender algo más. Por ejemplo, ellos querían ser buenos artistas, pero estaban descontentos con su desempeño; querían ser mejores. Entonces buscaban un maestro.

Antes del nacimiento de nuestro Señor, en este mundo, eran los discípulos quienes buscaban un maestro, porque no estaban satisfechos de sí mismos. Ellos querían ser mejores, entonces miraban a su alrededor, en busca de maestros.

Si tú no estás contento contigo mismo, entonces necesitas un maestro, necesitas ir a la escuela, ser entrenado; tu carácter requiere ser moldeado. Después que has sido perfeccionado, entonces podrás mejorarte a ti mismo.

Sin embargo, con nuestro Señor Jesús, por primera vez en la historia de la humanidad, es el Maestro quien llama a los discípulos.

Cuando Jesús encontró a Juan y a Andrés, éste le hizo una pregunta: "Rabí, ¿dónde moras?" (Juan 1:38). Y Jesús les dijo: "Venid y ved". Y entonces ellos siguieron a nuestro Señor. Ellos eran discípulos de Juan el Bautista, pero debido a que oyeron la palabra del testimonio de su maestro: "He aquí el Cordero...", entonces ellos siguieron al Señor. "Venid y ved".

Y luego él dijo a Felipe: "Sígueme". No le dijo: "Niégate a ti mismo, y sígueme". No, al comienzo, solamente: "Sígueme". Al principio, él no dijo: "Sígueme, y te haré pescador de hombres". No. Eso sólo ocurrió un año después. En el comienzo sólo les dijo: "Sígueme".

Gracias a Dios, es el Señor mismo quien busca discípulos. No es que nosotros busquemos a Dios. El Hijo del Hombre vino, y vino a llamar a los pecadores.

En el mundo de los griegos, sólo los discípulos buscaban a sus maestros; pero ahora el Maestro busca a sus discípulos. Ese es el comienzo del discipulado.

Christian Chen

El poder de la presión

Watchman Nee

Lectura: 1ª Corintios 1:8-10.

¿Qué es lo que Pablo deseaba que los hermanos conociesen, según vemos en este pasaje de 1ª Corintios? La aflicción que le sobrevino a él y a sus compañeros en Asia Me-

nor. ¿Por qué tipo de aflicción ellos pasaron? La aflicción de la presión. ¿Hasta qué punto aconteció tal presión sobre ellos? Más allá de su capacidad, de tal manera que temieron

Dios no responde las oraciones de su pueblo quitando las presiones, sino aumentando la capacidad de soportarlas y vencer los desafíos.

por su vida. Esa fue la situación exterior de ellos, ¿y en cuanto a su sentimiento interior? Armonizaba con su situación exterior, pues tenían sentencia de muerte dentro de sí. ¿Y cuál fue la conclusión a la que llegaron? Que no podían confiar en sí mismos, sino en Dios que resucita a los muertos. Por eso, Dios los había librado de tan gran muerte en el pasado para poder librarlos ahora y librarlos en el futuro.

Lo que nos gustaría considerar aquí es la relación entre presión y poder. Como cristianos, prestamos mucha atención al asunto del poder. Eso es especialmente verdadero entre los cristianos espirituales. Ellos frecuentemente preguntan si cierta persona tiene poder o indagan sobre cuánto poder tiene. Oímos tales preguntas dondequiera que vayamos.

Veamos lo que la Biblia enseña sobre la relación entre presión y poder. Antes, me gustaría decir que ambos son directamente proporcionales. O sea, siempre que hay presión, hay también poder. Si un cristiano no sabe qué es la presión, tampoco tiene conocimiento acerca del poder. Solamente los que han experimentado inclinarse ante la presión saben qué es el poder. Cuanto mayor es la presión, mayor el poder.

Pero antes de hablar sobre la relación espiritual entre estos dos hechos, debemos explicar la relación que existe entre ellos en el ámbito físico, pues de ella podremos aprender luego el principio espiritual. ¿Usted ha observado cómo el agua hierve en una caldera abierta? Usted puede haber visitado una tienda donde se ven-

de agua caliente. El agua es hervida allí desde la mañana hasta la noche, año tras año. El vapor escapa y llena la casa, aunque no sea utilizado por falta de presión. Pero si en otro lugar observamos otro tipo de caldera, sea dentro de una locomotora o en un barco a vapor, veremos que los operarios encienden un fuego fuerte bajo de la caldera permitiendo que el agua hierva; pero, a diferencia de la tienda que vende agua, ellos no dejan que el vapor escape. La caldera, en este caso, es hecha de acero grueso y el vapor es continuamente presionado dentro de ella. La caldera comienza a reunir fuerza debido a la presión exterior, puesto que el vapor no puede expandirse, conduciendo al siguiente resultado: que se condensa en una especie de poder. Y cuando el poder del vapor es liberado por medio de una pequeña abertura, comienza a mover el tren o el barco.

Ahora, el vapor en la tienda de agua caliente y el vapor en la locomotora es el mismo. ¿Por qué, entonces, existe tal diferencia en el poder? El vapor generado en la tienda es inútil, pero el de la locomotora es tremendamente útil. La razón es porque en un caso no hay presión, permitiendo que el vapor se disperse; pero en el otro caso, el vapor permanece constantemente bajo presión, es canalizado por una abertura y, finalmente, es transformado en un gran poder.

Aquí, entonces, hay una ley o principio espiritual que es derivado de la ley física: donde no hay presión, no hay poder, pero la presión puede producir poder, y de hecho lo hace. Sin embargo, para un cristiano,

conocer el poder implica conocer primero la presión. La presión estaba siempre presente con los apóstoles del Nuevo Testamento. Muchas cosas se amontonaban sobre ellos que podían robarles permanentemente la paz. Pero Dios usó ese fenómeno para darles poder. Por el hecho de ser excesivamente presionados, no había nadie que tuviese tal poder como los apóstoles, pues la presión los llevaba a mirar hacia Dios.

Permítame preguntar: ¿cuán grande es la presión que hay sobre usted? Usted sólo puede medir su poder por la presión que recibe. El poder del vapor es medido por la presión de la caldera. De la misma forma, el poder de un creyente nunca puede ser mayor que la presión que él soporta. Si alguien desea saber cuán grande es su poder delante de Dios, necesita comprender que su poder no puede exceder la presión que recibe de Dios. Esta es una ley espiritual básica.

A veces usted ora: «¡Oh, Dios, dame poder!». ¿Usted sabe lo que realmente está pidiendo? Si Dios responde a su oración, ciertamente él lo pondrá a usted bajo presión, pues él sabe que el poder de la vida es generado por la presión de la vida. Una vida bajo presión es una vida con poder, mientras que una vida sin presión es una vida sin poder. Una gran presión en la vida produce un gran poder de vida, mas poca presión en la vida resulta en poco poder de vida. Sin embargo, el poder en discusión aquí es el poder de la vida y no el de otras fuentes.

Continuemos nuestra discusión

La reina Mary de Inglaterra dijo cierta vez: «No tengo miedo al ejército de Escocia; sólo temo la oración de John Knox». ¿Cómo oraba Knox? Él decía: «¡Oh Dios, dame Escocia o me muero!».

en lo que dice relación con la esfera moral y espiritual, y veamos cuán verdadero es el principio de «presión es poder».

La presión del pecado

¿Cuántos de nosotros tenemos alguna experiencia clara de vencer el pecado? ¿Quién entre nosotros conoce cómo la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos liberta de la ley del pecado y de la muerte? ¿Quién ha tratado explícitamente con el pecado y lo ha vencido? ¿Por qué tan pocos de nosotros somos libertados de la esclavitud del pecado? Puede ser debido tal vez a nuestra incapacidad de usar este principio: saber cómo usar la presión del pecado sobre nosotros; por el contrario, desmayamos bajo su presión. Fallamos por no usar esa presión para clamar a Dios y buscar su liberación. Cuán frecuentemente debemos ser presionados por el pecado hasta ese punto –presionados más allá de nuestra medida, de tal

forma que no podemos ayudarnos o salvarnos a nosotros mismos— antes que se vuelva real el tener poder para ir a Dios y recibir la victoria de Cristo. Entonces, seremos libertados.

Supongamos, por ejemplo, que un creyente, involuntariamente, diga frecuentemente mentiras. Un pequeño descuido, y una mentira escapará de su boca. Él no podrá vencer ese pecado si no tiene la conciencia de la impiedad de las mentiras, y le da dolor de mentir; tampoco sentirá profundamente que está bajo la opresión de las mentiras y que no tiene fuerza alguna para luchar contra ellas. Solamente cuando desee no cometer ese pecado es que él reconocerá cuán sometido está bajo su presión. En tal caso, luchar contra el pecado sólo aumenta cada vez más la conciencia de la opresión del pecado. Él todavía no puede hablar sin mentir y se va tornando cada vez más y más miserable.

¿Cuándo y cómo puede encontrar liberación de ese pecado? No antes de confesar, un día, que, no importa cuánto él intente, simplemente no puede vencer ese pecado, y siente

que sería mejor si estuviese muerto. Está tan consciente de la presión de ese pecado, que no puede soportarlo más. La presión en el momento es grande y suficiente, y por eso, el poder de vencerla se hace suficientemente grande también. Desde esa vez, él parece tener mayor poder por el cual puede ir a Dios y clamar por la liberación, como también mucha mayor capacidad para recibir la obra de Cristo. En seguida, dirá a Dios: «Oh, Dios, no puedo vivir si tú no me capacitas para vencer mi pecado por medio de la obra consumada del Señor Jesús». Cuando se allega a Dios de esa forma, él vence. ¿Ve usted cómo la presión del pecado le da poder para ir a Dios en busca de liberación?

Usemos otra ilustración: Un creyente es incomodado por pensamientos impuros. Él no tiene cómo refrenar esos pensamientos impuros. Él sabe que eso no está correcto, pero no consigue resistir ni tiene poder para orar a Dios. Él podrá intentar resistir e incluso hasta intentará orar, pero parece que está intentando sin mucha



dedicación. No existe poder. ¿Por qué? Porque él aún no sintió la presión del pecado y, por eso, no tiene el poder de la liberación. Pero si es perturbado por esos pensamientos, no sólo una o dos, sino un centenar de veces, y es vencido todo el tiempo, pese a sus esfuerzos, entonces sufrirá el dolor de la confesión y de las derrotas al punto de no poder soportar más la presión, ni siquiera por cinco minutos más. Es en ese momento que él recibe la fe como también el poder para vencer su pecado. En los días comunes, él no tiene ni fe ni poder. Pero cuando experimenta el poder de la presión, su fe parece acumular poder. Normalmente, su resistencia en el pasado era pequeña, pero ahora, después de haber aumentado tanto la presión, su resistencia se hace más poderosa.

Recordemos, por lo tanto, que la presión tiene como meta producir poder. Utilicemos la presión en nuestro diario vivir, para transformarla en poder a fin de progresar espiritualmente. Tenga en mente también que un creyente poderoso no posee ninguna medida extra de poder más allá del que nosotros mismos poseemos; él simplemente sabe cómo utilizar la presión sobre él y está decidido a hacerlo.

La presión de la necesidad

Un hermano me preguntó por qué su oración no tenía respuesta. Le respondí que era por no haber presión. Cuando preguntó por qué la presión era necesaria, yo le dije que era necesaria para que la oración tuviera respuesta. En verdad, yo siem-

pre hago esta pregunta a los hermanos: «¿Dios oye su oración?». La respuesta que generalmente recibo es esta: «Después de orar tres o cinco veces, el asunto es olvidado». ¿Por qué es olvidado? Porque los que olvidan no sienten la presión sobre sí. ¿No es extraño que frecuentemente sea ese el caso?

Si usted olvidó un asunto de oración, ¿cómo puede culpar a Dios por no acordarse? Naturalmente, Dios no le responderá si usted sólo pronuncia casualmente algunas palabras de oración. Muchos oran como si estuviesen escribiendo una redacción. Sería mejor que no orasen. La oración de muchos transgrede el primer principio de la oración, que no es fe ni promesa, sino necesidad. Sin necesidad no hay oración. No es de maravillar que las personas no reciban respuesta a sus oraciones. Para que Dios responda la oración de un creyente, él le dará primero alguna presión a fin de que sienta la necesidad. Entonces, el creyente se vuelve a Dios pidiendo una respuesta.

John Knox era poderoso en la oración. La reina Mary, de Inglaterra, dijo cierta vez: «No tengo miedo al ejército de Escocia; sólo temo la oración de John Knox». ¿Cómo oraba John Knox? Él decía: «¡Oh Dios, dame Escocia o me muerdo!». ¿Por qué él oraba de esa forma? Porque la presión dentro de él era muy grande. Sobre pasaba su capacidad; por eso, él la derramaba delante de Dios. La presión dentro de John Knox lo llevaba a hacer tal oración.

Usted no puede comprender por qué Moisés, en su época, oró de esta

forma: «Te ruego que ... perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito» (Éxodo 32:31-32). La razón era que Moisés estaba consciente de una necesidad y estaba tan oprimido por esa necesidad que prefería perecer si Dios no salvaba a los hijos de Israel. Por eso, Dios lo oyó.

La oración de Pablo era lo mismo: «Porque deseara yo mismo ... ser separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne» (Romanos 9:3). Él prefería no ser salvo si los hijos de Israel no eran salvos también. Tal palabra no es mera oración de la boca para afuera, tampoco una mera explosión emocional. Ella procede de un profundo sentimiento causado por la presión de la necesidad. Alguien puede imitar las palabras de oración de otro, pero la oración será ineficaz y sin utilidad porque no hay presión. ¿Quién orará diciendo que si Dios no le responde, él no se levantará? Si alguien tiene realmente ese sentimiento y esa palabra dentro de sí, su oración será oída. Usted también puede orar con esas palabras, pero lo esencial es que usted sienta la presión dentro de sí.

En Tsinan, había un muy buen hermano en el Señor. Él tenía un hermano en la carne que era también su compañero de escuela. Por causa de su fe, él era frecuentemente ridiculizado y hostilizado por su hermano. El año pasado, yo prediqué en esa escuela y tuve oportunidad de conversar con su hermano de carne y sangre, el cual, no obstante, permaneció indiferente. Ahora, este buen herma-

no acostumbraba testificar en la escuela y asumir el liderazgo entre los hermanos allí. Pero, por algún tiempo, él dejó de testificar y su rostro se puso triste. Por eso, los otros hermanos me informaron de su condición. En verdad, temían que él hubiese apostatado. Fui requerido para ayudarlo.

Yo me encontré con él algunas veces; sin embargo, en cada ocasión él se alejaba después de intercambiar unas pocas palabras. Yo estaba realmente confundido. Otro hermano me contó que ese joven hermano le había dicho la razón de por qué ya no testificaba: mientras su hermano de carne no fuese salvo, él no testificaría por el Señor. En la noche de la última reunión, hablé con él nuevamente, y le pregunté, a quemarropa, por qué él actuaba de esa manera. Él respondió que si Dios no salvaba a su hermano, no testificaría más. Yo sabía cuán honesto era él, y que estaba realmente preocupado por su hermano. Sabía también que él debía tener una carga especial en el corazón por su hermano y que estaba bajo una tremenda presión.

Sólo podía haber dos explicaciones: o eso era el enemigo que lo engañaba y hacía que desfalleciese y no trabajase por el Señor, o, entonces, Dios iba realmente a salvar a su hermano. Si Dios le dio tal presión y lo llevó a orar con esa intensidad, entonces su hermano sería salvo. La presión sobre él era tan grande, más allá de su capacidad, por eso él tuvo esa reacción tan particular.

Después de volver a casa, recibí una carta trayendo las buenas nuevas

de que el hermano de aquel joven fue finalmente salvo. No mucho después de yo haber dejado la escuela, el hermano de aquel joven cayó muy enfermo, y, durante la enfermedad, aceptó al Señor ¡y fue sanado!

La experiencia de ese joven nos muestra un principio: Dios, antes de responder nuestras oraciones, frecuentemente pone una gran presión sobre nosotros para llevarnos a orar. Anteriormente no teníamos poder en la oración, pero ahora, con tal presión, somos capaces de orar. Cuanto mayor sea la presión de Dios, más poderosa se vuelve nuestra oración. Aprendamos esta lección: la presión produce poder. El propósito de la presión no es destruirnos, sino ser utilizada por nosotros para transformarla en poder.

Podemos, así, entender por qué algunas oraciones son respondidas y otras no. ¿Por qué Dios frecuentemente oye oraciones por cosas grandes, mientras que no oye oraciones por cosas pequeñas? ¿Por qué Dios oye nuestras oraciones por nuestros seres queridos, amigos o colaboradores, cuando están peligrosamente enfermos, pero no oye inmediatamente nuestras oraciones cuando tenemos dolor de cabeza, resfriado o algún achaque? Ya lo dije y lo voy a repetir: cualquier oración que no nos mueve, no puede mover a Dios. Eso está relacionado con el poder, y el poder es determinado por la presión.

¿Por qué Dios permite que muchas dificultades, callejones sin salida y hechos inevitables lleguen a noso-

tros? Por ninguna otra razón que no sea llamarnos a utilizar tal presión y tornarnos poderosos en la oración. Nuestro fracaso está en no saber cómo hacer uso de la presión para transformarla en poder.

Debemos saber que todas las presiones tienen un propósito. Sin embargo, no debemos esperar hasta que la presión se haga excesivamente insoportable antes de orar. Debemos aprender a orar sin presión como también con presión. Si hay presión, utilicemos cada una, transformándola en poder. Haciendo así, reconocemos que siempre que la presión surja, Dios va a manifestar el poder de resucitar a los muertos. No existe poder mayor que el poder de la resurrección. Y cuando estemos oprimidos más allá de toda esperanza, experimentaremos el poder de su resurrección fluyendo dentro de nosotros.

¿Cuántas veces en su vida sus oraciones han sido respondidas? Sin duda, usted debe haber recibido respuesta a sus oraciones por lo menos algunas veces. ¿Por qué esas pocas oraciones fueron respondidas? ¿No fue porque usted sintió la presión y, por ser ésta tan grande, usted derramó su corazón delante de Dios? Tal vez nunca usted ayunó antes, pero en aquel día particular, usted no pudo hacer nada sino ayunar. Usted sintió que estaba siendo presionado a ir delante de Dios y no consideraba más la oración como una carga; por el contrario, la oración para usted se convirtió, aquel día, en un medio para vaciar una carga.

* * *

(Continuará)

Tal como soy



Hace años, en Londres, había una gran concurrencia de personas eminentes, y entre los invitados estaba un famoso predicador de aquella época, César Milán. Una señorita tocó y cantó agradablemente, y gustó a todos. Después de la música, el predicador se acercó a ella y con mucha afabilidad, tacto y a la vez con intrepidez, dijo: “Pensaba mientras le escuchaba esta noche, cuán grandemente beneficiada sería la Causa de Cristo, si sus talentos fueran dedicados a ella. Señorita, debe usted saber que es tan pecadora a la vista de Dios, como un borrachín en la calle o una ramera en la casa de prostitución. Pero me alegro al decirle que la sangre de Jesucristo, su Hijo, la puede limpiar de todo pecado”.

La señorita, coléricamente, le reprochó lo que ella llamó presunción, y él insistió: “Señorita, no quiero ofenderla. Ruego que el Espíritu de Dios le convenza”.

Volvieron a sus casas. La señorita se acostó pero no pudo dormir. El rostro del predicador aparecía ante ella y sus palabras resonaban en su mente.

A las dos de la mañana, saltó de la cama, tomó papel y lápiz, y con lágrimas que corrían por sus mejillas, Carlota Elliot escribió su famoso poema:

*Tal como soy de pecador,
sin más confianza que tu amor,
ya que me llamas, acudí;
Cordero de Dios, heme aquí.*

*Tal como soy, me limpiarás;
perdón, alivio me darás;
pues en tu sangre ya creí;
Cordero de Dios, heme aquí.*

Billy Graham, en *Paz con Dios*.

Semblanza de Philipp Jakob Spener, considerado el padre del pietismo.



Profeta de la piedad

En cada generación, Dios ha tenido un remanente que se ha esforzado en restaurar la verdadera fe según el modelo apostólico. La Alemania del siglo XVII fue el hogar de algunas de tales personas, conocidos como los *pietistas*. Ellos ora-

ban y anhelaban ver la iglesia restaurada a su pureza y poder original.

La visión y los sueños de estos cristianos auténticos tienen una voz profética en el ministerio de Philipp Jakob Spener, considerado el padre del *pietismo*.

El pietismo es un movimiento del siglo XVII y XVIII, principalmente dentro del protestantismo alemán, que buscó complementar el énfasis en los dogmas de los círculos protestantes ortodoxos, concentrándose en «la práctica de la piedad», basada en la experiencia interior y expresándose en una vida de compromiso religioso.

Sin embargo, en un sentido amplio, el pietismo no era algo nuevo. Puede remontarse con discernible continuidad hasta los padres antiguos (Macario, Efraín Syrus, Gregorio de Niza) y la devoción moderna de la Edad Media tardía (Nicolás de Cusa, Tauler). Antes de Spener, destellos más tempranos del pietismo fueron manifiestos en teólogos protestantes como Johann Arndt (1555-1621), cuya obra iba a contribuir mucho al movimiento pietista posterior.

La época

Nacido en 1635 en un hogar cristiano practicante, Spener creció en los días subsiguientes a la Guerra de los Treinta Años. El historiador Fred E. Stoeffler ha dicho: «Es difícil sobrestimar el efecto catastrófico de la Guerra de los Treinta Años en el pueblo alemán. Con el país a merced de la soldadesca europea, la destrucción fue tal que aldeas enteras e incluso ciudades simplemente desaparecieron».

Esta guerra fue sólo una manifestación de la relación fatal entre la iglesia y el Estado en ese tiempo. En el siglo XVI los reformadores se habían vuelto a los príncipes alemanes, como «los miembros principales de la

iglesia», para que intervinieran en la reforma de la iglesia en sus tierras. Este movimiento fue considerado necesario porque, en ese momento, los movimientos religiosos divergentes fueron sistemáticamente exterminados por ejércitos fieles a la Iglesia de Roma. De hecho, si los líderes de la Reforma no hubieran tenido los ejércitos de nobles europeos a su favor, probablemente habrían corrido la suerte de los movimientos disidentes anteriores, como el genocidio de los albigenses y los valdenses.

Es difícil para el lector moderno apreciar cómo habrá sido la vida en una época cuando la tolerancia religiosa era algo inaudito. Sin embargo, fue este hecho el que originalmente provocó la asociación con el Estado. Por desgracia, esta apelación a la ayuda estatal llevó con el tiempo a una condición de control permanente. En la segunda mitad del siglo XVII, muchos de los gobernantes sólo eran miembros nominales de la iglesia, aunque ellos sostenían la legislación eclesiástica firmemente en sus manos, y también eran quienes elegían a aquellos que cumplían funciones en la iglesia.

La iglesia y Estado estaban unidos de tal manera que el Estado controlaba la iglesia, y los ministros de la iglesia se hicieron funcionarios del Estado. Un ejemplo de la intromisión estatal en la iglesia era el requisito legal de que todos asistieran a la iglesia y pagaran diezmos. No sorprende que este estado de cosas condujese a una participación superficial en la iglesia. Otra característica lamentable fue la terrible cacería de herejes y la

caza de brujas, que a menudo envolvía y embrutecía a un territorio dado.

El concepto del Estado cristiano también había eliminado la evidente necesidad de convertir a los perdidos. Se suponía que la mayoría, si no todos los que estaban en la iglesia, eran auténticos cristianos. Tal era el mundo cristiano en los tiempos de Spener.

La infortunada relación entre la iglesia y el Estado no era el único factor que llevaba al aumento de la cristiandad nominal. La teología luterana y práctica eran problemáticas en este tiempo, como testifican muchos además de Spener.

En los seminarios, los estudiantes eran entrenados para hacer teología en latín, como había sido la norma a través de centenares de años. «Dispu-



tas» o debates con otras escuelas de teología eran la orden del día. Estas disputas no sólo se hacían contra los reformados, anabaptistas y católico-romanos, sino también contra otros luteranos. Ellas podían llevarse a cabo personalmente o por escrito, y tendían a ser más y más injuriosas. El clero, que había sido entrenado de esta manera, traía estas disputas también al púlpito. Muchos sermones eran ataques sarcásticos y mordaces sobre las ideas del rival, detalladas a menudo con citas del latín, que las personas no entendían ni les interesaban. Esta forma de enseñanza –árida, no bíblica, e inaplicable– fue comparada por algunos a la teología erudita o escolástica, que la Reforma había exigido reemplazar.

En la vida de la iglesia, una distinción rígida entre el clero y el laicado suele ser desmotivadora para los laicos, sobre todo cuando el simple creyente no siente que puede hacer algo de importancia. Sin embargo, no sólo esta distinción era mantenida tan firme como siempre, sino también eran evidentes otras distinciones de clase. Theodore Tappert explica: «Las distinciones de clase eran manifiestas en las iglesias, donde lugares elevados y alfombrados eran reservados para las clases altas, mientras la gente vulgar se sentaba en bancas duras en medio de la nave central».

Stoeffler agrega: «Algunas de las familias nobles de Sajonia no bautizaban a sus niños en la iglesia, porque esto significaba hacerlo con la misma agua usada para otros niños».

Habría habido interés por el creci-

miento espiritual, si se hubiese permitido el ministerio al creyente común durante este periodo. Stoeffler resume la situación: «La idea popular dentro de las iglesias territoriales era que un cristiano es alguien que ha sido bautizado, que mantiene alguna conexión formal con la Iglesia haciendo por lo menos uso ocasional de los medios de gracia –la comunión, la Palabra, y el bautismo– y que cree en general las verdades mostradas en los símbolos doctrinales de su comunión y adhiere a sus formas de liturgia».

La situación global entonces, en Alemania y gran parte de Europa, a nivel espiritual, era de apatía gene-

dad de avanzar desde las fórmulas estériles sobre Dios a una experiencia más íntima con él».

Vida

Philipp Jakob Spener nació en Rappoltsweiler, Alsacia Superior,¹ en el seno de una familia aristocrática de convicciones luteranas profundas.

Una temprana influencia la recibió Spener del pastor de la parroquia, Stoll, un luterano estricto con inclinación práctica.

Tras un breve tiempo en la escuela primaria de Colmar, se trasladó a Estrasburgo en 1651. Siendo un estudiante agudo, a la edad de 16 años entró a la Universidad. Allí estudió

La situación global, a nivel espiritual, era de apatía general. Las disputas entre teólogos habían disipado el interés de la gente, y la cristiandad misma se había desacreditado por la violencia de las guerras religiosas.

Las disputas entre teólogos habían disipado el interés de la gente, y la cristiandad misma se había desacreditado por la violencia de las guerras religiosas.

Sin embargo, aunque las personas estaban cansadas del fanatismo asesino, la religión formal imperante no estaba satisfaciendo a nadie. Este hecho es atestiguado por muchos escritos de este periodo, que lamentan el triste estado de la iglesia. Como alguien ha declarado: «De hecho, el pietismo alemán no fue sino una cuerda en una sinfonía de variaciones sobre un tema común – la necesi-

bajo eruditos luteranos bien conocidos, sobre todo J. C. Dannhaur, que lo hizo leer los trabajos de Lutero. Spener se impresionó tanto con Lutero que él decía después que ningún otro autor desde los tiempos bíblicos le fue tan aclarador. Se puede decir con toda propiedad que Spener recibió su material ortodoxo (incluyendo su eclesiología) de Lutero, a través de Dannhaur.

Cuando se acercaba a la culmina-

¹ Alsacia es un espacio transfronterizo situado entre Francia, Alemania y Suiza. La Alsacia Superior actualmente corresponde al Noreste de Francia, pero entonces era parte de Alemania.

ción de su educación «se volvió progresivamente más bíblicamente orientado y sus escritos teológicos son cada vez más exegéticos y prácticos. Aun siendo contemporáneo de Hobbes, Lock, Spines, Bacon, Descartes y otros, que estaban causando una revolución filosófica, Spener casi no tomó nota de sus obras filosóficas».

Spener obtuvo su grado de Doctor (1653), mediante una disputa contra la filosofía de Thomas Hobbes.

Después de su graduación, Spener tomó los acostumbrados dos años de viaje. Visitó las universidades de Basel, Tübingen y Ginebra, y comenzó el estudio de la heráldica, que continuó a lo largo de su vida. Una parada interesante en sus jornadas estuvo en Ginebra, donde conoció al místico francés carismático, Jean de Labadie. Labadie más tarde se volvió un místico extremista, y un separatista revolucionario contra la iglesia establecida.

Spener volvió a Estrasburgo en 1663, donde fue designado predicador sin obligaciones pastorales. Allí llegó a ser tutor privado de los príncipes Christian y Charles del Palatinado, y disertó en la universidad sobre filología e historia.

En 1670 fue invitado a ser el pastor principal en la Iglesia Luterana en Frankfurt. Allí fundó grupos de estudio bíblico y devoción que él llamó «escuelas de piedad», y que dio origen y nombre al *pietismo*.

En 1675, cinco años después de empezar este «experimento», escribió un prólogo a una colección de sermones de Johannes Arndt (1555-1621), autor que conocía de la biblioteca en

su casa paterna, y cuyo *Cristianismo Verdadero* debió leer y releer hasta convertirse en su favorito. El título de la introducción era *Pia Desideria* (Anhelos Piadosos) –que más adelante resumimos–; y en pocas semanas este notable pequeño tratado produjo una reacción asombrosa a través de gran parte de Europa.

En 1686 aceptó la invitación a la primera capellanía judicial en Dresden, entonces una posición muy importante en el luteranismo alemán. Pero el Elector John George III, por cuyo deseo personal le había sido ofrecido el puesto, pronto se ofendió por la temeraria escrupulosidad con que su capellán asumía sus deberes pastorales.² Spener se negó a renunciar a su puesto, y el gobierno de Sajonia dudó en despedirlo.

Por eso, Spener aceptó feliz una invitación para ser el preboste de la Iglesia de St. Nicholas en Berlín en 1691. Aquí, fue apoyado ampliamente por el príncipe Federico III de Brandenburgo-Prusia y, como resultado, ejerció mucha influencia sobre las condiciones de la Iglesia. A causa de su ascendiente, la nueva Universidad de Halle, fundada por el elector en 1694, llegó a ser el centro del pietismo. En ella estudiaron prominentes cristianos, como el conde Von Zinzendorf.

En toda su larga vida, Spener se vio expuesto a ataques y abusos de los teólogos luteranos ortodoxos; con los años, sus antagonistas se multiplicaron y el movimiento que él había creado sirvió cada vez más como

² Ver más detalles en «El Pietismo», pág. 87 de esta misma edición.

tema para la crítica hostil. En 1695 la facultad teológica de Wittenberg lo acusó por 264 errores, y solamente su muerte lo liberó de estos feroces conflictos.

Mientras el pietismo siguió los caminos trazados por Spener y su discípulo August G. Francke, produjo resultados beneficiosos. Sin embargo, en la expresión subjetiva de todo el movimiento, estuvo expuesto desde el principio a muchos abusos. Degeneró a menudo en fanatismo, presuntas profecías, visiones, y estados místicos (ej., 'sudores de sangre'). Este pietismo decadente llevó a la formación de varias comunidades independientes, algunas abiertamente fanáticas.

Pensamiento

Spener era un hombre de visión y dirección prácticas. Tenía una buena comprensión de las necesidades de las iglesias, y de cómo remediarlas. Conceptos que hoy son considerados nuevos e innovadores en muchos círculos cristianos, fueron mostrados por este antiguo profeta alemán.

Al igual que la mayoría de los pietistas del siglo XVII –aunque más de alguien sostiene que Spener mismo no era un pietista, pues no cargó con los defectos de los pietistas posteriores (ciertas prácticas legalistas y separatistas)–, era un luterano convencido de que las enseñanzas de Lutero habían producido una iglesia reformada sólo a medias. Alemania estaba llena de cristianos profesantes que habían sido instruidos académicamente sobre la salvación a través de la fe, pero todavía faltaban los fru-

tos santos de la fe. Spener vio que muchos carecían de todo amoroso temor y devoción por el Señor Jesús. Un espíritu de presunción había entrado en la iglesia, causando que muchos tomaran con descuido la gracia de Dios.

Apenas llegado a Frankfurt, en 1670, Spener empezó a reunir pequeños grupos de creyentes que, como él, no estaban satisfechos con una religión sin vida. Se reunían con el fin de estudiar la Biblia, orar y velar unos por otros. «En poco tiempo estas reuniones se extendieron a lo largo de la ciudad. Personas interesadas en la edificación espiritual formaban células y se reunían para promover la piedad cristiana y la devoción seria».

Spener no consideraba estas reuniones como una nueva iglesia, sino como una extensión de la Reforma al interior de las iglesias reformadas. Ellos alentaron la formación de «grupos celulares», pequeñas iglesias dentro de la Iglesia. «Los pietistas en los Países Bajos fueron los primeros en usar el término 'Huis Kerk' –iglesia hogareña– para sus reuniones de renovación».

En ellas, Spener daba expresión a las cargas de su corazón. Con gran celo, predicaba el arrepentimiento, denunciaba la apostasía de la Novia de Cristo de su primer amor, y anunciaba un sólido mensaje enfatizando el mandato bíblico del carácter santo y la vida santa.

Pia Desideria

Su pensamiento está muy bien desarrollado en su obra más conocida: «*Pia Desideria*», escrita por este

tiempo en Frankfurt, la cual, pese a su brevedad, plantea un programa completo para el desarrollo de la piedad.

Este pequeño libro, publicado originalmente –como se ha dicho– como un Prólogo a una edición de sermones de Arndt, tiene algunas cualidades muy especiales, como describe Aland: «Spener permanece totalmente en la corriente de una tradición, aunque con los medios a nuestra disposición no es posible demostrar con certeza cuándo él realmente dependía de ella. Esto es evidente ... Spener representa un fenómeno único. Innumerables libros sobre el mismo tema se escribieron antes y después de Spener. Sin embargo, ninguno de ellos se acerca siquiera a *Pia Desideria* en la concisión y claridad de su pensamiento y el logro de su propósito. Todas las ideas y las propuestas para una reforma de las condiciones existentes habían sido presentadas una y otra vez antes de él. Pero sólo Spener fue capaz de reunir las de la manera en que las encontramos en *Pia Desideria*».

Pia Desideria contiene el resumen más claro de la teología de Spener. Él empieza con una introducción que advierte al clero que ellos no tendrán que responder a Dios por cuán hábiles fueron en ganar debates. «En cambio, seremos interrogados de cuán fielmente y con qué corazón de niños buscamos extender el reino de Dios; con qué enseñanza pura y piadosa y con qué digno ejemplo intentamos edificar a nuestros oyentes en medio del menosprecio del mundo». El modelo de Spener de mirar más

allá de lo externo y superficial, hacia las realidades espirituales que están detrás de la situación, es inmediatamente claro.

Después de la introducción, la primera sección contiene un extenso lamento por la condición de los tres estamentos de la sociedad luterana alemana. Del primer estado, la nobleza, él se queja de que ellos no usan su autoridad gubernamental en interés a edificar una sociedad cristiana. ¡Cuántos de ellos hay que no tienen preocupación alguna por lo espiritual, que no tienen nada que ver sino con lo temporal!

Como ya se mencionó, la relación entre la iglesia y el Estado era estrecha en aquellos días, y él no veía nada malo en esto, salvo el hecho de que la nobleza no estaba cumpliendo con su deber.

Del segundo estamento, el clero, su crítica principal es que ellos habían reemplazado la simple y clara predicación del evangelio con un interés morboso en la crítica polémica. Una fuente de esto era la educación unilateral y poco práctica que los ministros recibían en el seminario.

«Cuando las mentes de los hombres se llenan con tal teología que, aunque conserva la fundación de fe de las Escrituras, construye con tanta madera, heno y hojarasca de curiosidad humana de modo que ya no se ve el oro, se vuelve sumamente difícil de asir y encontrar placer en la simplicidad real de Cristo y su enseñanza. Esto es así porque el gusto de los hombres se acostumbra a las cosas más encantadoras de la razón, y después de un tiempo la sencillez de

Spener tenía una buena comprensión de las necesidades de las iglesias, y de cómo remediarlas. Conceptos que hoy son considerados nuevos e innovadores en muchos círculos cristianos, fueron mostrados por este antiguo profeta alemán.

Cristo y su enseñanza parece ser insípida. Tal conocimiento que permanece sin amor, envanece (1ª Corintios 8:1). Deja al hombre en el amor de sí mismo; de hecho, cría y fortalece tal amor cada vez más. Allí se originan usualmente las sutilezas desconociendo las Escrituras, en el caso de aquellos que las introducen, en un deseo de exhibir su sagacidad y su superioridad sobre otros, para tener una gran reputación y obtener beneficios de ello en el mundo. Ellos apenas pueden guardar lo que toman y lo comercializan por lo que les da mayor placer, y por lo general se concentran en lo que no es edificante para sus oyentes que requieren salvación».

Finalmente, del tercer estado, los campesinos y la burguesía, Spener deplora la falta de moralidad bíblica.

Los ejemplos que él cita incluyen la presencia de los mendigos y otros pobres que son ignorados por aquellos cristianos bebedores, alborotadores y superficiales en la observancia de las ordenanzas de la iglesia: «Esto lleva a muchas personas a la condenación y aun fortalece una concepción falsa e ilusoria de lo que constituye la verdadera fe. Hay muchos que piensan que esto es todo el cristianismo, y así ellos han hecho bastante si se han bautizado, han oído la Palabra divina en los sermones, se han confesado, han recibido la absolución y han tomado la Santa Comunión».

La denuncia de Spener de todas las formas del pecado es completa. Él no cree en el perfeccionismo. En la siguiente sección de *Pia Desideria*, anticipa una visión de una iglesia luterana reformada. «Si alguno quiere buscar la perfección, debe abandonar esta vida por la próxima. Sólo allí se puede encontrar la perfección, pero nosotros no podemos esperar tenerla antes de la eternidad».

Por otro lado, él resume lo que le gustaría ver: «Sabemos muy bien que un campo del trigo nunca puede ser hallado tan limpio que no haya una sola cizaña en él. Si nosotros avanzamos al punto en que la iglesia está no obstante libre del escándalo público y nadie que vive en escándalo queda en la iglesia sin graves aprensiones y aun la exclusión, los verdaderos miembros de la iglesia comprenden el grado de perfección y dan mucho fruto».

¿Cómo iba a corregir estas deficiencias la iglesia luterana? En respuesta a esta pregunta, Spener pre-

sentó una serie de propuestas en la tercera sección de *Pia Desideria*.

«Primero, debe haber más atención en el conocimiento de la Palabra no sólo por parte del clero, sino también de los laicos. Ellos deben ser enseñados a leerla privadamente, y el clero debe leerla y debe explicarla públicamente».

Es en relación con esto que Spener plantea dos de sus propuestas más dramáticas y de su alcance – que la iglesia renovara el énfasis de Lutero en el sacerdocio de todos los creyentes, y que ellos lo hiciesen así a través de la iniciación de la «escuela de piedad». Estas eran pequeñas reuniones interactivas de cristianos laicos que se abocaban a la exposición de la Biblia, la exhortación y la oración. El formato de reunión descrito en 1ª Corintios 14 fue subrayado como el modelo para las reuniones en las casas.

«Quizás sería útil volver a la antigua forma apostólica de reunirse la iglesia, que conduce a la madurez del pensamiento. Además de los sermones de costumbre, sostener otras reuniones de la misma manera que describe Pablo en 1ª Corintios. En lugar de una sola persona levantándose para enseñar, lo cual puede ser hecho en otros momentos, también pueden contribuir otros que han sido bendecidos con talentos y visión. Ellos podrían expresar sus pensamientos piadosos que podrían ser instructivos para los demás acerca de las materias discutidas, sin desorden ni contiendas. El aporte de cada uno sería examinado por el resto, sobre todo por aquéllos cuyo ministerio es la ense-

ñanza, acerca de la conformidad con el intento del Espíritu Santo en las Escrituras y así el grupo entero sería edificado».

De hecho, en las reuniones hogareñas propuestas por Spener, todos tenían ocasión de expresar su sentir y hacer preguntas. Él enseñaba que «los creyentes no son pasivos en materias espirituales, sino que tienen una responsabilidad en la mutua edificación en la fe».

Spener sostenía que este tipo de disposición era necesario, puesto que la gente no estaba aprendiendo la Biblia a través de las acostumbradas reuniones de domingo.

«Ahora, si alguien reúne todos los textos que se han presentado en muchos años, uno tras otro, a una congregación, habrá sólo una parte pequeña de la Escritura que ha sido expuesta. La congregación no oye el resto en absoluto, u oyen sólo unos pocos dichos o directivas mencionados en el sermón, sin poder entender toda su importancia aunque haya algo importante en ellos. La gente tiene poca oportunidad de asir la comprensión de las Escrituras en otra forma después que el texto les ha sido interpretado. Ellos tienen menos ocasión de usar las Escrituras como su edificación requiere».

También era necesario establecer lo que Lutero había llamado el «sacerdocio espiritual» como una realidad, en lugar de letra muerta. Esto debe hacerse porque una de las razones prioritarias por las cuales el ministro no puede lograrlo todo ni puede llevar a cabo lo que debería ser fácil, es que él es demasiado débil sin

la ayuda del sacerdocio universal de todos los creyentes. No es suficiente cuando normalmente sólo a uno se le confía el logro de todo lo necesario para la edificación de las personas bajo su cuidado.

La cuarta propuesta tiene que ver con la vida moral de las personas. Aquí, Spener clama por la enseñanza y advertencia clara con respecto a amar a Dios y a nuestros semejantes. «Cuando nosotros despertamos un amor ferviente entre cristianos –primero unos a otros, luego hacia todos los hombres– ambos (el amor de hermanos y el amor a la humanidad) deben seguir uno al otro (2ª Pedro 1:7) – y llevarlo a la práctica, entonces casi todo lo que nosotros deseamos es cumplido».

Los cambios en la conducta durante el ejercicio de las ‘disputas’, son la quinta parte del programa de Spener. Él concordaba con Arndt que no toda discusión es útil, pero sentía que «los líderes no deben abandonar del todo la práctica del debate, porque la defensa de la verdad pura, y también la discusión que es parte de su defensa, debe mantenerse en la iglesia así como otras funciones ordenadas para la edificación de la iglesia. Cristo, los apóstoles, y sus seguidores destacan como ejemplos benditos que también disputaron, refutaron poderosamente los errores y defendiendo la verdad. Por otro lado, aquéllos que rechazan y condenan este uso necesario de la espada espiritual de la Palabra divina podrían exponer a la iglesia cristiana al mayor peligro, en tanto que debería ser usada contra la falsa enseñanza».

Sin embargo, ellos debían observar un comportamiento amoroso y no debían ofender a sus antagonistas. Él pensaba que ellos debían comprender las limitaciones de las discusiones, y aceptar aquellas de otras confesiones cristianas. Por último, los disputadores debían practicar el amor y las buenas obras para confirmar sus argumentos.

La quinta propuesta trataba de corregir las deficiencias en el clero. Spener creía que los seminarios debían escoger sólo a estudiantes moralmente calificados. Debía haber un esfuerzo por averiguar lo que habían sido sus vidas antes de ser admitidos. Una vez allí, los maestros debían supervisar las vidas de los estudiantes, insistiendo en la piedad además de la erudición. Debían abandonar las fiestas, las bromas y el escándalo, y aun exhibir certificados del seminario declarando que el graduado estaba calificado para ministrar debido a su vida piadosa.

Él sentía que las discusiones debían ser tarea de sólo algunos en el seminario, y que la prioridad del enfoque era saber enseñar la fe en alemán a su pueblo. Así, el objetivo del seminario debería ser producir predicadores prácticos, no ociosos intelectuales.

Para adiestrar el caminar privado de los estudiantes, Spener recomendaba libros de místicos medievales tardíos como *La Teología Alemana*, de Tauler, y la *Imitación de Cristo*, de Kempis. Estos libros, junto con la Biblia, son los que, según Spener, probablemente hicieron de Lutero lo que él fue. El propio libro de Arndt también es de la clase deseada.

Finalmente, la sexta propuesta es que, existiendo el clero, debería predicar mensajes planeados para confirmar la fe y fructificar en los oyentes. No deberían diseñarse para mostrar cuán conoedor era el predicador, sino para edificar moralmente. En otras palabras, los sermones debían ser prácticos, tanto al enfocar el cambio interior, así como el exterior. Ningún mensaje debería carecer de aplicación.

Por último, Spener da una breve introducción literaria y bibliográfica al volumen de los sermones de Arndt. Él comenta que: «En estos escritos espiritualmente enriquecedores, él (Arndt) ha dirigido todo al verdadero centro, a la persona interior».

Efectos de su obra

Como resultado de sus esfuerzos de renovación, fue severamente difamado y perseguido, literalmente acosado por toda Alemania. Cuando huía de ciudad en ciudad, surgían nuevas iglesias en las casas, reavivando la seca y formal iglesia luterana.

Spener era claramente luterano en su soteriología,³ no obstante, luchó por una forma de santificación motivada en el corazón (un movimiento de progresión espiritual distinto de la justificación) en la vida cristiana.

A causa de esto, Spener ha sido etiquetado como un calvinista, así como acusado de reintegrar «la justicia por obras», pero él mantuvo siempre la soteriología del «querido Lutero»: «Nosotros reconocemos alegre-

mente que debemos ser salvos sólo y exclusivamente a través de la fe y que nuestras obras o la vida piadosa no contribuyen mucho ni poco a nuestra salvación, porque como fruto nuestras obras se conectan con la gratitud que debemos a Dios, que ya nos ha dado a quienes creemos el don de la justicia». Así, Spener mantuvo la justificación forense (una visión legal, sustitutiva, de la expiación), pero intentó ir más allá para explicar más explícitamente lo que la unión con Cristo significa realmente para los que viven la vida cristiana.

No obstante la fidelidad de Spener a la teología luterana, sus seguidores –los pietistas– fueron criticados por su énfasis en las buenas obras como prueba de fe salvadora, y condenados a causa de su indiferencia a la autoridad centralizada manifiesta en sus reuniones de piedad.

Con enemigos formidables, como Johann Benedict Carpzov, Spener fue llevado de Frankfurt a Dresden, y Francke de Leipzig a Halle. Sin embargo, los pietistas generalmente eran indiferentes a su estado marginal; ellos se veían a sí mismos como fermento en la iglesia y la sociedad y estaban satisfechos con semejante papel.

El entusiasmo de Spener por la reforma de la Iglesia Luterana de la cual nunca quiso disociarse, y su insistencia en la vida religiosa interna del individuo, tuvieron una influencia profunda y beneficiosa en el protestantismo alemán. Aunque muchos de sus escritos eran respuestas a la ortodoxia escolástica, eran más una

³ Doctrina acerca de la Salvación.

reacción a un estilo de teología, un estilo estéril, polémico y demasiado racionalista. Sin embargo, él no discrepaba con el contenido de esta tradición teológica «ortodoxa». De muchas maneras, Spener construyó sobre ella, con un énfasis en la aplicación pastoral de la doctrina, para el cultivo de una fe viva y activa en la vida de sus feligreses.

Influencia posterior

Sin duda, Spener es uno de los grandes y olvidados restauradores de la Iglesia. Aunque ignorado, él nos ha tocado a todos a través de aquellos que él influyó personalmente.

Uno de sus discípulos fue August Herman Francke (1663-1727), quien inspiró al famoso George Muller a

mantener a los huérfanos a través de la fe simple y la oración. Él también impactó al joven conde Zinzendorf (1700-1760) con su poderosa enseñanza y visión de una iglesia apostólica restaurada.

A su vez, el conde Zinzendorf guió el gran esfuerzo de la misión morava para evangelizar el mundo. Incluidos en aquellos ganados para Cristo por los moravos estuvieron John y Charles Wesley (1703-1791 y 1707-1788). El ministerio de Spener realmente ha impactado el mundo en el que vivimos. La meta de todos sus esfuerzos era tener, en su día, la Iglesia que reflejara la temprana comunidad cristiana apostólica.

Spener fue un escritor prolífico. La lista de sus trabajos publicados comprende siete volúmenes.

* * *

Un toque

Pocas cosas comunican la aceptación y el calor como un toque. Aun el niño conoce su valor. Una noche una madre entró en el cuarto de su hija para consolarla durante una tormenta. Le dijo: "No te preocupes; Jesús está aquí para protegerte". Su hija respondió: "Está bien; quédate tú aquí a dormir con Jesús, y yo me iré a dormir con papá". Esa niña quería sentir un toque.

Es muy apropiado que la encarnación nos haya traído al Siervo-Rey para tocarnos y permitir que lo tocáramos a él.

Gayle D. Erwin, en El Estilo de Jesús

Gratitud

Una vez cuando el evangelista D. L. Moody estaba en Nueva York, R. K. Remington le ayudó mucho. Al tomar el tren, el señor Moody tomó en las suyas una mano de su amigo y le dijo:

– Si alguna vez va a Chicago, visíteme; y trataré de corresponder a su bondad.

El Señor Remington replicó:

– No me espere; hágalo con la primera persona que se cruce en su camino."

Tomado de La gracia de dar, de Stephen Olford

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada.



El pietismo

La necesidad de nacer de nuevo

Rodrigo Abarca

A mediados del siglo XVII, el ímpetu de la iglesia luterana había decaído notablemente en Alemania. El fuego inicial de la

Reforma había devenido progresivamente en una tibia religión institucionalizada. El fervor espiritual había cedido su lugar a una ortodoxia fría y

altamente intelectualizada. La fe se convirtió, por obra de teólogos posteriores a Lutero, en poco más que una serie de verdades doctrinales en forma de proposiciones teológicas, transmitidas de una generación a otra. Y también, en materia de un debate interminable con otros credos y confesiones protestantes.

El cristianismo auténtico era considerado como mera corrección doctrinaria y sacramental, sin importar la condición espiritual y moral de los creyentes. El papel de los así llamados «laicos» era meramente pasivo, y se reducía a aceptar los dogmas de la iglesia y recibir los sacramentos. Esa era la «suma» de la vida cristiana en aquellos días. A todas luces, se trataba de un territorio demasiado árido para el desarrollo de la vida interior del Espíritu. En consecuencia, el estado espiritual de los creyentes era, en general, muy deplorable.

El *pietismo* fue una reacción contra este estado de cosas al interior de la iglesia luterana. Los pietistas no rechazaban la reforma ni la teología de Lutero; más bien las consideraban incompletas. Acostumbraban llamar a la ortodoxia luterana una «ortodoxia muerta», porque no revelaba ninguna realidad espiritual. De hecho, uno de sus lemas favoritos era: «Mejor una herejía viva que una ortodoxia muerta». Por ello, ponían un gran énfasis en la necesidad de una fe viva y real, experimentada en el corazón, que hiciera diferencia visible entre el cristianismo verdadero y el falso.

En verdad, debían lidiar con la pesada herencia de Lutero y su iglesia estatal de Alemania, donde era

imposible distinguir entre creyentes y no creyentes. Los pietistas buscaron celosamente hacer visible la auténtica iglesia de Cristo y distinguirla de los falsos creyentes.

Para lograr su objetivo, siguieron un camino propio y original. Se negaron a separarse de la iglesia luterana e intentaron reformarla desde adentro. Intentaron aproximarse lo más posible al modelo de iglesia del Nuevo Testamento, creando una especie de «pequeña iglesia dentro de la iglesia» (*ecclesiolae in ecclesia*), donde se practicaba el sacerdocio de todos los creyentes – verdad cardinal del luteranismo, pero carente de expresión real hasta entonces. Así, su lema fue «La Reforma sigue en marcha».

Admiraban y aceptaban la teología de Lutero, pero consideraban que el reformador dejó su obra inconclusa. Paradójicamente, su mayor éxito se obtuvo fuera de los muros de su querida confesión luterana. Otros creyentes tomarían su estandarte y enseñanzas para encauzarlas en un poderoso torrente espiritual cuyas consecuencias siguen hoy plenamente vigentes.

Los comienzos

Muchos historiadores coinciden en señalar a Johann Arndt como el precursor del pietismo. En 1610 publicó un libro que sería considerado 'la Biblia' del movimiento, llamado «*Cuatro libros sobre el cristianismo verdadero*». En él enfatizaba la necesidad de que todo cristiano pase por la experiencia del nuevo nacimiento. La vida cristiana debía ser vivida, de acuerdo con él, en una unión viva y

vital con Cristo. Argumentaba, además, que la pureza doctrinal sería mantenida mejor por una vida santa que por las disputas teológicas.

Arndt no fue, en estricto sentido, parte del movimiento pietista, pero contribuyó profundamente a modelar su espíritu y vocación característicos. Su libro circuló ampliamente por toda Alemania y alcanzó una fama sólo superada por la Biblia misma.

Tras Arndt, surgió la figura de Philipp Jakob Spener. Este fue un ministro luterano que, en sus años tempranos, resultó influenciado por las enseñanzas del reformador de origen francés Jean de Labadie, quien trabajó arduamente por la unidad de la iglesia en Holanda, y por los escritos de Richard Baxter, el notable pastor puritano que encabezó un avivamiento en sus días.

Spener estaba profundamente preocupado con la condición espiritual en que se hallaba la iglesia de

vida espiritual. Estos círculos de creyentes se extendieron por muchas congregaciones luteranas y fueron conocidos como «*collegia pietatis*» (grupos piadosos), de donde provino el nombre «pietismo».

Spener y los pietistas estaban decididamente convencidos de que la doctrina luterana del sacerdocio de todos los creyentes debía ser llevada a la práctica de manera efectiva. El mismo Spener declaró en cierta ocasión: «Oh, quien me diera conocer una asamblea recta en todas las cosas, doctrina, orden, y práctica; lo cual haría de ella lo que una asamblea cristiana y apostólica debiera ser, tanto en la doctrina como en la vida».

Un movimiento semejante difícilmente causaría rechazo en nuestros días. Sin embargo, fue ampliamente rechazado por algunos miembros del clero y la autoridad civil en días de Spener, pues parecía que contravenía

La mera adopción mental de un credo ortodoxo, enseñaban los pietistas, no basta para salvar a los hombres. Es necesario un nuevo nacimiento que transforme a los hombres desde la raíz de su ser.

sus días. En 1670, siendo pastor en Frankfurt, comenzó un programa de reforma que tendría vastas consecuencias. Reunió en su casa un grupo de creyentes que compartían sus ideas, con el objetivo de orar, discutir los sermones del día domingo, y ayudarse mutuamente a profundizar su

gravemente la ortodoxia luterana oficial. Las acusaciones de herejía no se hicieron esperar.

Las ideas pietistas de Spener fueron expuestas en su libro «*Pia Desideria*» (deseos piadosos), que puede considerarse con justicia el tratado fundamental del movimiento. En él,

Spener expone los males de la iglesia alemana y los pasos necesarios para su restauración. Entre esos males encuentra: la intromisión del gobierno en los asuntos de la iglesia (pues Lutero la había colocado bajo el control de los príncipes), la conducta poco cristiana de muchos clérigos, las inútiles disputas teológicas, y la ebriedad, ambición e inmoralidad reinante entre los laicos.

Su plan de reforma incluía la extensión de los círculos piadosos como una «*ecclesiolae in ecclesia*» a fin de fomentar la vida espiritual y la ayuda mutua entre los creyentes, pues creía firmemente que una gran parte del problema radicaba en la condición pasiva de los llamados «laicos» en la iglesia, en contraposición a la clara enseñanza del Nuevo Testamento.

También abogaba por el fin de las controversias teológicas, pues decía que la verdad no se encuentra en los sistemas teológicos, sino en la experiencia del corazón. Según Spener, la transformación interior es el asunto vital de la experiencia cristiana. Por ello, defendía la necesidad de que los cargos clericales fueran ocupados por hombres verdaderamente regenerados, que mostrasen evidencias de una vida transformada.

En suma, se trataba de un verdadero plan de reforma, centrado en la renovación interior y la «religión del corazón», como les gustaba decir a los pietistas. Sin embargo, la reacción de una parte del clero no se hizo esperar, pues la crítica de Spener desnudaba demasiadas falencias. Fue acusado de herejía, en especial por su oposición a la «autoridad final» del

credo luterano oficial, y su deseo de retornar a la Escritura como única fuente de autoridad.

La verdad es que Spener no se oponía a la teología de Lutero, sino a las prácticas luteranas de sus días. Escribió: «La doctrina de nuestra iglesia (luterana) no puede ser culpada por nada de esto, pues se opone vigorosamente a estas ilusiones».

Sin embargo, fue expulsado de Frankfurt y llegó a ser capellán de la corte del príncipe de Sajonia en Dresden. Allí continuó con sus actividades a favor de una reforma, pero también se enfrentó a la oposición de las universidades sajonas. Sus reuniones piadosas estaban en el centro de la controversia, y eran consideradas subversivas para la sana doctrina y la estabilidad de la iglesia, pues fomentaban el interés de los «laicos» por la teología y los asuntos eclesiásticos, poniendo en duda –se decía– la autoridad del clero.

También se le acusaba de divisionismo. Es cierto que Spener siempre se opuso a las tendencias separatistas dentro del pietismo, pero no es menos cierto que muchos de sus miembros llegaron a considerar como lógicamente inevitable la separación. Con todo, el pietismo nunca llegó a ser un movimiento organizado, sino, más bien, una profunda corriente espiritual que permearía la iglesia hasta hoy.

Spener se vio obligado a dejar Dresden tras reprender pastoralmente la intemperancia del príncipe elector. Aceptó entonces la invitación del príncipe elector de Brandenburgo, Enrique III, que más tarde sería rey

de Prusia. Se estableció en Berlín, desde donde continuó su obra hasta su muerte en 1706, y permaneció como ministro luterano hasta el fin.

Augusto Herman Francke

Durante su estadía en Brandenburgo, Spener contribuiría a formar el mayor centro de influencia pietista de sus días, la Universidad de Halle (1691). Entre otras cosas, convenció al príncipe elector para que nombrase como profesor a otro de los grandes líderes del pietismo, Augusto Herman Francke. Se ha dicho, con justicia, que si Spener fue el padre fundador del pietismo, Francke fue su genio organizador.

Francke nació en la ciudad de Lübeck, en 1663, en un hogar profundamente influido por las enseñanzas de Spener y la ortodoxia luterana. De hecho, estudió en la Universidad de Leipzig, considerada un bastión del luteranismo ortodoxo. Estando allí, organizó y dirigió un círculo pietista al estilo de Spener al que llamó «grupo de amantes de la Biblia». Sin embargo la experiencia decisiva de su vida le habría de llegar en 1687. Hasta ese momento tenía «sólo conocimientos mentales y ninguna experiencia del corazón». Sin embargo una noche, según cuenta, cayó de rodillas con muchas preocupaciones y dudas, y se levantó lleno de una inefable certeza: «Cuando me arrodillé no creía que Dios existía, pero al levantarme creía al punto de derramar mi sangre».

Como todo pietista, Francke pensaba que su experiencia constituía un padrón de conversión genuina, y que era la única manera de obtener certeza



en cuanto a la salvación. Los sentimientos del corazón debían estar en el centro de la vida cristiana auténtica.

Una vez graduado, Francke se unió a Spener en su lucha por reformar la iglesia luterana. De regreso en Leipzig comenzó a realizar conferencias entre los estudiantes, las que se tornaron muy populares. Pero algunos profesores de la universidad se le opusieron tenazmente y lo acusaron de sostener, junto con Spener, ¡más de 600 herejías! Finalmente, las autoridades de la ciudad lo conminaron a abandonarla (1690), y Francke aceptó una invitación para ser diácono de la iglesia en Erfurt. Sin embargo, hasta allí lo siguieron sus adversarios y nuevamente consiguieron que fuese expulsado de la ciudad por las autoridades locales (1691). Fue entonces cuando le llegó la invitación del príncipe elector de Brandenburgo para ingresar como docente en la recién fundada Universidad de Halle. Allí

Francke se convirtió en alma teológica de la universidad, que, bajo su influencia, se tornó en el centro más importante del pietismo de sus días.

El celo espiritual de Francke, sus inspiradas cátedras expositivas y su enorme energía organizadora, contribuyeron a dar forma a un ardiente movimiento misionero, en tiempos cuando el protestantismo en general no se interesaba en las misiones.

En 1706, los primeros misioneros de Halle fueron enviados a la India, bajo el auspicio del rey Enrique IV de Dinamarca. Sus nombres eran Bartolomé Ziegenbald y Enrique Plütchau. Durante el siglo XVIII, salieron desde Halle y otras instituciones asociadas 75 misioneros hacia el extranjero, entre los cuales el más renombrado sería Cristian Federico Schwartz (1726-1798), quien trabajó casi 40 años en la India, hasta su muerte. En verdad, debe considerarse este esfuerzo misionero como el primero de los tiempos contemporáneos, realizado casi 100 años antes de la empresa misionera moderna de alcance mundial comenzada con Guillermo Carey.

Paralelamente, Francke organizó y dirigió varias obras educativas y de caridad. La compasión hacia los más débiles y necesitados caracterizó desde siempre al movimiento pietista. En 1795 inauguró una escuela para niños pobres, la que luego amplió debido a la gran cantidad de solicitudes, e inició una famosa escuela de adaptación. En 1698 abrió su conocido orfanato. Asombrosamente, todas estas obras las realizó casi sin medios económicos, sostenido únicamente por la fe en la provisión de Dios.

Cien años más tarde, su obra serviría de inspiración a otro hombre, que había de fundar y conducir un orfanato bajo las mismas premisas de fe: George Muller, de Bristol.

Fue tal su influencia, que, a su muerte era reconocido y admirado por toda Europa como líder del pietismo y una de las fuerzas más poderosas del protestantismo. Era admitido libremente entre pobres y acomodados, pequeños y poderosos. Sin embargo, usaba siempre su influencia entre los ricos y poderosos para ayudar a los más pobres. Un historiador observa: *«El fue el iniciador, el fundador y el líder vitalicio de una empresa caritativa que conquistó la mente y la admiración de personas del mundo entero. Nunca se había visto algo semejante en la larga historia de la iglesia cristiana».*

Tras él, la historia posterior del pietismo estaría asociada a una antigua compañía de cristianos perseguidos, conocidos como *«Unitas Fratrum»* (Hermanos Unidos), quienes después de largos años de peregrinación encontraron finalmente un hogar en las tierras de un poderoso noble alemán, el conde Nicolás Von Zinzendorf, formado profundamente en las enseñanzas de Spener y Francke. Junto a él iniciarían un nuevo capítulo en la historia del pietismo, cuyas consecuencias serían de vasto alcance. La historia posterior los conocería como «los hermanos moravos».

Legado del pietismo

Sin duda, el pietismo ha cavado un poderoso surco en la historia de la restauración de la iglesia hacia el modelo neotestamentario. Su énfasis en

el nuevo nacimiento como experiencia cardinal de todo cristiano auténtico, así como una subsiguiente vida transformada, resulta perenne. La mera adopción mental de un credo ortodoxo –enseñaban– no basta para salvar a los hombres. Es necesario un nuevo nacimiento que transforme a los hombres desde la raíz de su ser.

La fe no debe ser entendida sólo en la cabeza, sino sobre todo experimentada en el corazón, vale decir, y hablando bíblicamente, en el centro emotivo y volitivo del hombre. Debe afectar la totalidad de la experiencia y conducta humanas. Esta fue siempre la esencia del cristianismo verdadero. Y fue el estandarte que tomaron de manos del pietismo tanto los hermanos moravos, como el avivamiento metodista posterior de Withefield y los hermanos Wesley.

Por otra parte, los pietistas vieron correctamente que las controversias teológicas contribuían a establecer un clima propenso a un cristianismo meramente mental, carente de experiencia espiritual. Por ello, al enfatizar la *vida* por encima del *conocimiento meramente intelectual* de la doctrina cristiana, redescubrieron el genuino fundamento de la unidad de la iglesia.

Contribuyeron, además, al surgimiento de una gran cantidad de literatura devocional que enfatiza la comunión viva del creyente con Dios, como también una gran parte de la música de inspiración y adoración contemporánea.

Y, finalmente, y no menos importante, pusieron un decidido énfasis en el sacerdocio de todos los creyentes, abogando por el surgimiento de una iglesia más orgánica en su vida y expresión, donde todos los santos fuesen participantes activos del ministerio. Sus éxitos en este campo fueron parciales debido quizá, a su intento de reformar la iglesia «desde adentro».

El tiempo probaría que su idea de la «*ecclesiolae in ecclesia*» no era viable. O los círculos pietistas acabaron por separarse de la iglesia luterana de sus días, o bien, fueron reabsorbidos y desaparecieron. De todo ello, nos queda como enseñanza que la iglesia del Nuevo Testamento sólo puede surgir y crecer allí donde está libre de las limitaciones que impone cualquier estructura u organización humana extraña a su esencia; libre para seguir fielmente la dirección de la vida que opera en su interior.

* * *

Jesús se presenta a nosotros como la Verdad para ser transmitida, la Vida para ser vivida, la Luz para ser iluminada, el Amor para ser amado, el Gozo para ser dado y la Paz para ser repartida.

Teresa de Calcuta

No es su permanencia en Cristo lo que lo salva, sino la permanencia de él en usted.

C.H. Spurgeon

La mejor manera de mantener fuera el enemigo es mantener a Cristo en el centro.

A.W. Tozer

Abdías

A. T. Pierson

Palabra clave: Edom

Versículo clave 21

Esta es la más breve de las profecías, y trata del carácter, carrera, destrucción y caída de Edom (o Idumea). Los descendientes de Esaú fueron hasta el final enemigos de los hijos de Jacob, y vecinos orgullosos y amargos, llenos de resentimiento. Inicialmente fueron gobernados por jueces y posteriormente por reyes; experimentaron sus años dorados cuando Israel vivía el éxodo. Cuando Babilonia atacó la ciudad santa, Edom se alegró participando en el ataque (Sal. 137: 7).



Sobre Abdías y sus días, no sabemos nada. El periodo en que vivió puede haber sido inmediatamente antes de 800 a. de C, o luego después de 588 a. de C. Si él se refiere a la conquista de Jerusalén, el periodo más antiguo es el correcto. Por otra parte, si el periodo corresponde a la invasión de Nabucodonosor, entonces debe considerarse la data más reciente. Sin embargo, esta última es menos probable.

Divisiones:

1. Abdías 1-9: El juicio es anunciado.
2. Abdías 10-16: Justificación del juicio.
3. Abdías 17-21: La salvación es prometida a Sion

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico, con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

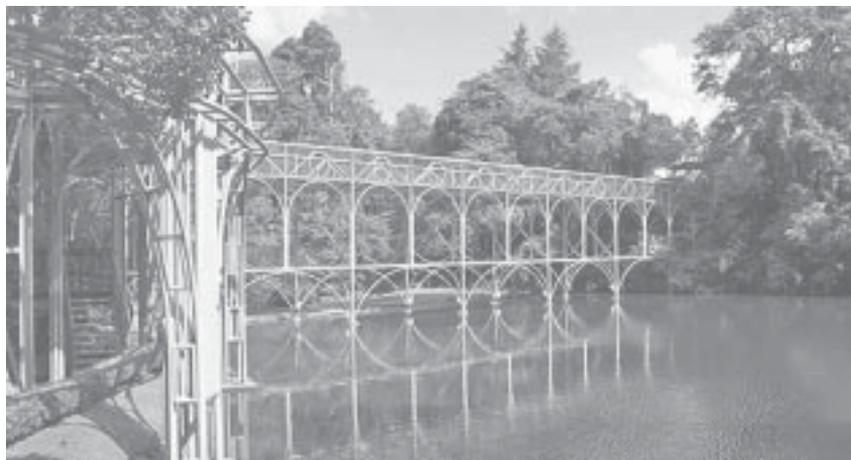
Símbolos y tipos del Antiguo Testamento (13)

A. B. Simpson

Símbolos en la vida de Isaac

En el capítulo 4 de Gálatas, el apóstol nos da una clave de algunos de los sucesos más importantes de la vida de Isaac, y junto con estos, un principio que puede ser aplicado a otras porciones de las Es-

crituras históricas, como una clave para su interpretación. Nos dice que el nacimiento de Ismael y el de Isaac eran típicos de las dos dispensaciones: el primero representando la Ley y la carne; el último, el Evangelio y la descendencia espiritual; y que la ex-



pulsión de Ismael y la herencia única de Isaac completaba el tipo referente a la caducidad de la ley y la permanencia del Evangelio. Aplica también la enseñanza de estos símbolos a la vida espiritual del cristiano individual. Autorizados por esta pauta divina, procuraremos con reverencia reunir las lecciones espirituales, no sólo de estos hechos, sino también de otros en la vida de este personaje notable. Más reservado y pasivo que los otros patriarcas, Isaac es, quizá, más oscuro y menos entendido por la mayoría de los cristianos que ningún otro de los personajes del libro de Génesis; pero no hay tal, cuando se le comprende debidamente, ya que se imprime de modo vívido en el corazón y nos enseña profundas y escrutadoras lecciones para la vida cristiana. Una vida compuesta casi exclusivamente de sucesos comunes, es precisamente la vida que cubre las necesidades, los fallos y las pruebas de la mayoría; y confiamos que vamos a hallar muchos puntos de contacto con lo que es más real y esencial en nuestra experiencia religiosa.

El nacimiento de Isaac

El apóstol a quien nos hemos referido declara que Isaac nació según el Espíritu y conforme a la promesa. Su nacimiento no fue natural y corriente, sino extraordinario y sobrenatural. No fue hasta que la naturaleza hubo caducado, y la esperanza de que los cuerpos de Abraham y Sara engendraran un hijo se hizo humanamente improbable, que Dios prometió la descendencia del pacto; y, no sólo esto, sino que después vino un inter-

valo de prueba antes de que se realizara la promesa. Su nacimiento, pues, fue el resultado directo de la intervención del Omnipotente y así se destaca como el tipo del nacimiento mayor que, en edades futuras, llegó a través de María de Belén, a saber, la encarnación del eterno Hijo de Dios. Este mayor misterio y milagro más poderoso fue prefigurado de modo claro y distinto en el hijo de la promesa que llegó a la tienda de Hebrón.

Hay otro milagro y misterio de gracia que fue prefigurado por el nacimiento de Isaac, esto es, el nuevo nacimiento de toda la descendencia espiritual de Abraham. Del mismo modo que Isaac nació del Espíritu, y que Jesús se encarnó por haber hecho sombra sobre María el Espíritu Santo, también, «a menos que el hombre nazca del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios». Esto no es una reforma natural, no es el resultado de la energía humana, o de la voluntad humana, sino el poder del omnipotente Espíritu más allá del poder de la naturaleza, y cuando ésta ha fallado. *«Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios».* ¿Hemos experimentado esta poderosa nueva creación? Bendito sea Dios que este nacimiento es para nosotros como lo fue para Abraham.

No es sólo por el Espíritu, sino también por medio de la promesa. No es un favoritismo arbitrario del cielo, sino que se da a *«todos los que le recibieron».* ¿Quieres tener esta nueva

Agar y su hijo representan el sistema mosaico, e Isaac y su descendencia representan la dispensación de la gracia gratuita bajo el Evangelio.

vida que te traerá todas las bendiciones y esperanzas del pacto? Ven a Cristo y recibe la vida inmortal que él espera alentar en todo corazón vivo.

El nacimiento de Ismael

Ismael representa la carne y la cruz natural y la servidumbre bajo la ley en que se encuentra. Cuando hablamos de la carne, no queremos decir meramente lo que es burdo, sensual y bajo en la naturaleza humana, sino todo lo que nace de Adán y es parte de la vida natural. Ismael y Esaú tenían muchas cualidades humanas superiores, y la raza de Ismael hoy presenta rasgos de nobleza superiores a sus compañeros; y así también, el hombre natural es, con frecuencia, generoso, culto y moral. La mujer no regenerada puede ser hermosa, fiel esposa, madre afectuosa, incluso un benefactor social; pero esto puede ser todo mero instinto y humanidad. No hay que despreciarlo; no lo menosprecian tampoco las Escrituras; pero no puede entrar en el reino de los cielos. La palabra «natural» en las epístolas es literalmente «psíquico», el alma del hombre más

bien que el hombre espiritual. Esta es la naturaleza que heredan todos los hijos de Adán, y que el pecado ha contaminado y sobre la que se cierne la maldición.

Como Ismael, la carne es el primogénito y ya ha reclamado sus derechos soberanos en el corazón humano, antes que la gracia aparezca en escena. Es en este hogar en que Ismael ha crecido con todos sus derechos establecidos, que llega Isaac; y así ocurre en el corazón que ha andado según la carne, que la gracia de Dios implanta la nueva vida de regeneración. Queridos amigos, ¿dónde nos encontramos en este asunto? No nos engañemos por el hecho que nuestra carne no se haya rebajado y haya llegado al vicio y degradación que vemos en algunos. Recordemos el solemne cuadro de la vida que no puede entrar en el cielo. «...en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire... satisfaciendo las tendencias de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás». Quiera cumplir Dios el otro cuadro a todos los que lean estas líneas: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)» (Efesios 2:23 y 45).

La expulsión de Ismael

La posición del niño Isaac en la tienda de Abraham, al lado de Ismael, es muy similar a la posición del



recién nacido de nuevo, pero todavía con el alma no santificada en el conflicto con su vieja naturaleza carnal. Podemos fácilmente imaginar las molestias innumerables a que se vería sometido el pequeño rival del hijo de Agar. Es el tipo de la batalla que se lucha en el alma de muchos cristianos durante mucho tiempo; en la cual el cristiano se esfuerza con sus propias nuevas fuerzas; pero con frecuencia en vano, contra los impulsos más poderosos y las tendencias de un corazón malo. El cuadro se bosqueja en el capítulo 7 de Romanos de modo penosamente vívido, y termina al final con el grito amargo del alma desconcertada: «*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*». La lucha en la tienda de Abraham la terminó Sara, la cual, dándose cuenta de lo imposible de seguir de esta manera, y del peligro que corrían sus más preciosas esperanzas y promesas, exigió la inmediata expulsión del rival de Isaac. «*¡Echa a esta sierva y a su hijo!*», fue el requerimiento inexorable, ante el cual el afecto de Abraham se retrajo, pero que Dios aprobó y confirmó por su sabiduría y que

Abraham vio al fin como inevitable; por lo que Ismael salió del lugar en que estaba, e Isaac se quedó como el heredero indiscutible de las promesas del pacto y dueño pacífico de la herencia patriarcal.

Es evidente que esto representa el momento decisivo en que el alma regenerada se eleva a su libertad. Rinde de modo definitivo y total el viejo corazón a la muerte y recibe al Espíritu Santo y al Cristo personal para pelear la batalla de entonces en adelante en una fe victoriosa, poseyendo todo el Espíritu en reposo, pureza y consagración completa.

No fue necesario que Ismael dejara de existir, ni tampoco podemos decir que el pecado haya muerto, pero Ismael se hallaba a partir de entonces fuera de la tienda de Isaac, y lo mismo el yo y el pecado deben hallarse fuera de la ciudadela de la voluntad y del santuario del corazón. El pecado y Satanás no han muerto, pero nosotros, a partir de entonces, hemos muerto para el pecado y vivimos para Dios, por medio de Jesucristo nuestro Señor.

Detengámonos un momento y

preguntémosnos cuál de estos cuadros es la verdadera representación de nuestra vida interior. ¿Es el débil principio de la gracia divina luchando por su misma existencia en medio de todas las pasiones enconadas y los impulsos de nuestro corazón carnal, perseguido por la carne todo el día, como Isaac en manos de Ismael; o bien, a pesar de todas las súplicas de la naturaleza y el afecto, hemos «cruificado la carne con sus afectos y deseos» y entrado en el descanso y la victoria de un corazón dedicado de modo íntegro y exclusivo y un espíritu santificado, en comunión con Cristo, el cual, a partir de esto, pelea nuestras batallas y guarda nuestra alma?

Hay una gran diferencia en la forma en que podemos entender una simple frase de la epístola a los Gálatas: «El deseo de la carne es contra el espíritu y el espíritu contra la carne»; éste es un cuadro triste de la contienda incesante entre nuestro espíritu y nuestra carne. Pero si decimos: «El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne», esto describe la batalla en la cual el Espíritu Santo, no nuestro espíritu, es el que lucha, y siempre lleva la victoria. Que el Señor lleva a cada corazón cansado a su propia rendición y a la decisiva confianza que le traerá este glorioso triunfo. Éste es nuestro derecho bajo el Evangelio, del mismo modo que fue el de Isaac bajo la promesa. Sara, en esto, representa al Espíritu Santo, el cual siempre está exigiendo de nosotros nuestros derechos santificados e impulsándonos a que

los reclamemos. Cedamos a sus ruegos y «echemos a esta sierva y a su hijo».

Va implicado también que esta liberación nos lleva no sólo a la vida del Espíritu, sino también a la libertad del Evangelio. «Si sois guiados por el Espíritu no estáis bajo la ley». Hasta que alcancemos esta experiencia, el alma siempre está actuando en algún sentido bajo la servidumbre y la compulsión. A partir de entonces, su servicio brota de la vida y el amor, y es «la gloriosa libertad de los hijos de Dios».

Además de su aplicación a la vida del cristiano individual, este incidente hace referencia en un sentido más amplio a las dos dispensaciones de la ley de la gracia; Agar y su hijo representan el sistema mosaico, e Isaac y su descendencia representan la dispensación de la gracia gratuita bajo el Evangelio. Como en el caso de Ismael e Isaac, la primera ha dejado el lugar a esta última, y nosotros vivimos en el goce de su luz, amor y santa libertad. Contra la idea de volver a la servidumbre de esta ley en el espíritu judío, protestó con vehemencia Pablo en su carta a los Gálatas, y de modo enfático nos enseña que el espíritu de la ley nos llevaría siempre a las obras de la carne. Esto es también verdad hoy, y es necesario que lo recordemos. La mera moralidad y disciplina siempre van a fallar en producir los frutos de la verdadera santidad. Sólo pueden proceder de la gloria de Dios, del amor de Cristo y del poder vivo del Espíritu Santo.

(Continuará)

* * *



Viendo a Cristo en la comunión cristiana

Stephen Kaung

Lecturas: 1ª Juan 1: 1-7.

El apóstol Juan escribió tres epístolas. Se sabe que, cronológicamente, las cartas de Juan fueron las últimas del Nuevo Testamento en ser escritas, aun después

del Evangelio de Juan y el Apocalipsis. Y, aunque hayan sido escritas para diferentes destinatarios, poseen algo en común; las tres epístolas tratan de un único asunto: la comunión.

La primera epístola de Juan es un poco diferente de las cartas que conocemos, pues una carta normal se inicia con el nombre de la persona a quien se dirige, y un saludo, y al final lleva una despedida o una conclusión característica. Pero la primera de Juan no contiene nada de esto. Sin embargo, no hay duda alguna de que ella es una carta, pues se puede percibir a lo largo de todo su texto que fue escrita de forma muy personal e íntima.

Fue escrita por el apóstol Juan probablemente entre los años 95 y 98 d. de C. En el original griego no se menciona al autor, como tampoco en el Evangelio de Juan. Sin embargo, hay una semejanza muy grande entre el evangelio y la primera carta. Este hecho puede ser demostrado por medio de un ejemplo. En Juan 20:31, leemos: *«Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre»*. En 1ª Juan 5:13, está escrito: *«Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna...»*. Es notoria la conexión entre el evangelio y la primera carta de Juan. Los estudiosos de la Biblia concuerdan que el autor de ambos libros es la misma persona, el apóstol Juan, y creo que no hay duda alguna sobre eso.

Juan era aquel a quien Jesús amaba; fue aquel que reclinó la cabeza en el pecho de Jesús durante la última cena. Él siguió al Señor hasta la cruz, siendo el único entre los Doce que estuvo próximo a la cruz cuando el Señor fue crucificado. Entre los doce

apóstoles, Juan fue el que vivió mayor número de años. Cuando todos los demás apóstoles habían muerto, Juan vivió casi hasta el final del primer siglo. Así, se puede decir que la vida de Juan se extendió a través de todo el siglo primero.

Al estudiar qué tipo de persona era Juan, descubrimos a una persona muy poco común, pues poseía una combinación de temperamentos muy singular, opuestos uno al otro. El apóstol Juan era un hombre reservado y muy introvertido. Por otro lado, era un hombre intensamente iracundo. Por esta causa, el Señor Jesús los llamó, a él y a su hermano, *los hijos del trueno*. Estos dos temperamentos antagónicos moraban en Juan. Sin embargo, bajo el gobierno soberano y la disciplina de Dios, Juan fue grandemente usado por el Señor.

Aunque Juan no haya dirigido su carta a una iglesia en especial, creemos que él estaba escribiendo a las iglesias en Asia Menor –la provincia romana, no el continente asiático–, porque él había trabajado con esas iglesias en sus últimos días de vida. Por eso es importante que conozcamos un poco más acerca de la condición de la iglesia al final del primer siglo.

Sabemos que la iglesia tuvo su maravilloso comienzo en el día de Pentecostés. Fue un inicio realmente maravilloso. Aún no había transcurrido una generación, sino apenas treinta años, y el evangelio ya había sido predicado hasta los confines de la tierra – desde Jerusalén, por toda Judea, Samaria y hasta Roma. En aquella época, Roma era considerada el cen-

tro del mundo, tanto como los confines de la tierra.

En el comienzo, ellos vivían en completa unidad y armonía, se amaban mutuamente y compartían entre sí todas las cosas que poseían. Este testimonio era muy fuerte y el Señor añadía, día a día, a los que iban siendo salvos. Este fue el principio glorioso de la iglesia.

Al comienzo de la vida de la iglesia, los cristianos hallaban oposición por parte de los judíos; después fueron confrontados por los gentiles, y más tarde fueron perseguidos por el Imperio Romano. No obstante, en la época en que Juan escribió su primera carta, la persecución por parte de los romanos había disminuido. Los creyentes de aquella época, casi al final del primer siglo, ya formaban parte de la tercera generación. La gloria del nuevo descubrimiento del evangelio de Jesucristo estaba, al parecer, desapareciendo gradualmente. Parece que la visión del Señor se había tornado para ellos algo vago, y por el hecho de cesar la persecución, el pueblo empezó a vivir de manera descuidada y sin disciplina. El enemigo aprovechó que la iglesia se encontraba en esas condiciones y, lentamente, de modo traicionero y solapado, atacó, y en la iglesia empezaron a surgir enseñanzas falsas.

Si consideramos los capítulos 2 y 3 del libro de Apocalipsis, desde el punto de vista profético, veremos que esa época de la vida de la iglesia del primer siglo corresponde al periodo descrito por la carta a la iglesia en Éfeso, la primera de las siete cartas a las iglesias. ¿Cuáles son las caracte-

La comunión tiene un precio muy alto. A Dios le costó muy caro darnos acceso a esa comunión. Él tuvo que dar a su propio Hijo, para que pudiésemos ser llamados a esa comunión.

rísticas de la iglesia durante aquel periodo? Exteriormente, no había mudanza alguna. Había obras, trabajo, perseverancia, conocimiento y discernimiento. Todo parecía estar funcionando con normalidad, sin alteración alguna. Sin embargo, el Señor dice: «*Pero tengo contra ti...*». ¿Por qué? Porque ellos habían dejado el primer amor. Por fuera, parecía estar todo en orden; pero internamente algo estaba faltando. Se había secado la fuente de donde todo debería proceder. Ellos habían abandonado su primer amor. No estaban amando a Dios; no amaban a Dios de todo corazón. Su amor hacia el Señor Jesús estaba dividido. Ellos amaban a Dios, pero al mismo tiempo amaban al mundo, y por esa razón, el amor de unos a otros se había debilitado. Ya no se amaban hasta el punto de disponerse a dar sus vidas unos por otros. Se volvieron más centrados en sí mismos que centrados en Cristo, y el Señor los llamó al arrepentimiento, a recordarles de dónde habían caído

y a que volviesen a la práctica de las primeras obras. En esa condición se hallaba la iglesia en la época en que Juan escribió su primera carta, y la escribió a fin de corregir tal situación.

Comunión viva

El tema de la primera carta de Juan es la comunión cristiana. Como sabemos, de acuerdo con el original griego, *ekklesia es koinonía*, es decir, la iglesia es la comunión. La iglesia está formada por aquellos que han sido llamados afuera, los cuales, habiendo sido llamados por Dios, salieron de toda tribu, lengua, nación y pueblo, para reunirse en el nombre de Jesús y volverse una comunión.

La iglesia, por tanto, es una comunión viva, basada en la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu. Podemos expresar también esta misma verdad de otra forma: la comunión de los creyentes es la extensión de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu. Sabemos que hay comunión entre el Padre y el Hijo, y la propia palabra comunión significa compartir las mismas cosas. En la Deidad hay comunión perfecta. El Padre comparte todo con el Hijo y el Hijo comparte todo con el Padre, y todo es compartido en el Espíritu. El Padre y el Hijo tienen todo en común, toda la esencia de la Deidad, y ellos son uno.

En Juan 17:10, nuestro Señor Jesús, dirigiéndose al Padre, dice: «...y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío». Y luego el Señor prosigue diciendo en el versículo 21: «...para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti». Ellos comparten todo, tienen todo

en común. Todo lo que pertenece al Padre, pertenece al Hijo, y todo lo que pertenece al Hijo pertenece también al Padre, porque ellos son uno. Uno está en el otro, y viceversa. La unidad entre el Padre y el Hijo está basada en algo interno. No es una relación externa, sino una realidad interior, y por esa razón su comunión es una perfecta y dulce armonía. No hay ninguna sombra, oscuridad o tinieblas. Es la comunión más perfecta en todo el universo; es única y singular.

Hermanos, el gozo y la gloria de la comunión entre el Padre y el Hijo es algo que sobrepasa nuestra comprensión. El Hijo siempre agrada al Padre en todas las cosas, y el Padre siempre encuentra en el Hijo su total satisfacción. En eso consiste la comunión, en el compartir de la Deidad. Mas, gracias a Dios, a causa de su gran amor, el Padre desea extender esa comunión a la humanidad. Sin embargo, hemos de recordar que la comunión del Padre y el Hijo en el Espíritu es algo de lo cual ninguna persona tiene derecho a participar. Nosotros no tenemos derecho a exigir ni siquiera a pedir ser aceptados en esa comunión, pues somos totalmente descalificados y no merecedores. Entretanto, el Padre se agradó en extender esta comunión a la humanidad. «*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor*» (1ª Cor. 1:9).

Nosotros no tenemos ningún derecho. Somos total y completamente indignos y descalificados. Pero aun así, somos llamados a compartir la comunión del Hijo de Dios, Jesucristo

nuestro Señor. Esta comunión de su Hijo, mencionada en el versículo ya citado, significa simplemente que el Hijo comparte al Padre con nosotros. El Padre es exclusivamente del Hijo por toda la eternidad. Él es el Hijo unigénito; es el único que tiene derecho a la comunión con el Padre y de compartir todo lo que pertenece al Padre. Todo lo que el Padre posee, el Hijo también lo posee, y todo lo que pertenece al Hijo es también propiedad del Padre; mas, gracias a Dios, hoy él nos ha llamado a la comunión con su Hijo.

El Hijo desea compartir al Padre con nosotros, así como todo lo que el Padre es. Es por esa razón que Dios nos bendice con toda clase de bendición espiritual en las regiones celes-

tiales en Cristo. Nuestra comunión con el Padre es a través del Hijo y, a medida que tenemos comunión con el Padre, tenemos también comunión con el Hijo. Hoy, por lo tanto, nosotros estamos disfrutando de la comunión con el Padre y con el Hijo. ¡Ese es nuestro llamamiento! ¡A esa comunión hemos sido llamados!

¿Pero cómo vino esa comunión a hacerse realidad? Dios tuvo que hacer alguna cosa a fin de que su comunión con el Hijo pudiera extenderse también a nosotros. La comunión tiene un precio muy alto. A Dios le costó muy caro darnos acceso a esa comunión. En verdad, él tuvo que dar a su propio Hijo, para que pudiésemos ser llamados a esa comunión.

«Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos» (Hebreos 2:11). Aquel que santifica es el Señor, los que son santificados somos nosotros, y todos somos uno. ¿Cómo vino a existir esa unidad? Aquel que santifica es el Hijo de Dios, y los que son santificados son los seres humanos caídos. Nosotros no somos unos. ¿Cómo es posible, entonces, que en la Biblia esté escrito: *«...el que santifica y los que son santificados, de uno son todos»?*

«Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb. 2:14-15). Nosotros, sus hijos, tenemos participación común de carne y sangre. La expresión *participación común* usada en



Hebreos 2:14 es la traducción de la palabra griega *koinoneo*, la cual significa *compartir en común*.

Nosotros nacemos de carne y de sangre, bajo la esclavitud del pecado, y en eso estamos todos incluidos. Es nuestra *koinonía*. Porque nosotros tenemos participación en carne y sangre, también nuestro Señor Jesús participó de lo mismo. A fin de salvarnos y llevarnos a ser uno con él, él necesitó revestirse de carne y sangre.

Sin embargo, la palabra «*participó*» que aparece en este versículo refiriéndose a la persona de nuestro Señor Jesús no es, en el original griego, la misma palabra *koinoneo* usada para referirse a los hijos al inicio de Hebreos 2:14, la cual significa compartir en común. La palabra *participó* corresponde allí a la expresión *metecho*, en el original, y significa que nuestro Señor tomó sobre sí algo que era externo a él mismo. Él no era originalmente carne y sangre como nosotros somos, mas él, deliberadamente, tomó sobre sí algo que no era parte de lo que él era, y lo hizo suyo. Él se hizo partícipe de carne y sangre. Dios habitó en carne y, en su encarnación, él se identificó a sí mismo con nosotros, que tenemos participación común de carne y sangre. Este fue el primer paso.

El Señor, en primer lugar, se identificó a sí mismo con nosotros, que somos de carne y sangre, y habiéndose hecho hombre, se humilló a sí mismo y fue obediente a Dios. Él murió en la cruz en nuestro lugar, tomando sobre sí mismo todos nuestros pecados, para que nosotros pudiésemos ser libertados de la muer-

te. Después de eso, en su resurrección, él liberó su propia vida para nosotros; él dio su vida a todos aquellos que en él creen. De ese modo, hemos sido hechos uno con él. Es decir, él se identificó a sí mismo con nosotros en su muerte y resurrección. Su muerte es nuestra muerte a la vieja creación, y su resurrección es nuestra resurrección. Somos resucitados en novedad de vida y somos hechos uno con él.

Hermanos, el traernos a la comunión con su Hijo, le costó a Dios un precio muy alto. Y la primera cosa que podemos constatar es que esa comunión, de la cual Dios nos hizo participantes, no es algo externo; al contrario, es una realidad interior. Es una cuestión de vida. Esta comunión se basa en la vida que él nos ha concedido a cada uno de nosotros, y porque tenemos esa vida es que tenemos participación en esta comunión de su Hijo con el Padre.

Los principios de la comunión

¿Qué es la comunión? La comunión está basada en la vida; es la comunión de la vida, el compartir de la vida. Todo aquello que no sea vida, que no consista en el compartir de Cristo, no puede ser considerado como comunión.

Hoy en día, solemos pensar en la comunión como si fuese algo meramente exterior. Del mismo modo, pensamos que la iglesia es sólo algo exterior, una organización externa. Pero la iglesia es algo formado por aquellos que fueron llamados hacia afuera, y fueron reunidos a fin de que formasen una comunión viva, a

compartir a Cristo, a manifestar juntos a Cristo.

A veces, nosotros decimos: 'Vamos a tener algunos momentos de comunión'. Entonces, nos quedamos un tiempo aparte con nuestro hermano. Sin embargo, ¿qué hacemos durante el tiempo de esa 'comunión'? Compartimos nuestros problemas. ¿Será eso la comunión? Cuanta más comunión de ese tipo tenemos, más deprimidos quedamos.

Muchas veces hacemos algo peor que eso. Nos proponemos estar juntos y tener comunión, y usamos ese tiempo para hablar sobre política, sobre problemas sociales y cosas semejantes. ¿Será eso la comunión? ¡De ninguna manera! Eso es relacionamiento social.

Otras veces, durante el tiempo en que queremos tener comunión, intentamos transmitir unos a otros varias enseñanzas o doctrinas sobre el Señor Jesús, y discutir sobre diferentes interpretaciones de las verdades de la Escritura. De nuevo, tenemos que preguntarnos: ¿Será eso la comunión? Es posible que sí, pero **sólo** si Cristo está siendo compartido. Lamentablemente, sin embargo, aquello que nosotros llamamos comunión es, en la mayoría de las veces, simplemente una ocasión en que nos reuni-

mos para transmitir unos a otros el conocimiento que hemos acumulado en nuestras mentes.

Es posible que tú seas una de aquellas personas muy inteligentes, que poseen una mente analítica, capaz de pensar con mucha claridad, de modo profundo y penetrante. Entonces piensas que has logrado ver en la Biblia alguna cosa que las otras personas aún no han visto, y luego les compartes tu descubrimiento. Tú compartiste con los demás algo que estaba en tu mente, ¿pero dónde está Cristo en eso? Después de haber compartido tu conocimiento con los demás, es posible que ellos hayan crecido en conocimiento, mas la vida de ellos no habrá crecido ni siquiera un milímetro. ¿Podemos llamar comunión a esto?

Verdadera comunión es compartir de Cristo, es compartir vida. Todo aquello que no es vida, no es comunión. Por esta razón, comenzamos a entender cuán importante es que tengamos comunión con el Padre y con el Hijo. En otras palabras, eso significa que nuestra comunión unos con otros es directamente proporcional a nuestra comunión con el Padre y con el Hijo. No puedes tener una comunión ininterrumpida con tus hermanos sin tener, al mismo tiempo, una

La comunión está basada en la vida; es la comunión de la vida, el compartir de la vida. Todo aquello que no sea vida, que no consista en el compartir de Cristo, no puede ser considerado como comunión.

comunión continua con el Padre y con el Hijo. ¡Es imposible!

Y no sólo eso, sino que el grado de profundidad de tu comunión, la medida de tu compartir con tus hermanos, es determinada por la profundidad de comunión que tienes con el Padre y con el Hijo. La medida de tu comunión con los hermanos es exactamente la misma medida de conocimiento que tienes del Padre y del Hijo, o, para expresarlo de un modo más exacto, es la medida que refleja cuánto has experimentado tú del Padre y del Hijo. Nada más ni menos que eso. Así, descubrimos que hay un principio, un orden, que caracteriza la verdadera comunión.

Me gustaría, por tanto, enfatizar que tenemos comunión, *koinonía*, participación común, ¡porque tenemos algo en común! Y lo que tenemos en común es la vida de Cristo. Por tanto, cuando tenemos comunión, nuestra comunión es en vida; por esa razón, la verdadera comunión es algo que incluye a todos aquellos que forman parte del pueblo de Dios. Todos aquellos que poseen la vida de Cristo, están en esta comunión.

Sin embargo, hoy en día, nosotros llamamos 'comunión' a las más variadas actividades en que participan dos o más personas. Pero esto no es correcto según las Escrituras, porque en verdad sólo existe una comunión – la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu; la comunión de nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; la comunión de los apóstoles. En Hechos 2:42, está escrito que los cristianos «*perseveraban en la enseñanza y en la comunión de los apóstoles*»¹. La comu-

nión de los apóstoles es la comunión de Jesucristo, el Hijo de Dios. Por tanto, la comunión de los apóstoles, que se extiende hasta nuestros días y también nos incluye, es el compartir de la persona de Cristo con nosotros. Esta es la única comunión.

Hay solamente una comunión en todo el universo, y este hecho trae consigo una aplicación práctica – Nosotros debemos recibir a todos aquellos que tienen en sí mismos la vida del Señor Jesús. No debemos ser exclusivistas. Si excluimos a cualquier persona que tiene la vida del Señor Jesús, nosotros nos volvemos una secta, un partido, una división. Y eso desagrada al Señor, porque su comunión los incluye a todos, recibe a todos los que conocen al Padre y al Hijo, todos los que poseen en sí mismos la vida de Dios en Cristo Jesús.

Por otra parte, esta comunión es también extremadamente exclusiva. Todo lo que no tiene vida, sea una persona o una actividad, no importa cuán buena sea esa persona ni cuán saludable sea la actividad, si no tiene vida, no está incluida en la comunión. No puedes incluir a una persona determinada en la comunión sólo por el hecho de ser buena, por tener un buen carácter, una buena posición social o un buen nombre a los ojos del mundo. ¡No, de ninguna manera! No puedes hacer eso, porque la comunión es algo que se basa en la vida. Por eso mismo, Nicodemo tenía que nacer de nuevo, a fin de poder tener parte en la comunión. Y noso-

¹ Traducción de la versión de la Biblia en inglés de Darby.

tros, gracias a Dios, nacimos de nuevo y estamos en esta comunión.

No es posible, sea del modo que sea, ser incluido en esta comunión; es preciso haber nacido en ella. Llegar a ser un miembro participante de esta comunión no es algo que pueda ser efectuado en la tierra. El libro en el cual están inscritos los miembros de esta comunión no se encuentra aquí en la tierra, ni aun dentro de un cofre. El libro de la vida está en el cielo, y es allí donde están inscritos nuestros nombres. Todo aquel que cree en el Señor Jesucristo, todo aquel que tiene al Hijo, tiene vida eterna y pertenece a esta comunión. Nosotros tenemos algo en común – Dios compartió a su Hijo con nosotros, su propia vida, y nosotros tenemos comunión con el Padre, con el Hijo, y los unos con los otros.

La comunión no es algo basado en la luz que poseemos; la comunión se basa en la vida. Al hablar de luz, me refiero al conocimiento que podamos tener con respecto a la palabra de Dios. Nosotros creemos en la palabra de Dios, creemos íntegramente en todo lo que en ella está escrito. Sin embargo, no podemos negar que hay muchas interpretaciones diferentes. Algunas personas alegan tener luz acerca de una determinada porción

de las Escrituras. Y surge entonces otro grupo de personas que también juzga tener luz sobre aquel mismo pasaje de las Escrituras. Por desgracia, existen entre el pueblo de Dios aquellos que tienen luz diferente, ¡como si ello fuese posible!

En verdad, yo no sé si debemos llamar a eso luz o tinieblas, pues esas personas afirman tener luz sobre la palabra de Dios, pero a causa de sus diferencias de interpretación, ellos causan división entre el pueblo de Dios. Y dicen: ‘Si tú no crees en mi interpretación de una determinada parte de las Escrituras, entonces estás excluido’. Es preciso recordar, sin embargo, que es posible que tú tengas más o menos luz acerca de un pasaje dado de las Escrituras, o tengas una interpretación diferente; pero si nosotros tenemos el mismo Cristo, entonces tenemos comunión el uno con el otro.

Ninguna diferencia puede interferir en nuestra comunión, pues nuestra comunión se basa en la vida. Gracias a Dios, nuestra comunión no está fundada en la luz que tenemos, no se basa en cuánto conocemos de las Escrituras, sino que se basa en la vida de Cristo que hemos recibido por gracia a través de la fe. De este modo tenemos comunión unos con otros.

(Continuará)

* * *

Variando la envoltura

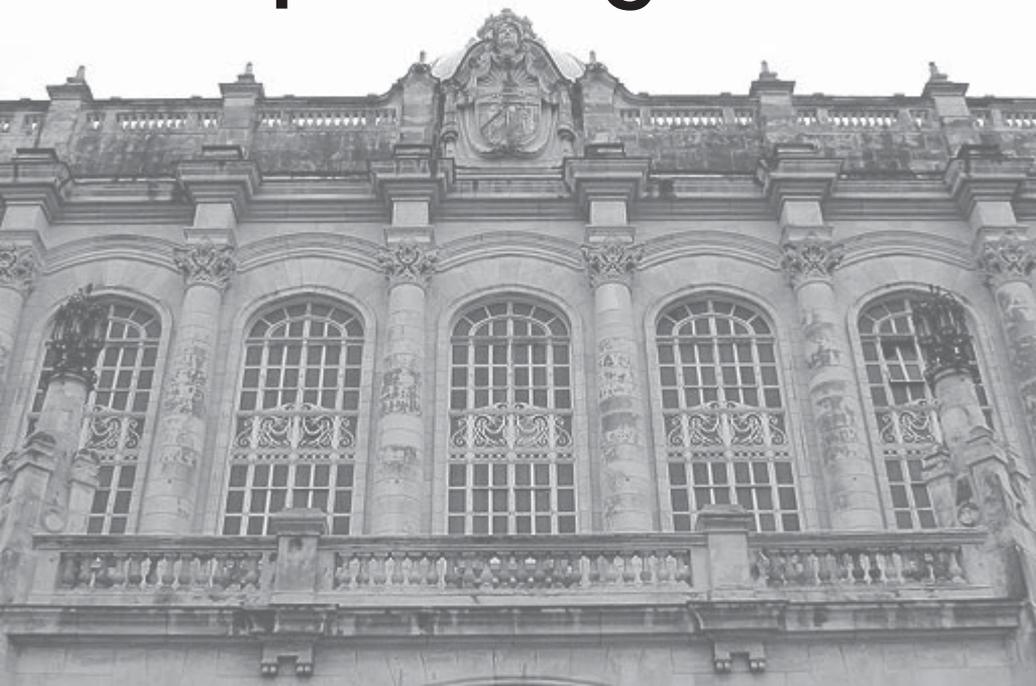
Hace algunos años vi el anuncio de un producto que decía: “No pudimos mejorar nuestro producto, así que mejoramos la caja.” Esto es lo que yo sugiero para comunicar el evangelio. No adulteres el mensaje, pero varía la envoltura con la que lo presentas.

Howard G. Hendricks, en Dilo con amor

Quizá sea necesario, para mayor claridad de algunos de nuestros lectores, ampliar un poquito más lo relativo al conflicto de paradigmas en el área de la biblio-

logía; especialmente en el campo de la Alta Crítica del Pentateuco. Los críticos modernistas liberales acostumbra-
bran negar la autoría mosaica del Pentateuco, colocando su aparición

Breve introducción al discernimiento del conflicto de paradigmas (6)



en tiempos tardíos, y a partir de varios documentos inconexos [JEPD]; lo cual ha dado en llamarse «hipótesis documentaria», aunque en verdad debiéramos llamarles en plural documentarias, por el altísimo número de conjeturas mutuamente excluyentes. Pero lo más delicado de la gran mayoría de ellas es que contradicen a Jesucristo y a las mismas claras declaraciones inspiradas de las Sagradas Escrituras. Tales conjeturas documentarias son, pues, apóstatas abiertamente. El más connotado crítico en estos respectos, la montaña más alta de la cordillera modernista liberal, ha sido, sin lugar a dudas, Julius Wellhausen, que perdió la fe en su juventud en el mismo seminario.

El primer traspíe de la mayoría de estos críticos ha sido su antisobrenaturalismo. Como si Dios mismo no pudiese ser sobrenatural. Tal tipo de crítica surgió en la época del deísmo, cuya tintura era precisamente esa, expulsar a Dios del circuito de la naturaleza. Al respecto valdría la pena leer la obra de C. S. Lewis, titulada «*Milagros*», el mismo título de la de Rudolph Bultmann ya dentro del campo de la pretendida desmitologización. Pero un Dios sin milagros y

sin intervención directa y soberana en la naturaleza y en la historia, ese sí que sería un verdadero mito. A partir del antisobrenaturalismo, y desechando por lo cual el milagro en la historia, se ha pretendido reconstruir la historia con nuevas conjeturas basadas en las presuposiciones teóricas hegelianas. Wellhausen reconocía sus deudas con Vater y Hegel. Pero haciendo caso omiso, o desconociendo los asertos de la arqueología, que sale siempre en defensa de la tradición y contra el modernismo.

La arqueología dio, pues, el golpe de gracia a las teorías wellhausianas que negaban la capacidad escrituraria de los tiempos mosaicos. Bueno es, pues, leer a Wiseman, Sayce, Petrie, Langdom y otros historiadores y arqueólogos que demuestran con los monumentos la antigüedad de la escritura en tiempos premosaicos patriarcales e incluso antediluvianos.

Si se comprende, lo cual es muy fácil, que los antiguos documentos patriarcales y mosaicos tuvieron varias ediciones en los mismos tiempos de Moisés, Josué, Samuel, los cronistas inspirados de la monarquía, Jeremías y Esdras, y que tales ediciones de los Textos arcaicos pusieron en ciertas ocasiones al día tales Textos para mejor comprensión de sus lectores contemporáneos, podrá verse que no se puede datar el Texto arcaico completo en base a su última actualización, como hacen los modernistas, en contravía de las evidencias arqueológicas. Basta leer las demostraciones de Yahuda, mostrando la correspondencia del Pentateuco con su ambiente sinaitico y egipcio de flora,

Un Dios sin milagros y sin intervención directa y soberana en la naturaleza y en la historia, ese sí que sería un verdadero mito.

fauna y cultura, para ver lo ridículo de querer fecharlo en datas posteriores. Lo mismo hace, al respecto de la filología, Robert Dick Wilson, una de las mayores autoridades universales en lenguas antiguas. Véase, por ejemplo, su obra «*Una investigación científica del Antiguo Testamento*».

Igualmente, los modernistas acos-tumbran referirse a hipotéticas repeticiones que demostrarían varios documentos tardíos como fuentes. Pero tales supuestas repeticiones y duplicaciones han sido muy bien estudiadas y refutadas suficientemente, una por una, por variada serie de estudiosos. Véanse, por ejemplo, las respuestas, caso por caso, de Ch. Aalders, profesor de la Universidad Libre de Amsterdam, en su obra «*Una corta introducción al Antiguo Testamento*». También el profesor de Princeton y Westminster, Oswald T. Allis, ha tratado tales asuntos con mucha solvencia en obras tales como «*Los cinco libros de Moisés*» y otras.

El asunto del variado uso de diferentes nombres divinos ha sido tema constante de la escuela conservadora alemana de Hengstemberg. Véase, por ejemplo, la disertación de este úl-

timo al respecto de los nombres divinos, en sus *Disertaciones sobre la genuinidad del Pentateuco*. Igualmente, el pretendido alegato modernista del supuesto silencio de los profetas acerca de la Ley, ha sido refutado también por la escuela de Hengstemberg. Véanse sus trabajos demostrativos, por ejemplo, acerca de las *Trazas del Pentateuco en Oseas, Amós, Reyes...* etc., o los trabajos de William Henry Green en *Moisés y los profetas*. Estos autores no han sido refutados. Tales son sus evidencias.

Mucho más podría decirse al respecto, con el respaldo de la erudición conservadora. Basta un poco de buena voluntad para acceder a estas evidencias. Pero al mismo tiempo, «no hay peor ciego que aquel que no quiere ver». Por eso repiten los ciegos los argumentos ha tiempo refutados por los conservadores; argumentos apóstatas que aparecen repetitivamente de nuevo en la boca de la mala voluntad de los críticos modernistas liberales. Como si ignorando las evidencias y la arqueología pudiesen sepultar la luz. Pero basta una pequeña candela para desgarrar el tétrico coro de la oscuridad.

* * *

Profetas

Los que testificamos y proclamamos el evangelio no debemos pensar que somos agentes de relaciones públicas enviados para establecer una buena relación entre Cristo y el mundo. No debemos imaginarnos que hemos sido llamados para hacer que Cristo resulte aceptable en las altas esferas de negocios, en la prensa, en la educación moderna y en el mundo del deporte.

No somos diplomáticos, sino profetas, y nuestro mensaje no es una transacción, sino un ultimátum.

A. W. Tozer, en *Manantiales de lo alto*

APOLOGETICA

Diálogos entre Teología
y Filosofía.

El aporte del existencialismo



Rubén Chacón

Para comenzar esta serie, citaremos los pensamientos de uno de los más destacados teólogos del siglo pasado: Paul Tillich¹. Los

conceptos aquí recogidos están tomados de su obra *«Teología Sistemática»*, que se terminó de publicar al español en 1984 por Ediciones Sígueme.

1. Doctor en filosofía (Breslau 1910) y licenciado en teología (Halle 1912). Murió en 1965.

El mensaje cristiano

«El cristianismo afirma que Jesús es el Cristo. El término «el Cristo» indica, por acusado contraste, la situación existencial del hombre, ya que el Cristo, el Mesías, es aquel de quien se supone que ha de traer el «nuevo eón», la regeneración universal, la nueva realidad. Esta nueva realidad presupone una vieja realidad que, según las descripciones proféticas y apocalípticas, es el estado de alienación del hombre y de su mundo con respecto a Dios. El mundo alienado está regido por las estructuras del mal, simbolizadas por los poderes demoníacos. Tales poderes gobiernan las almas individuales, las naciones e incluso la naturaleza, y generan todas las formas de la congoja. Es de la incumbencia del Mesías conquistarlos y establecer una nueva realidad de la que estén excluidos los poderes demoníacos y las estructuras de destrucción».

La filosofía confirma el estado «caído» del hombre

El punto a considerar aquí es si la verdad bíblica con respecto a la condición del hombre y del mundo –condición alienada² (o «caída»), como la llama Tillich– puede ser confirmada por la filosofía, más allá de la afirmación bíblica. En otras palabras, si la filosofía da cuenta de la existencia y realidad del «viejo eón o siglo». Para Tillich, la respuesta es afirmativa. En efecto, partiendo por la filosofía platónica –y aun desde antes– y pasando por todos los existencialistas,

Partiendo por la filosofía platónica –y aun desde antes– y pasando por todos los existencialistas, la filosofía ha dado cuenta de la trágica condición humana

la filosofía ha dado cuenta de la trágica condición humana.

«La existencia, según Platón, es el reino de la mera opinión, del error y del mal. No posee una auténtica realidad. El verdadero ser es el ser esencial, que está situado en el reino de las ideas eternas, es decir, de las esencias. Para llegar al ser esencial, el hombre tiene que elevarse por encima de la existencia. Tiene que retornar al reino de las esencias, desde el cual cayó en la existencia. De este modo, la existencia del hombre, su estar fuera de la potencialidad, se entiende como una caída desde aquello que el hombre es en su esencia».

Los existencialistas, por su parte, en su ataque a Hegel –quien creía que el hombre se había reconciliado con su verdadero ser–, postulan que «la reconciliación del hombre con su verdadero ser es objeto de conjeturas y de esperanza, pero no es una realidad. El mundo no está reconciliado consigo mismo, ni en lo individual –como lo demuestra Kierkegaard–, ni en lo social –como lo demuestra

2. Alienada o enajenada. «Fuera de sí». Inauténtica.

Marx-, ni en la vida -como lo demuestran Schopenhauer y Nietzsche. La existencia es alienación y no reconciliación; es deshumanización y no expresión de la humanidad esencial». Todos los existencialistas (Pascal, Marcel, Dostoiewski, Sartre, Heidegger, Jaspers, etc.), coinciden en esta descripción de la condición humana.

Según Tillich, el existencialismo al haber analizado el «viejo eón», es decir, la condición de la naturaleza humana caída, «es el aliado natural del cristianismo» **en tal análisis**³. Por último, «esta ayuda positiva», agrega Tillich, «no la ha prestado únicamente la filosofía existencial sino también la psicología analítica, la literatura, la poesía, el drama y el arte».

«La alienación no es un término bíblico», continúa Tillich, «pero está implícita en numerosas descripciones bíblicas de la condición humana. Está implícita en los símbolos de la expulsión del paraíso, en la hostilidad que reina entre el hombre y la naturaleza, en el odio mortal que enfrenta a un hermano contra otro hermano, en la separación que se abre entre las naciones debido a la confusión del lenguaje y en las constantes quejas de los profetas contra sus reyes y contra el pueblo que se vuelve hacia los dioses extranjeros. También está implícita en las palabras con que Pablo afirma que el hombre corrompió la imagen de Dios convirtiéndola en la de los ídolos, en su descripción clásica del «hombre contra sí mismo» y en

su visión de la hostilidad que siente el hombre contra el hombre como fruto de sus deseos pervertidos. En todas estas interpretaciones de la condición humana, se halla implícitamente afirmada la alienación».

La vigencia del término «pecado»

Con todo, agrega Tillich, el término «alienación» no puede sustituir al vocablo «pecado». ¿Por qué? Porque la palabra «pecado» «expresa precisamente aquello que el término «alienación» no connota, es decir, el acto personal de separarse de aquello a lo que uno pertenece. El «pecado» expresa con el máximo vigor el carácter personal de la alienación, frente al aspecto trágico de la misma. Expresa la libertad y la culpa personales, en contraposición a la culpa trágica y al destino universal de la alienación».



3. Aunque no lo es necesariamente en las propuestas de superación de la existencia alienada.

«La condición del hombre es la alienación, pero esta alienación suya es pecado». No obstante, Tillich, aboga por el uso del término «pecado» después de su reinterpretación religiosa. ¿Por qué? Porque «el uso que se ha dado a este término lo ha despojado casi por completo de su genuino sentido bíblico. Pablo solía hablar de ‘pecado’, en singular y sin artículo. Lo concebía como un poder cuasi-personal que regía este mundo. Pero en las

iglesias cristianas, tanto en la católica como en las protestantes, ha prevalecido el uso de este término en plural, y los ‘pecados’ han pasado a ser simples desviaciones de las leyes morales». El problema radica en que esta significación guarda escasa afinidad con el ‘pecado’ entendido como el estado de alienación con respecto a aquello a lo que pertenecemos: Dios, uno mismo y nuestro mundo.

(Continuará)

* * *

En la torre del vigía

Que la bendita esperanza de la venida de Cristo nos mantenga siempre en la torre del vigía; vigilando, ansiando por ella y apresurándola. ¡Quisiera que considerásemos nuestra responsabilidad para con Cristo, el cual, el día de su regreso, juzgará el secreto de todos los corazones! Entonces cada uno será llamado a rendir cuentas de su mayordomía – rendición de cuentas no solamente de los dones de entendimiento y realidad, sino de la ocupación diaria, y de todos los minutos del día.

Robert C. Chapman, en À Maturidade, Nº 23.

Cristo, el centro

Los antiguos usaban este refrán: “Todos los caminos conducen a Roma”. Así podemos decir de la Santa Escritura: “Cada texto nos señala a Cristo”. Si somos bastante avisados para verlo, hallaremos un hilo escarlata que empezando en el Génesis, corre a través de todo el Libro hasta que acaba en la Revelación. Algunos ha dicho, “que la Biblia, como nuestro cuerpo, donde quiera se la pincha mana sangre, pero es la bendita sangre de Jesús, para limpiarnos de todo pecado”.

Samuel Vila, Enciclopedia de anécdotas

Muy simple

Un día, caminando por el recinto universitario, un profesor del seminario se encontró con un guardia que estaba leyendo la Biblia durante la hora del almuerzo. El profesor le preguntó qué estaba leyendo. “Apocalipsis”, dijo el guardia. “Estoy seguro de que usted no entiende lo que este libro quiere decir”, dijo el profesor de manera condescendiente. “De hecho, sí”, respondió el guardia. “Significa que Jesús gana”.

JS, en Nuestro Pan Diario, 2008 (adaptado)

Cristo, mi porción

Amados, nuestro gran privilegio es vivir en un mundo sin provisión. Este es nuestro sello distintivo y nuestro fuero cristiano. Cuando Dios repartió la tierra de Canaán entre las tribus de Israel, él hizo una excepción con la tribu de Levi, a quienes dijo: "De la tierra de ellos no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte"; asignando como su razón: "Yo soy tu parte y tu heredad".

La enseñanza del evangelio acerca de esto es obvia y significativa. Como verdadero sacerdocio del Señor, para nosotros, este mundo no es nuestra porción, ni es la tierra nuestro apoyo. Debí haber requerido alguna dolorosa disciplina, y no poca medida de fe, por parte del levita devoto, cuando él miró fijamente los prados fecundos, las llanuras regadas, y las colinas vestidas de vides de la Tierra Prometida, antes de decidir abandonarlo todo por Aquel que es invisible - y requiere no poca enseñanza y disciplina de nuestro Dios, y no poca fe de nuestra parte, antes de ser llevados a dejar el mundo, lo creado, nuestro ego, todo, por Cristo, satisfechos con sólo tener al Señor como nuestra Porción, y sólo el cielo como nuestra herencia.

¡Oh, qué Porción es Dios! ¡Todo lo que él es y todo lo que él tiene es nuestro! Cada atributo de su ser está sobre nosotros, cada perfección de su naturaleza nos rodea, cada pulso de su corazón late por nosotros, cada mirada de sus ojos sonríe sobre nosotros. Nosotros moramos en Dios, y Dios mora en nosotros. No es la criatura nuestra porción, sino el Señor de los ángeles y el Creador de los hombres. ¡Porción infinita! ¡Poder sin límites! ¡Gracia inmensurable! ¡Amor ilimitado! ¡Bien todo satisfactorio! ¡Todo, todo es nuestro!

¡Y qué Porción, oh alma mía, es Cristo! Un Cristo divino, un Cristo redentor, un Cristo pleno, un Cristo compasivo, siempre presente, siempre precioso, siempre amoroso.

¡Creyente en Jesús! Aprovecha al máximo tu porción. Es absolutamente suficiente para todas tus necesidades. Posiblemente Dios te ha hecho pobre en este mundo, para que puedas ser rico en la fe y un heredero de ese reino de gloria. Espera en el Señor, espera en la adversidad, espera en la prueba, en esperanza contra esperanza, porque Dios en Cristo es tu Porción presente y eterna. "Mi porción es el Señor, dijo mi alma; por tanto, en él ESPERARÉ".

Octavius Winslow (1808-1878)

A menudo, Dios nos envía sus mensajeros y nosotros no los tomamos en serio.



Un mensajero inusual

Harry Foster

El circo había llegado recién a su nuevo emplazamiento en las afueras de un pueblo danés. La gran tienda fue alzada, la pista estaba lista y toda la compañía se vistió de gala para el desfile de invi-

tación a los lugareños a la primera función de esa noche. De pronto, alguien empezó a gritar: «¡Fuego! ¡Fuego!». Era verdad. Ya el fuego empezaba a extenderse entre los carros y amenazaba destruirlo todo. Luego,

El payaso les imploraba que se dieran prisa antes de que sus propias casas fueran consumidas, pero su cara y su ropa eran tan raras que cuanto más rogaba, más reían.

las llamas podrían descender a través de los campos de maíz cercanos y llegar hasta el pueblo mismo.

Era un momento terrible, y el director de pista comprendió de inmediato que necesitaría la ayuda de todos los lugareños para sofocar el siniestro a tiempo. Se necesitaban hombres, mujeres y aun niños para llevar cubos de agua y apagar las llamas. Alguien tenía que correr al pueblo a solicitar ayuda. ¿Pero quién podría ir? El hombre forzado estaba cuidando los elefantes; el domador de leo-

nes tenía que ver a sus propias fieras; los ayudantes estaban atareados en salvar a los caballos, de modo que ninguno de ellos podía ir. El único que parecía estar disponible era el payaso, ya vestido para el desfile.

«¡Corre rápido al pueblo!», gritó el director, «y díles que necesitamos ayuda en seguida para salvar el circo y también sus propias casas!». Así que él corrió, con su cómicó sombrero, su nariz roja y sus grandes zapatos, e irrumpió en la calle del pueblo gritando: «¡Fuego! ¡Fuego!».

Por supuesto, los lugareños salieron al sonido de su fuerte voz, pero al ver su inusual apariencia, todos se reían. Él intentaba decirles que no era un chiste, sino que se trataba de algo muy serio, pero cuanto más hablaba, más se reían. Para ellos era sólo un truco propagandístico; su intención era hacerles subir y ver el circo. Ellos admiraron su habilidad, pero nadie hizo el menor esfuerzo por moverse.

El payaso les imploraba que se dieran prisa antes de que sus propias casas fueran consumidas, pero su cara y su ropa eran tan raras que



cuanto más rogaba, más reían. Las lágrimas descendían por su cara pintada cuando apelaba primero a un hombre y luego a otro. «¡Vengan conmigo, vengan rápido, o será demasiado tarde!». Pero ¡ay!, ellos sólo pensaban que era una muy buena actuación. Todo esto había tomado tiempo, mucho tiempo en realidad, y ahora el director miraba desolado cómo las llamas tomaban posesión de todo. El fuego bajó rabioso la ladera, cogió las primeras casas de madera del pueblo, y luego avanzó de casa en casa hasta que el lugar entero fue pasto de las llamas.

¡Demasiado tarde! Ahora, la gente comprendió que el payaso había hablado en serio, y tuvieron que correr por sus vidas, dejando que sus casas y todas sus posesiones fuesen destruidas por el siniestro. ¡Si sólo hubieran tomado la advertencia en serio! Pero el mensajero parecía tan cómico que ellos no creyeron que había un peligro real hasta que fue demasiado tarde.

Por supuesto, ellos culparon de la calamidad al circo. «¿Por qué no vino el director?», razonaron. «Habríamos creído si él hubiese venido, o si hubiera enviado un mensajero más apropiado, el domador, o un trapecista. Cualquiera menos el payaso». La verdad era, por supuesto, que el payaso era el único disponible, y que él había hecho lo sumo para convencerlos. Si sólo se hubieran molestado en averiguar si la advertencia era cierta, entonces podrían haber ido a apagar el fuego mientras aún era tiempo.

A menudo, Dios nos envía sus mensajeros y nosotros no los tomamos en serio. Quizás no son los mejores anunciadores, pero tal vez sean los únicos a quienes él puede enviar. Lo triste será si pensamos que sólo es una broma en vez de comprender que el asunto es realmente grave. Podemos sufrir una pérdida grande y duradera si no atendemos a la llamada del Evangelio: «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» (Hebreos 2:3).

* * *

Verdadera espiritualidad

En una ocasión se me habló de una hermana en Cristo que era tan quieta y suave en sus modales que la calificaban de ser "muy espiritual". Yo le pregunté a mi informante: "¿Con quién es espiritual?". La respuesta fue: "Los que pueden llegar a notas tan altas en el canto encuentran a muy pocos que puedan acompañarles".

¡Era tan espiritual que nadie podía ser su compañía espiritual! Tales personas pueden servir para fines de "promoción", pero no son útiles para edificar una iglesia. La clase de creyentes que se requiere para edificar una iglesia son aquellos que pueden aceptar a un hermano detrás, otro delante; uno debajo, y otro encima, y aun, con todo, permanecer espirituales. Dios no sólo planificó un despliegue de piedras preciosas; él quiere un edificio."

Watchman Nee, en Aguas refrescantes

CARTAS

Tesoros

Constantemente les recuerdo en mis oraciones. Ya les comenté cómo nos trajo bendición lo que nos han compartido a través de su página. Actualmente estamos viviendo días de gloria. En mi país está ocurriendo un mover del Espíritu que nos está llevando a disfrutar plenamente de nuestra calidad de hijos de Dios y coherederos en Cristo Jesús. Hemos visitado a otros hermanos en la ciudad de San Luis Potosí, a quienes regalé una copia de "La buena tierra" y están interesados en que les comparta más de los tesoros que he aprendido tomado de la mano del ministerio de Aguas Vivas. Que la gracia y el amor de nuestro Señor Jesucristo permanezcan siempre en ustedes.

*Raymundo Gómez Zavala.
Nueva Rosita, Coahuila (México).*

Gracias

Tengo las revistas como del año 2002 en adelante, hasta 2008. Para mí ha sido de mucha edificación cada una de las publicaciones. Doy gracias al Señor

por el servicio que ustedes realizan. Sé que cada uno de los que tienen la bendición de leer la revista es bendecido por el Señor como yo lo he sido.

Sandra Soto. Lo Espejo, Santiago (Chile).

Petición

Ha sido un gran placer conocerles por Internet y revistas; pero sería aun mejor tener la oportunidad de conocerlos cara a cara. Quisiera pedirles el gran favor de avisarme si tienen planes de visitar los EE.UU. Me gustaría mucho tener comunión con ustedes, y tener el privilegio de presentarles a los hermanos aquí en Richmond.

Maurly Bareford. Richmond, Virginia (USA).

Laodicea

He tenido el placer de leer "Laodicea", en su revista a través de Internet. La he de aplicar en un futuro breve en una de mis predicaciones en la iglesia. Espero no tengan objeción. Dios les bendiga en su obra, y les permita llegar "hasta lo último de la tierra".

*Ernesto Müdspacher Martens.
Querétaro (México).*

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas, una revista para todo cristiano

Año 10 · Nº 58 · Julio - Agosto 2009

Equipo Redactor

Eliseo Apablaza, Roberto Sáez
Gonzalo Sepúlveda, Rodrigo Abarca
Rubén Chacón, Marcelo Díaz

Colaboradores invitados

Stephen Kaung, Dana Congdon
Gino Iafrancesco

Diseño y distribución

Mario Contreras / Fono (45) 343429
Temuco, Región de la Araucanía (Chile)
E-mail: mcontreras46@gmail.com

Contacto en USA y México

David Calvo / Fono (956) 432-3752
P. O. Box 2632, McAllen, TX 78502 USA
E-mail: salmo2020@yahoo.com